

SOLEDAD PUÉRTOLAS

---

*Música de ópera*



ANAGRAMA  
Narrativas hispánicas

## Índice

### PORTADA

1. UNA MAÑANA SIN VIENTO
2. RECOMENDACIONES
3. LA ENTREVISTA
4. SUEÑOS DE JUVENTUD
5. EN LA CATEDRAL
6. FESTIVALES DE SALZBURGO
7. UNA PATRIA EN PELIGRO
8. LENTO REGRESO
9. LLEGADA A PUERTO
10. NOTICIAS DEL EXTRANJERO
11. NOTICIAS DEL FRENTE
12. LA GRAMOLA
13. TRAYECTOS NOCTURNOS
14. VILLA PAULITA
15. ARRIBA Y ABAJO
16. DOROTEA
17. VIVOS Y MUERTOS
18. FLORES
19. LA PIEZA QUE FALTA
20. DESAPARICIONES
21. EL COMPROMISO
22. PLANES FRUSTRADOS
23. EL MENSAJERO
24. BAÑOS DE MAR
25. ENTRE EXTRANJEROS
26. PENSIÓN UNIVERSAL
27. ENCICLOPEDIAS
28. EL BANQUETE
29. CASTA DIVA
30. LOS NUEVOS INQUILINOS DEL TERCERO
31. OJOS CERRADOS
32. NIEVE

33. LA HERENCIA
  34. LECTURAS
  35. NOTICIAS DE PANAMÁ
  36. ASUNTOS PARALELOS
  37. LA TAPIA DEL CEMENTERIO
  38. BAJANDO POR LAS ESCALERAS
  39. MARÍA AUXILIADORA
  40. EL BAILE
  41. AGUA FRESCA
  42. CLAUSURA
  43. UN ACCIDENTE
  44. UN TRATO ESPECIAL
  45. LA BOLSA DE RASO
  46. EL JARDÍN DEL EDÉN
  47. LLUVIA
- CRÉDITOS

*A Inés, Modesta y Conchita,  
refugios de mi infancia*

*A mi nieto Gabriel  
A mi nieta Carmen  
A mi nieta Eva*

La mayor parte de las personas que han inspirado esta historia hace años que murieron.

De quienes aún viven, apenas tengo noticias.

Si alguno de estos personajes, vivos o muertos, llegara a leer este libro, bien podría decir que todo él es fruto de mi imaginación.

## 1. UNA MAÑANA SIN VIENTO

A media mañana de un soleado día de febrero, Elvira Ibáñez, viuda de Rafael Claramunt, salió a la calle con un propósito determinado que, curiosamente, olvidó en cuanto aspiró la primera bocanada de aire fresco. Tan solo unos minutos antes, mientras se encajaba, frente al espejo del vestíbulo de su piso, el gorro de astracán que había pertenecido a su difunto marido, se afianzó en la determinación de resolver esa misma mañana el asunto de la administración de los negocios familiares y, por un momento, se representó en su mente la hipotética escena que, dentro de un rato, iba a tener lugar en el palacio de los Tello, donde se proponía entrevistar, con la mayor discreción, al candidato que le había recomendado su amiga Eugenia Tello. Pero en cuanto la viuda de Claramunt se vio en la calle, envuelta en la radiante luz del invierno y respirando un aire que, asombrosamente, parecía inmóvil, sus pensamientos se alejaron por completo del asunto.

Antes de adentrarse en la avenida de la Patria en dirección a la catedral, doña Elvira volvió la cabeza, la alzó y echó una ojeada al edificio del que acababa de salir. Siempre lo hacía, como para corroborar que, durante su ausencia, la casa permanecía en su lugar. Era un edificio elegante, en chaflán, al estilo de la época, que ocupaba buena parte de la manzana de casas en la que quedaba inserto y donde el ladrillo rojo se combinaba con revocos de color vainilla. Contaba con un sótano, un piso bajo, un principal y otros tres pisos más, rematados por una especie de palomar retranqueado. Desde la calle, más que el palomar, del que apenas se atisbaba el tejado rojizo, lo que se veía eran las balaustradas de las terrazas del piso tercero, una a la derecha y otra a la izquierda. En el medio, haciendo esquina, se adivinaba otra terraza y un pequeño habitáculo. El palomar quedaba justo detrás.

La obra había sido iniciativa de Rafael Claramunt, un joven emprendedor que, antes de cumplir los treinta años, había levantado todo un imperio empresarial. Cuando, a finales de la primera década del pasado siglo, en un año que, por descuido del arquitecto o por expreso deseo de su propietario, no

figuraba en un lugar visible de la fachada, las obras del edificio Claramunt finalizaron, Rafael Claramunt se casó con Elvira Ibáñez y la llevó a vivir al piso principal del edificio. Solo dos de los embarazos de los varios que se sucedieron durante los años conyugales llegaron a buen puerto. El primero y el último. El resultado había sido el nacimiento, con un lapso de diez años por medio, de dos hijos varones, Justo y Alejo.

Probablemente, Rafael Claramunt había trabajado en exceso, o era demasiado iracundo. Murió en la plenitud de su vida, dejando en manos de su viuda –aún una mujer joven– y de sus hijos –uno de ellos todavía un niño– un amplio entramado de fábricas, empresas y comercios. Un telar, un almacén de telas de venta al por mayor, una tienda de telas abierta a todo el público y un local, el Café de las Damas –el negocio más reciente, inaugurado un par de años antes de su muerte–, en el que, tal como el nombre sugería, se reunían, a la hora de la merienda, las damas más distinguidas de la ciudad –las damas presumían de cultas y de tener opiniones sobre todas las cosas de este mundo y, en menor medida pero con igual certeza, del otro–, eran los negocios más destacados. Había otros, menos visibles y puede que más confusos, bienes inmuebles, sucursales, medios de transporte y otros asuntos, que prometían crecer si se les prestaba la debida atención.

Fue Justo Claramunt, el primogénito, un joven de apenas veinte años, quien, muerto el fundador, se hizo cargo de los negocios familiares, que se encontraban en plena fase de expansión. La viuda de Claramunt carecía de todo sentido práctico. La disposición de su marido para la actividad empresarial siempre le había causado un profundo asombro, pero como había sido educada en la idea de que el pan cae del cielo, el asombro tenía proporciones moderadas. Nunca había entendido bien por qué su marido tenía ese afán de fundar y expandir negocios cuando luego no disponía de tiempo para disfrutar de la fortuna que proporcionaban. Claro que ella se encargaba de hacerlo.

Elvira Ibáñez vestía con un lujo que rozaba la ostentación. Sus vestidos eran confeccionados por una modista de Madrid, que se desplazaba expresamente a la ciudad al principio de cada temporada para escoger los mejores tejidos del telar y tomar las medidas a la señora. Había que actualizarlas en cada ocasión para que la ropa quedara perfectamente ajustada al cuerpo de la señora, sin nada que sobrara y produjera innecesarios frunces y abultamientos, y, lo que era una amenaza de mayor calibre, sin que nada faltara, es decir, sin que el

vestido o la blusa o el abrigo, o lo que fuera, resultara estrecho, síntoma inequívoco de mal gusto o propio de personas que no pueden permitirse el menor exceso en los gastos de tela. Con las medidas de la señora actualizadas, la modista regresaba a Madrid, adonde acudía doña Elvira cuando la ropa estaba prácticamente lista. Ir a Madrid le encantaba. Los días que pasaba en la capital –se alojaba en el Hotel Ritz– eran muy ajetreados. Una de las tareas diarias de la señora consistía en visitar el taller de la modista para realizar las últimas pruebas de las prendas encargadas. Entonces se hacían los últimos ajustes.

Otra de las pasiones de la señora eran las joyas. Los grandes joyeros de Madrid la hacían pasar a sus trastiendas, donde le enseñaban los diseños propios más originales y las últimas creaciones de la joyería internacional. Eran piezas que se guardaban en cajones secretos forrados de terciopelo color cereza y que solo se despleaban ante los ojos de la clientela más selecta. Los gustos de doña Elvira se decantaban por piezas que pudieran llevarse con naturalidad, casi de forma cotidiana. Joyas que no requirieran ocasiones especiales para ser expuestas. Al fin y al cabo –en su propia opinión–, la vida que llevaba era sencilla. La máxima cota de la diversión se alcanzaba en los bailes de los balnearios, de los que la señora era clienta asidua.

A los comienzos de cada temporada, doña Elvira, en compañía de sus hijos y de una niñera, se desplazaba a uno u otro balneario. Era huésped habitual de los grandes hoteles de Cestona, Panticosa y Puigcerdà. La rutina de la vida en los balnearios encajaba perfectamente en sus gustos y en su forma de ser. Paseos higiénicos, alimentos sanos, agua inmejorable, cenas a las que se acude con vestidos de fiesta, pequeños conciertos y, lo mejor de todo, bailes. Todo eso le encantaba. Y, más aún, no tener que preocuparse por la organización y la marcha del hogar, lo que siempre le había resultado terriblemente tedioso.

Pero la gran pasión de doña Elvira, viajar, se desarrolló tras la muerte de su marido. Subir a un tren y aparecer, al cabo de unas horas, en una vibrante ciudad europea, donde se hablaba otro idioma y se vivía de otro modo, le resultaba excitante. A pesar de que no era una mujer guapa, su presencia imponía. A sus viajes la acompañaba una señora alemana, fraulen Katia, amiga o pariente lejana de la familia, viajera empedernida, que aprovechó la viudedad de doña Elvira para inocularle su afición y compartirla con ella.

Elvira Ibáñez tenía alrededor de cuarenta años cuando se quedó viuda. Fraulen Katia le llevaba, como poco, diez, aunque, como ocultaba su edad, era



imposible saberlo con certeza. Las edades de las señoras parecían perfectas para viajar y gastar dinero. Impecablemente vestidas, las dos señoras –una de ellas enojada de forma discreta pero perceptible– se movían por las ciudades del mundo como Pedro por su casa, hablaban varios idiomas, disfrutaban de la música, del teatro, de los restaurantes y de los hoteles. Gastaban mucho dinero.

Aquellos viajes por las ciudades del mundo, que a los ojos de doña Elvira resultaban completamente distintas de las ciudades españolas que conocía – Madrid, Barcelona y Sevilla–, se quedaron para siempre en su memoria, y, junto a sus estancias para las pruebas de la modista, en Madrid, fueron, con el tiempo, reiteradamente evocados. Estaban envueltos en un aire de despreocupación y libertad que le había cogido completamente por sorpresa y la había cautivado para siempre, inoculándole la idea de que la vida fuera del hogar era mucho más fascinante que la de dentro.

Justo Claramunt, una fatal mañana de invierno, le comunicó a su madre la funesta noticia de que se había acabado el presupuesto para todos esos lujos. Para los viajes de la modista de Madrid, para los mismos viajes a Madrid – siempre en compañía de fraulen Katia y ocupando dos lujosas suites en el Hotel Ritz– para asistir a cuantas pruebas de la modista fueran necesarias y, de paso, acudir a representaciones teatrales, conciertos y otros espectáculos más modernos, a los que las damas se habían aficionado enseguida, y, sobre todo, para los largos viajes de las señoras por las ciudades de Europa. Todo aquel fasto se tenía que acabar. Los negocios no daban para tanto.

Doña Elvira miró a su hijo con profundo disgusto. ¿Para tanto?, ¿es que aquello era para tanto? Era lo de siempre. Nunca había sido de otra manera.

–Me parece que tú no vales para esto –dijo–. No has heredado el instinto de tu padre. Quizá hayas salido más a mí.

Tras aquella breve conversación –una infracción grave por parte de su hijo–, la señora se quedó meditabunda. Había que apartar a Justo de los negocios. Tampoco Justo parecía muy interesado en ellos. Alguna vez hablaba de reanudar los estudios de Farmacia, que había iniciado antes de la súbita muerte de don Rafael Claramunt y que parecían acomodarse mejor con la idea de una vida tranquila, lo que, en el fondo, era su auténtica aspiración.

El primogénito de los Claramunt no había salido a ninguno de los dos, ni a su padre ni a su madre. Años más tarde, ya con la carrera de Farmacia

finalizada, se casó con la hija única de un próspero fabricante de cerámica industrial que, con motivo de la boda, le regaló a su yerno una farmacia. Ya después de la guerra, Justo tuvo dos hijas.

Pero el futuro de Justo no le preocupaba demasiado a su madre. Aunque no lo demostrara con gestos de cariño, doña Elvira quería a sus hijos, al mayor y al pequeño, pero no dedicaba mucho tiempo a elucubrar sobre su futuro. Daba por sentado que ocuparían un lugar honorable en el mundo. Ya lo ocupaban. Eran sus hijos y los de Rafael Claramunt, que había levantado con sus propias manos, sin la ayuda de nadie, un pequeño imperio.

Si, tal como la viuda pensaba, ni Justo ni Alejo servían para los negocios, los negocios sí les servirían a ellos. Gracias al empeño del padre difunto, la familia Claramunt ocupaba un lugar destacado en la economía de la provincia. Justo y Alejo podían hacer lo que quisieran. Solo tenían que contar con el beneplácito de su madre, siempre proclive a ver el lado bueno de la vida.

Lo que doña Elvira necesitaba era encontrar un administrador que se encargara de llevar las cuentas de los negocios familiares, y dejar a sus hijos a su aire, mientras ella y fraulen Katia seguían viajando. Y eso era lo que se proponía resolver aquella mañana, pero, cuando salía a la calle, sus preocupaciones se disolvían, como si el viento las apartara de su cabeza. Desaparecían incluso sin viento, en aquella mañana de invierno de excepcional quietud.

Mientras recorría la avenida de la Patria, la viuda de Claramunt no dedicó ni un solo pensamiento a la inminente entrevista con el candidato a administrador. Hacía frío, lucía el sol. Al doblar las esquinas, se llevaba la mano enguantada a la cabeza en un gesto mecánico, propio de una ciudad con viento. Iba cubierta por un grueso abrigo de lana rizada que remataba con un cuello de astracán y que hacía juego con el gorro que había pertenecido a su difunto marido. Llevaba guantes de piel muy ajustados, hasta la muñeca. De su brazo colgaba un pequeño bolso de charol. Excesivo brillo a la luz del día. Pero a doña Elvira le fascinaba el charol. En aquella ocasión, no llevaba anillos a causa de los guantes, que no pensaba quitarse en casa de Eugenia. Era una visita rápida, de mañana, de paso.

La señora calzaba zapatos negros con puntera y ribetes de charol. Sobre el empeine, se destacaba una gran lazada de raso. Bajo el casquete de astracán, llevaba un tocado ligero. Un conjunto de plumas negras que recogía vuelos de tul, parte del cual caía sobre su rostro. La distancia entre su casa y la de su

amiga Eugenia no llegaba a trescientos metros. Había que recorrer unas calles estrechas y atravesar el ancho Coso, por donde pasaban los tranvías. Al otro lado del Coso, en una de las pequeñas plazas que se abrían en el interior del casco antiguo, entre edificios con vestigios romanos y mozárabes, se levantaba, sobrio y elegante, el palacio de los Tello, que ahora habitaba la familia formada por Eugenia Tello, heredera del palacio, y Baldomero Beltrán, el ingeniero municipal.

Era un recorrido corto que a doña Elvira le parecía largo. Le gustaba que fuera largo. Pocas veces salía sola a la calle, únicamente cuando se trataba, como era el caso, de un trayecto corto y conocido. En tales ocasiones, mientras recorría las calles, la señora disfrutaba enormemente. Aquel recorrido era una prueba. Mientras lo hacía, deliberadamente despacio, se sentía capaz de recorrer grandes distancias. Siempre le había resultado estimulante la idea de que existen, cerca de nosotros, mundos diferentes, de los cuales solo podemos ver fragmentos. A doña Elvira le gustaba que el mundo fuera grande, que siguiera siendo para siempre algo en gran parte desconocido que merece la pena explorar. El mundo pertenece a los exploradores. Tenía esa idea metida en la cabeza. Había hecho ese trayecto – de su casa al palacio de los Tello y viceversa– innumerables veces, y siempre lo encontraba distinto, siempre descubría algo, un portal oscuro en el que nunca había reparado, un edificio misterioso, un balcón cerrado. Levantaba los ojos y se preguntaba para qué serviría o qué significado tendría esa pequeña edificación rematada con una cúpula que surgía entre los tejados y las azoteas. Era la primera vez que la veía, aunque evidentemente había estado siempre allí. Desde antes de nacer ella. Se cambiaba de acera para verla mejor. Localizaba al fin el edificio. Sonreía con satisfacción.

–Claro –murmuraba–. Es la casa de los Alcalde. Dios sabe qué habrá sido de ellos. Eran algo estafalarios.

Doña Elvira hablaba sola, en voz baja, en un murmullo que no era fácil de entender. Por un momento, pensó en los descarriados Alcalde, que habían desaparecido de la ciudad hacía varias décadas y de los que nadie sabía nada. Una estirpe acabada, sin descendencia. Eso le dio una gran sensación de estabilidad, de seguridad. Su estirpe seguía ahí. Ella nunca dejaría la ciudad, no abandonaría su fortuna. Se mantendría a resguardo del frío y de las violentas ráfagas de viento, era capaz de retarlos, si se daba el caso. No haría falta. Todo saldría bien, porque ella pertenecía a la parte buena de la vida. La

parte que construye y que crea, que se mueve con energía y firmeza. Había algo ejemplar en todo lo que ella hacía. Por eso se mostraba, por eso se calzaba bonitos zapatos y se vestía con telas brillantes y ensartaba hermosos broches en las solapas y pecheras de sus trajes. Debajo de la gruesa lana del abrigo, sobre el damasco negro que cubría su cuerpo, prendido en uno de los pliegues de su vestido, guardaba su brillo, oculto, un broche de piedras grises y rosas en forma de dalia. Doña Elvira sentía el peso del broche de la dalia cerca de su corazón. El corazón latía, la dalia brillaba y sus zapatos pisaban los viejos adoquines. Se veía reflejada en las lunas de los escaparates y sus labios esbozaban, casi de forma involuntaria, una sonrisa que tenía algo de imbatible, de enigmático. Ni el viento ni nada se la podían llevar.

Todos los días guardan dentro de sí pequeños momentos de felicidad. Están al alcance de cualquiera, pero no todo el mundo es capaz de verlos. No están verdaderamente ocultos, pero sí algo camuflados. Si no te fijas, si vas muy deprisa, no ves nada. Hay que detenerse, respirar hondo, vaciarse de todo, convertirse en una especie de recipiente. Dejar entrar en tu persona el mundo entero. Doña Elvira, en sus viajes por el mundo, había descubierto que, a pesar del secreto vacío que tenía siempre en su interior y que nada podía colmar –¡qué pocas personas la conocían de verdad, si es que había alguna sobre la tierra!–, tenía ese don, una asombrosa facilidad para sentirse feliz sin ningún motivo aparente. Si había alguna clase de amor en su corazón, era el que sentía por ser exactamente lo que era, por llamarse Elvira Ibáñez y haber tenido por esposo a Rafael Claramunt, de quien en la actualidad, lamentablemente, era viuda –lo que declaraba con un orgullo que dejaba fuera de lugar toda queja–, y por estar en ese momento –¡pero después de haber recorrido medio mundo!– en medio de una vieja plaza de la ciudad donde había nacido, a punto de atravesar el umbral de la casa de su amiga Eugenia Tello, todo un palacio. Hay momentos en los que todo encaja. Todas las piezas encuentran su sitio. La belleza que adquiere el mundo a causa del orden se hace excelsa. El orden, sí. Esa era la causa última de tanta belleza. Doña Elvira se sentía parte inseparable de ese orden. Cuando percibía su belleza, la dicha la embargaba.

## 2. RECOMENDACIONES

La idea de contratar a un administrador había surgido en la cabeza de la viuda de Claramunt en el Café de las Damas, mientras, precisamente el día anterior, merendaba en compañía de otras señoras amigas y conocidas suyas.

Eugenia Tello, casada con Baldomero Beltrán, el ingeniero responsable de las obras públicas de la ciudad, se había traído desde Barcelona a un joven pariente que había realizado estudios mercantiles y cuya familia había entrado en fase terminal de bancarrota. Antonio Perelada, que así se llamaba el joven protegido, le servía de ayudante al ingeniero, que además de tener despacho en el Ayuntamiento, donde pasaba la mayor parte del día, contaba con otro en su propia casa en el que se recluía al regreso de su trabajo oficial. El ingeniero estaba lleno de ideas innovadoras y empleaba su tiempo libre en dibujar planos y escribir cartas en las que exponía sus proyectos a posibles mecenas o clientes. Perelada tenía muy buena letra, sabía escribir a máquina y redactaba muy bien las cartas y los informes.

–A mí me haces un favor, porque, sin él quererlo, su presencia en casa me ha complicado la vida –dijo Eugenia Tello–. Un asunto de faldas –añadió bajando un poco la voz–. Se trata de la nueva doncella, a quien le he cogido cariño. La chica está trastornada. Le sigue por la casa con cualquier pretexto. Ella lo niega, pero yo me doy perfecta cuenta. Es una chica muy impulsiva, demasiado. Tengo que evitar el desastre. Si no lo contratas tú, lo mandaré de vuelta a Barcelona. Pero creo que el chico vale, quizá sea la persona que andas buscando.

Algunas de las señoras reunidas en el Café de las Damas conocían al joven Perelada y dijeron que tenía buenos modales y parecía despierto. Habían intercambiado, en sus visitas a la dueña de la casa, algunas frases con él.

–Lo importante es que tenga buena cabeza –manifestó doña Elvira.

–De eso puedes estar segura. Baldomero es muy exigente. Compruébalo tú misma. Te lo envío a casa cuando quieras. Si eso te parece muy comprometido, ven a verle tú misma. No le diremos para qué. Ya me inventaré

una excusa para que se siente un rato con nosotras. Hablas con él con toda tranquilidad y luego te lo piensas.

Como las dos señoras estaban interesadas en resolver el asunto cuanto antes, decidieron que el encuentro se produjera al día siguiente. Las otras amigas expresaron su interés por asistir a la reunión, pero al fin todas convinieron que era mejor que la viuda hablara con el joven a solas. Se sentiría más cómoda, haría las preguntas que le parecieran más oportunas, con entera libertad. Era mejor, incluso, que la misma Eugenia no estuviera presente.

Doña Elvira no sabía lo que debía preguntarle al joven. Los datos familiares, que son siempre los que inspiran más curiosidad, estaban en poder de Eugenia Tello. No había nada que investigar, nada que Eugenia no supiera. Puede que edulcorara las historias de su familia, pero, a grandes rasgos, la procedencia social del joven estaba fuera de toda sospecha. Otra cosa era la situación en que se encontraba, por culpa de las convulsiones sociales del momento o por lo que fuera. Lo importante era que, de una manera u otra, el joven pertenecía a la familia Tello. Doña Elvira se fiaba de su amiga. Si no confiaba en ella, no confiaba en nadie.

Establecida la respetabilidad social del candidato, había que asegurarse de que se dieran en él las cualidades que precisa un administrador. Tenía buena letra y redactaba bien las cartas, ¿qué más hacía falta? Que se manejara bien con los números. Eso era lo principal. Doña Elvira, de números, no entendía nada. En toda su vida no había hecho otra cosa que gastar. Mientras Rafael Claramunt vivió, ella no se había privado de nada. A don Rafael le gustaba que doña Elvira disfrutara. Que se comprara joyas, y que vistiera con cierta ostentación, le parecía bien, casi conveniente para el negocio. La idea de abrir el Café de las Damas, e incluso el nombre, se le había ocurrido a don Rafael a partir, precisamente, de las aficiones sociales de su mujer. Doña Elvira habría preferido llamarlo Gran Café de las Damas, pero cedió al instinto comercial de su marido, que aconsejaba moderación.

—De números no sé si el chico sabe o no sabe —dijo Eugenia—. Eso es cosa de Baldomero, que tiene un talento impresionante para los números.

El ingeniero Beltrán tenía fama de poseer una memoria prodigiosa y una mente privilegiada para el cálculo. Tenía la cabeza llena de números, se decía. De números, de proporciones, de toda clase de operaciones matemáticas. Sus ojos eran como rayos. Solo con mirar algo sabía con exactitud lo que medía,

lo que pesaba y otras cualidades relacionadas con pesos y medidas. Dueño de aquellas extraordinarias habilidades, el ingeniero se pasaba las horas concentrado en el dibujo y la descripción de los artilugios de toda clase que salían de su fértil imaginación. El joven Perelada, por tanto, no había sido puesto a prueba en el terreno de los cálculos matemáticos ni en el de las cuentas, sino en el de la caligrafía, la ortografía y la gramática.

La viuda de Claramunt, tras el corto y feliz recorrido que acababa de hacer, bañada en la intensa luz del sol del invierno, se detuvo un momento frente a la austera fachada del palacio de los Tello y se dijo que todo saldría bien.

En la penumbra del zaguán del palacio de los Tello, doña Elvira, tras lanzar una fugaz mirada a las lazadas de raso de sus zapatos, giró la cabeza para saludar al portero, que vestía uniforme verde oscuro con botones dorados y que la había reconocido y se había levantado de la monacal silla en la que permanecía sentado durante horas para velar por la seguridad de los habitantes del palacio y dar a todos –inquilinos, visitas y viandantes que pasaban durante el día por delante de la gran puerta del zaguán, unas veces abierta de par en par y otras entreabierta– una impresión de magnificencia.

–Si desea subir en ascensor, la acompaño –dijo el portero, tras el saludo formal.

–No, de ninguna manera. Solo es un piso –dijo la señora, haciendo con la mano enguantada un gesto casi jovial–. Recuerdos a su mujer –añadió luego, mientras ponía el pie delicadamente calzado en el primer peldaño de la escalera.

Hacía años que el portero había enviudado, pero doña Elvira no lo sabía o lo había olvidado. Era una frase que pronunciaba siempre que dirigía la palabra a un representante masculino de una clase social evidentemente inferior a la suya. «Recuerdos a su mujer» era una fórmula que denotaba interés por los otros. Si la tal mujer había fallecido o no había existido nunca, eran cuestiones intrascendentes. Con la frase se quedaba bien. Alguien se lo había dicho alguna vez. O puede que fuera una máxima de su propia invención. Una máxima concebida en un instante de felicidad.

El ingeniero Beltrán había hecho instalar el ascensor, de madera noble, espejo de medio cuerpo y asiento de terciopelo, al fondo del zaguán, aprovechando parte del hueco de las escaleras, sin ocupar todo el espacio, sin ser perceptible a primera vista, sin restar, en suma, al palacio ni un ápice de su majestuosidad.

Ciertamente, se dijo doña Elvira, la instalación del ascensor proporcionaba mayor comodidad a la vida en el palacio, pero el ambiente frío y algo húmedo que se respiraba en el interior de sus muros, a causa de los inviernos acumulados a lo largo de los siglos –algo más de dos, sin exagerar– y de la escasa luz natural que entraba por las estrechas ventanas, no fomentaba la idea de un hogar acogedor.

El piso del edificio Claramunt en el que vivía Elvira Ibáñez se caracterizaba, al contrario, por eso que más tarde se llamó «confort» y que básicamente consistía en una vivienda amplia y soleada, bien caldeada y bien aireada. Rafael Claramunt era un hombre de su tiempo. Creía en la higiene, en la conveniencia de llevar una vida saludable, en los beneficios de los elementos naturales, aire, sol, agua, vegetación. Desde el salón del piso principal, podía contemplarse la calle a través de un mirador en forma de rotonda. Con la excepción del comedor y de la biblioteca, que ocupaban los cuartos más oscuros de la casa, las habitaciones estaban inundadas de luz. No en pleno verano, desde luego. Durante los agobiantes días de calor, los balcones y las ventanas del piso se cerraban.

El palacio de los Tello, aun modernizado, no suscitaba en el pecho de doña Elvira ningún sentimiento de envidia. Los Tello pertenecían a la aristocracia de la ciudad, y los Claramunt –con quienes la joven Elvira, nada más contraer matrimonio con Rafael, se había identificado–, al comercio, a la próspera burguesía. Se necesitaban mutuamente. Pero la burguesía era el motor del progreso. No ella, concretamente, Elvira Ibáñez. Ella, por carácter, se sentía más cercana a la aristocracia. No era motor de nada. Era una vividora, una degustadora. Pero Rafael Claramunt, su difunto marido, había dejado su impronta en la ciudad. Esa era la responsabilidad que tenía ahora la viuda: mantener el imperio, seguir creando a su alrededor riqueza y bienestar.

Mientras subía por las escaleras de piedra del palacio, doña Elvira saboreaba la sensación del peso de su propio cuerpo en cada peldaño, en el movimiento del pie al alzarse y convertirse, inmediatamente, en un punto de apoyo para empujar al otro, y se sentía plétórica de vida, porque el simple hecho de estar subiendo unas escaleras –esas, tan majestuosas– le mostraba claramente que era una mujer llena de vigor, una mujer capaz de hacer frente a las dificultades de una vida que, en el fondo, siempre le había sido favorable.



### 3. LA ENTREVISTA

Eugenia Tello recibió a su amiga en el cuarto de costura, donde, cuando se encontraba en casa, hacía ganchillo y miraba por el balcón hacia la plaza. Innumerables tapetes de ganchillo de todas las formas posibles, cuadrados, rectangulares, redondos, ovalados, con forma de estrella, estaban esparcidos sobre todas las superficies de la salita. Nunca demasiado grandes. En una ocasión, Eugenia había emprendido la tarea de confeccionar una colcha, pero, antes de la mitad, se aburrió y tuvo que terminarla la doncella, trabajando los domingos por la tarde y alguna noche de insomnio. De todos modos, tampoco era que a Eugenia le sobrara el tiempo. Se ocupaba de muchos asuntos de caridad. Colaboraba estrechamente con el párroco de San Blas en las ayudas regulares a los habitantes de los barrios más pobres de los suburbios. Un grupo de señoras les llevaban semanalmente ropa y comida. Eugenia se encargaba no solo de las entregas en el barrio, sino de la recogida de los suministros. Tenía dotes organizativas y de mando.

Doña Elvira paseó su mirada por los pequeños tapetes de ganchillo de color crema que se posaban sobre los muebles, resguardándolos, a medias, del polvo que iba cayendo sobre ellos. En su fuero interno, doña Elvira sentía una especie de desprecio por las labores manuales de sus amigas, como si esos tapetes o lienzos bordados o cosas parecidas delataran una terrible carencia. Ellas presumían de haber recibido una educación que las capacitaba para debatir cuestiones que en el pasado solo concernían a los hombres, pero, en lo que hacía a la música, eran unas verdaderas ignorantes. La música, sin embargo, había estado siempre presente en la vida de Elvira Ibáñez. Había tenido profesor de piano desde niña e incluso había soñado alguna vez con la idea de dedicarse a dar conciertos. Aún se sentaba al piano de vez en cuando y siempre se asombraba del placer que le producía arrancarle las notas con tanta suavidad. Con sus tertulias del Café no podía hablar de lo que constituía para ella la mayor fuente de felicidad. Los tapetes de ganchillo, por lo demás, no le gustaban nada. Sin embargo, eran testimonio de una clase de

entretenimiento, de un tiempo de silencio y recogimiento que instintivamente aprobaba.

–El chico vendrá dentro de unos minutos –dijo Eugenia Tello, refiriéndose a Antonio Perelada, después del intercambio de saludos y de haberse acomodado las dos de cara al balcón, que tenía descorridas las cortinas y los visillos para abarcar todo el panorama de la plaza–. Le he dicho que querías pedirle consejo sobre la administración de las empresas. Papeleos, esas cosas. Yo me iré un momento con cualquier excusa. ¿Has pensado ya en las cosas que vas a preguntarle?

–Sí –repuso, mecánicamente, doña Elvira.

Ni siquiera había especulado sobre cuál sería el aspecto del candidato a quien de un momento a otro iba a entrevistar. A través de los comentarios de sus amigas, a doña Elvira le había llegado una impresión muy débil, pero vagamente positiva, de Antonio Perelada. No parecía que mereciera la pena fijarse mucho en él. Habían dado su visto bueno. Con eso bastaba.

Entró la doncella y anunció al joven.

Fue una ceremonia breve. Antonio besó las manos de las señoras. Primero la de la conocida –no en vano era la esposa del jefe–, luego la de la desconocida, que se había desabotonado el abrigo con el objeto de mostrar el resplandor de la dalia de brillantes que llevaba prendida en el pecho. Más aún que la dalia, lo que impresionó al joven fue la suavidad de la mano enguantada de doña Elvira. El tacto de la gamuza le emocionó de forma inesperada. Nunca había rozado una piel tan suave. Un destello de dicha y de sorpresa iluminó sus ojos.

Doña Elvira se preguntó por qué nadie le había dicho que Antonio Perelada era un joven tan guapo. Quizá sus amigas no se fijaban en esas cosas, quizá no querían decir que se fijaban. Sacaría al chico del palacio de los Tello. Ya se había dado cuenta del rubor que encendía las mejillas de la doncella. Había que librar al chico de ese peligro. Con el sueldo que iba a ganar trabajando a su servicio, podría vivir en la Pensión Roma, en el Coso, a unos pasos de su casa. La dueña, Felisa Martín, era una dama venida a menos que estaba emparentada con su difunto marido. La pensión que regentaba tenía huéspedes fijos. Hombres formales de diversas profesiones, militares, profesores, representantes de comercios y de empresas. Hombres muy educados. Hablaría con ella. Le gustaría el chico, sin duda. Con ella, él estaba fuera de peligro. Aun regentando una pensión, Felisa Martín era toda una señora.

Eugenia salió del cuarto de costura en busca de unos hilos.

–Necesito un administrador –dijo doña Elvira, clavando los ojos en los de su interlocutor–, alguien en quien confiar plenamente.

Antonio Perelada asintió y bajó los ojos hacia las manos de la señora en un gesto que parecía expresar su total disposición a aceptarlo todo de ella.

–Esa garantía, con usted, la tengo –siguió doña Elvira–. No ha podido venir mejor recomendado. Así que se lo preguntaré directamente, ¿se considera apto para la tarea?

Aunque a Antonio Perelada no se le había pasado por la cabeza dejar el empleo que tenía, y en el que se encontraba a gusto –sobre todo porque no representaba un trabajo agotador, pero también porque adivinaba que pronto disfrutaría de los favores de la doncella–, hizo otro gesto de asentimiento, este algo más pronunciado que el anterior. Después, manifestó con gran solemnidad:

–Me considero apto, sí. Será un honor para mí trabajar para usted.

¿Había algo más de lo que hablar? No allí, desde luego, no en ese momento, se dijo doña Elvira.

–Le espero mañana en mi casa, a las once –dijo–. Le pondré al tanto de todo. Hablaremos de todos los detalles.

¿Por qué se demoraba tanto Eugenia?, ¿cuánto tiempo más tenía Elvira que permanecer a solas con ese joven desconocido a quien acababa de ofrecer un empleo? Aún no era su subalterno. No quería dar más pasos en un escenario que no le pertenecía. En el cuarto de costura de su amiga Eugenia, doña Elvira no era enteramente doña Elvira. Allí era la portadora de un mensaje, ¡pero el mensaje era ella misma! Por instinto, para no perder su autoridad, no dijo una palabra más.

¿Acaso el silencio no era, a su modo, una especie de arte? El cuartito de costura de Eugenia Tello, con su balcón a la plaza y los muebles cubiertos de pequeños tapetes de ganchillo, se transformó, de pronto, en un santuario. Estaba habitado por un silencio denso, prometedor.

Antonio Perelada, por su parte, reprimió, tras el solemne asentimiento final, el impulso de echarse a los pies de la dama y besar de nuevo sus guantes de gamuza. Si ella no hablaba, él callaría también.

La viuda de Claramunt y Antonio Perelada, el futuro administrador de los negocios de la familia, se comportaron como si ambos fueran perfectamente

conscientes del alcance del acuerdo al que acababan de llegar. Permanecieron callados, casi inmóviles.

Así los encontró Eugenia Tello cuando, minutos después, irrumpió en el cuarto de costura. Sentados uno frente al otro, con las cabezas ligeramente vueltas hacia el balcón, inmersos en el silencio, quizá en la contemplación de los árboles invernales de la plaza.

Poco después, el cuadro volvió a cobrar vida. Antonio Perelada abandonó la salita. Las damas dejaron pasar un breve rato más. Luego, se levantaron, recorrieron el pasillo y descendieron por las escaleras, acompañadas por la doncella.

Doña Elvira, en la calle, bajo un sol intenso que no llegaba a calentar el aire, se ajustó el gorro de astracán sobre el tocado de plumas. Se sentía extrañamente ligera y pesada a la vez. Le costaba andar, pero, asombrosamente, andaba, como si alguien la empujara. A pesar del velo que cubría sus ojos, el sol los cegaba. El bendito sol era despiadado a veces. A los habitantes de una ciudad acostumbrada a sufrir un viento casi constante, los días en que el aire se paralizaba les daban una sensación de irrealidad. Más aún si en el cielo no se vislumbraba ni una sola nube. Era como si el sol –el dios Sol– hubiera caído sobre la ciudad y se hubiera apoderado de ella.

#### 4. SUEÑOS DE JUVENTUD

Cuando Justo le comunicó a su madre que ya había encontrado a la mujer con quien compartir su vida, doña Elvira aceptó a Anunciada, la hija del fabricante de cerámica industrial, con aprobación casi entusiasta. No solo la liberaba del pequeño resquicio de culpa que pudiera sentir por haberlo apartado de los negocios –más aún, cuando el generoso regalo de la farmacia por parte del futuro suegro garantizaba para Justo ese futuro en el que ella, su madre, había decidido confiar siempre–, sino porque desde el primer momento Anunciada le había hecho gracia. En su opinión, Anunciada era una mujer simple. Carecía de pretensiones. Convertirse en la mujer de Justo, dirigir el hogar y formar parte de la familia Claramunt parecían ser sus únicas metas. Además, se intuía en ella una buena dosis de egoísmo –algo normal en una niña mimada–, y el egoísmo Elvira lo entendía perfectamente. En el fondo de su ser, lo aprobaba. Anunciada, según Elvira había percibido enseguida, se había propuesto ser feliz.

Ahí estaba la gracia, porque la idea de la felicidad nunca se le había pasado a doña Elvira por la cabeza. Sin embargo, desde que había enviudado y había empezado a viajar por el mundo, a asistir a conciertos, a comer en buenos restaurantes y a alojarse en hoteles lujosos, sentía que estaba buscando algo y que, en cierto modo, no saber lo que iba buscando resultaba tranquilizador, porque intuía que la razón de las metas no consistía en alcanzarlas, sino en perseguirlas, incluso en perderlas de vista y recuperarlas al cabo de un tiempo.

Al recordar uno de los sueños de su juventud, ser concertista, se sonreía disculpándose a sí misma, porque el cumplimiento de aquellos sueños habría requerido una perseverancia y una fe de las que ella carecía por completo. Pero los sueños de juventud tenían su valor, le habían dejado el legado del gusto por la belleza, por esas manifestaciones sublimes que en ocasiones era capaz de realizar la naturaleza humana.

Uno de los profesores de piano con quienes había aprendido a distinguir y

desgranar las notas musicales sobre el teclado la había alentado a tomarse en serio su afición, y doña Elvira pensaba algunas veces que, si hubiese tenido necesidad de hacerlo, habría emprendido la carrera de pianista. Sentía cierta nostalgia por no haber vivido esa experiencia, aunque eso habría significado, sin duda, una vida más precaria que ni siquiera podía imaginar. Había algo que jamás conocería, un mundo de luces fugaces, de extraños olores a polvo entre bastidores, de gastados pero siempre relucientes vestidos de raso colgando de perchas tras las puertas de los camerinos, de perfumes de pétalos de rosa que podían ser muy caros o inusitadamente baratos. Un mundo imprevisible y algo peligroso, algo amargo, algo extraordinario.

Siempre había envidiado a Rafael, su marido, que, según todos los indicios, había encontrado lo que perseguía. Los negocios habían colmado su vida. Sin embargo, a pesar del éxito conseguido, su carácter nunca había llegado a dulcificarse, pero quizá ese era el concepto que quería tener de sí mismo: un hombre que sabe imponerse sobre los demás, sobre el destino.

Desde la muerte de su marido, doña Elvira había empezado a ensanchar esa brecha por donde siempre se le había colado algo parecido a la felicidad. La libertad absoluta, cierto grado de desorden. Hacer la maleta y deshacerla, ver su ropa colgada en los armarios de los hoteles, estar sentada en el patio de butacas de un teatro de destellos dorados, escuchando un aria excelsa, y flotar, como flotaba la letra no siempre descifrable de las canciones. Flotar en el aire, elevándose hacia el techo, en el que habitaban unos personajes de leyenda, vestidos de gasas y con gestos petrificados y delicados. Salir del mundo terrenal.

Cuando no estaban de viaje por el mundo o pasando la temporada en este o aquel balneario, doña Elvira y fraulen Katia –la fraulen apoyada en el brazo de la viuda– deambulaban por la ciudad. En uno de sus viajes, doña Elvira se compró un bastón de mango de plata que, más que para apoyarse de forma física y material, le servía como expresión de su autoridad. Aquel primer bastón se lo compró ella. Luego vinieron otros, algunos de ellos regalo de familiares y conocidos. Así empezó su amplia colección de bastones. El bastón resultaba un regalo muy socorrido. Se dio por sentado que la viuda los coleccionaba. Fue un capricho que le adjudicaron y que ella asumía con cierta ambigüedad.

–¡Vaya, otro bastón! –decía, condescendiente, en cuanto le entregaban el inequívoco envoltorio.

Justo y Anunciada se unieron en matrimonio en una ceremonia religiosa que tuvo lugar en la catedral, pocos años después de que Antonio Perelada se hiciera cargo de la administración de los negocios de la familia Claramunt.

Desde el mismo momento en que Antonio Perelada entró en la casa, habían cesado las objeciones a los viajes de doña Elvira. No había ninguna razón para que fueran cancelados, había dictaminado el administrador. Dadas las dificultades de la época, había que ser prudente, pero la fortuna familiar era sólida, y, por malos que fueran los tiempos, estaba preparada para resistir. Era una fortuna que provenía de diversas fuentes, lo que significaba que podían realizarse estratégicas operaciones de trasvase de unos a otros negocios cuando las cosas se ponían mal para uno de ellos. Perelada presumía de ser sumamente hábil para este tipo de operaciones y se pasaba las horas haciendo extrañas y monumentales cuentas en sus cuadernos que, al final del día, mostraba a doña Elvira para su supervisión.

Con la boda de Justo, se decía la viuda, había una razón menos por la que preocuparse, puesto que la fortuna del fabricante de cerámica industrial parecía muy sólida y, a partir de ese momento, Justo iba a contar con un medio de vida seguro, la farmacia que su suegro le había regalado. Los gastos que acarreaba la boda corrieron todos a cargo del fabricante. Todo eso resultaba sumamente tranquilizador, porque, según decían los periódicos, se vivían tiempos de gran inestabilidad política y social.

Se hablaba mucho de lo que podría ocurrir en el caso de que los partidos de izquierda ganaran las próximas elecciones, pero ni Justo, ni las amigas de la viuda, ni Perelada –nadie, en fin, que doña Elvira conociera de cerca– creían en la posibilidad de la victoria del Frente Popular. El hecho cierto era que los viajes por el mundo se habían reanudado y que nadie le decía a la viuda que eso supusiera un despilfarro.

La boda tuvo lugar una semana antes de las elecciones. El mes de enero obsequió a contrayentes e invitados con una mañana fría, soleada y algo ventosa. El traje de novia tenía una larga cola. El velo también tenía cola. Anunciada estaba guapa. Por una vez en su vida, estaba guapa. Nunca había pretendido serlo. Quizá ese día tampoco lo pretendía. Simplemente dio por sentado que, con todos los adornos y realces de que era objeto, encajaría de forma convincente en el papel de novia. Era lo que cabía esperar, lo

coherente. Lo que en aquel momento tenía Anunciada, vestida de novia, rodeada de flores blancas y luces amarillentas, de pie frente a la imagen de Santa Águeda, era exactamente lo que siempre había querido tener.

La capilla de Santa Águeda, una apabullante maravilla barroca situada en la nave lateral izquierda de la catedral, fue casi totalmente cubierta de flores. Gladiolos, azucenas, rosas. Flores blancas. Era el lugar reservado para los novios que se casaban en el templo. El altar mayor era territorio vedado. No se conocía un solo caso en que el arzobispo hubiera dado su autorización a una familia de la burguesía. Solo los reyes y la nobleza de alto rango, sostenía el arzobispo, podían contraer nupcias en la nave central.

Doña Elvira, sentada en una silla tapizada de terciopelo rojo, junto a su hijo primogénito, todos delante del altar, se inclinó levemente hacia delante y giró la cabeza unos grados en dirección a la novia. Rebosaba felicidad. La viuda se sorprendió diciéndose que en el futuro quizá pudiera llevarse a su nuera con ella a alguno de sus viajes, en un futuro muy próximo, incluso, ya que fraulen Katia, que justo después de las navidades había caído enferma con una gripe muy aparatosa, aún se encontraba en fase de una recuperación que se preveía lenta. Su estado de ánimo, siempre marcado por la vitalidad y el optimismo, había decaído de forma alarmante.

—Se acabaron los viajes para mí —había murmurado durante la última visita que doña Elvira le había hecho—. Pero seguro que no te faltará compañía. A todas las mujeres les gusta viajar.

Fraulen Katia no concebía viajar en compañía de hombres, cuya utilidad primordial durante los viajes, en su opinión, era cargar con el equipaje. Los hombres protestaban por todo, se desorientaban continuamente, no se fiaban de nadie. Como porteadores, servían, solía decir, pero en el fondo resultaba mucho más práctico ir contratando por el camino mozos de carga.

Durante el resto de la ceremonia de la boda de su hijo Justo, doña Elvira pensó en el Festival de Salzburgo, al que fraulen Katia y ella habían acudido todos los años desde la muerte de Rafael Claramunt. En su imaginación surgió el amplio vestíbulo del hotel, y se vio a sí misma viviendo la agradable rutina diaria de los paseos, los restaurantes y los conciertos. Pensó en los arreglos de los vestidos que tenía que comentar con la costurera, que, por esas fechas, de cara al festival, remozaba año tras año su guardarropa, quitaba y ponía, subía y bajaba, estrechaba aquí, ensanchaba allá. Fraulen Katia decía que aquel año el festival iba a ser magnífico. El gran Arturo Toscanini dirigiría



varios conciertos, y Lotte Lehmann, la famosa soprano alemana, cuya voz se encontraba en plena madurez, interpretaría arias de Wagner, ¿cómo se podía perder eso? Si fraulen Katia no se recuperaba a tiempo, la joven vestida de blanco que desde aquel momento era la mujer de Justo podría ser una buena acompañante.

## 5. EN LA CATEDRAL

El día de la boda de su hermano Justo, el jovencísimo Alejo Claramunt, sentado en la primera fila de los bancos que llenaban la capilla de Santa Águeda, no estaba particularmente atento a la ceremonia. Se encontraba en esa difícil edad en que las distintas partes del cuerpo aún no han alcanzado el mismo grado de desarrollo. Había dado un buen estirón, pero sus gestos eran todavía propios de un niño. Esa falta de armonía se manifestaba, de forma particular, en la cara, en la expresión de sus ojos. Ante la juventud que le aguardaba a la vuelta de la esquina, Alejo parecía ser presa de una gran perplejidad. Miraba a su alrededor con expresión de infinito asombro. Nunca había asistido a una boda, pero eso no era razón suficiente. A fin de cuentas, se trataba de una ceremonia religiosa, y con este tipo de actos sí estaba familiarizado.

Las naves de la catedral le amedrentaban. Los anchos muros de piedra exhalaban un olor húmedo, sofocante, acumulado a lo largo de años, de siglos. Incienso, flores marchitas, ropa que se había guardado en los alargados cajones de las inmensas cómodas de la sacristía. Olor a iglesia, a tumba. Alguien le había contado que había muchos muertos enterrados bajo las losas de mármol sucio del suelo de la catedral. En las capillas, se encontraban las tumbas más importantes, las de los santos, los beatos, los nobles, y reliquias traídas de Roma y de Jerusalén, pero allí, bajo el suelo, estaban sepultados los muertos anónimos, siempre mucho más numerosos que los otros.

El aire enrarecido que llenaba las naves de la catedral, en donde, en compañía de su madre, había asistido a misa en muchas ocasiones, le producía una vaga sensación de mareo. Los rayos de sol que iluminaban en franjas paralelas las minúsculas partículas de polvo que flotaban en el aire cambiaban ligeramente de posición y de color. Aquel día, a la habitual sensación de mareo que le producía la catedral, se había unido otra mucho más fuerte y desagradable: la de estar siendo abandonado.

En el fondo, Alejo no acababa de entender que su hermano Justo se fuera a

vivir con otra persona, dejándole a él, el hermano pequeño, que había crecido a su sombra, solo en la casa. Alejo sentía que si Justo se iba, la casa dejaba también de ser suya. ¿Qué iba a hacer él allí, rodeado de personas mucho mayores que él, auténticos viejos, desde la cocinera hasta ese oscuro personaje, Antonio Perelada, el administrador de los negocios familiares, que, sin ser viejo, lo parecía y que desde que había entrado por la puerta se había enseñoreado de la casa?

A Alejo nunca se le había ocurrido que su hermano se llegara a casar. No le había dado ninguna importancia al hecho de que Justo tuviera novia. Los hombres de su edad la tenían, pero de ahí a irse de casa y fundar una familia propia había un abismo. ¡Justo no podía dejarle solo! A Alejo, su hermano le parecía un ser original y único. Era capaz de leer en cualquier idioma, ¡incluso en ruso! Había aprendido todas esas lenguas por su cuenta, leyendo y estudiando. Alejo hubiera esperado de él cualquier cosa, cualquier excentricidad, todo menos eso: una vida exactamente igual a la de los demás.

Durante los más o menos diez años que separaban las fechas de nacimiento de los hermanos, doña Elvira había sufrido varios embarazos frustrados. La niña deseada no llegaba nunca. Pero ella nunca perdió la esperanza, y cuando al fin uno de los embarazos siguió su curso, no dudó de que en esa ocasión se trataría de una preciosa niñita. Soñaba con acunarla entre sus brazos. Sin embargo, no había sido así, y cuando supo que el bebé había sido un varón, no había podido evitar sentirse decepcionada. Las facciones del niño eran perfectas y una pelusa dorada coronaba su cabeza, pero ¿por qué no era una niña?

Con capota y faldón de encaje, lo parecía. Doña Elvira tenía un armario lleno de ropa de niña. Camisitas, trajecitos, baberos llenos de lazos rosas, volantes y finos encajes. Vistió a Alejo con la ropa que había ido acumulando en ese armario, una ropa salida de las manos expertas de unas costureras de Bilbao y, en su mayor parte, de las manos de Dorotea, la hija de la costurera de la familia Claramunt, que tenía unas manos prodigiosas y hacía unas puntadas casi invisibles, y que, al nacer Alejo, ya llevaba un año muerta. Dorotea no había llegado a conocer al bebé para quien había confeccionado esas prendas tan delicadas. El niño, envuelto en ellas, parecía una niña. Tenía cara de niña, pensaba doña Elvira.

Justo andaba absorto en sus estudios y lecturas. Era intelectualmente precoz y, además de devorar todos los libros de la biblioteca que sus padres dejaron

a su alcance, se tragó, uno a uno, los tomos de la Enciclopedia Espasa. No se fijó en la ropa que vestía su hermano. Rafael Claramunt, el padre, sí se fijó, pero no le dio al asunto mayor importancia. Tenía el genio muy vivo, pero jamás se inmiscuía en territorio doméstico. La ropa que llevaban sus hijos –al menos, mientras fueran pequeños– era un asunto insignificante. En el fondo, pensaba que doña Elvira hacía bien en aprovechar la ropa de niña que había ido guardando en el armario.

¿Qué le importaba eso al niño? Se pasaba el día durmiendo o colgado del pecho del ama de cría. Cuando creciera ya le comprarían ropa de niño.

De manera que Alejo había llevado vestidos de niña hasta que la ropa que doña Elvira había guardado en el armario se agotó. Los encajes, los volantes y los lazos de raso fueron sustituidos por franelas y trajes de marinero. Fue una transición muy brusca, a la que Alejo se adaptó contento, porque el mundo que se correspondía con aquella ropa le parecía más interesante que el anterior. A la vez, se sintió algo asustado. El nuevo vestuario significaba menos protección. Su padre, con sus frecuentes accesos de ira y sus gritos casi continuos, le producía un miedo casi físico. El miedo que le inspiraba su madre era de otra clase. No tenía nombre. Era un miedo vago a desaparecer, a ser engullido por la penumbra de su cuarto, a ser tragado por un armario, a no tener la necesaria consistencia para ser visto. En ese mundo de sombras y vaguedades, cualquiera podía empujarle, pasar por encima de él.

Pero a su modo Alejo había sido un niño confiado. Había sido objeto de innumerables atenciones, su ama de cría le había mimado y consentido todos los caprichos. Vestido con ropa de encajes y finas batistas, llamaba la atención cuando le sacaban a pasear en el cochecito. Su personalidad se había edificado sobre una base de extraña seguridad en su apariencia. Muchos pares de ojos iluminados se habían posado sobre él. ¿Qué habían dicho esas personas asombradas? «¡Qué niña más preciosa!», probablemente. En su momento, él no había entendido las palabras. Lo que había contado, lo que se había ido acumulando en su interior, era el asombro, la luz, la bendición que caían sobre él.

La muerte del padre había dejado huérfanos a Justo y a Alejo en muy diferentes momentos de sus vidas. Justo ya se había convertido en un joven serio y estudioso. Alejo era un niño mimado y caprichoso de apenas diez años. Entre ellos, se había ido abriendo una brecha de silencio, intereses y

aficiones. La admiración que Alejo sentía por su hermano se mantenía incólume, pero Justo no se sentía cómodo en el papel de hermano protector. De forma casi inconsciente, se fue alejando de su hermano menor. En el fondo, consideraba que Alejo, como cualquier otro ser humano, era perfectamente capaz de arreglárselas por su cuenta. Por lo demás, cuando Alejo se encontraba en un ambiente propicio, rodeado de personas que le inspiraban confianza, dejaba salir la veta cómica de su carácter. Le encantaba hacer reír a la gente. Y, más aún, que la gente le riera las gracias. En cierto modo, tenía vocación de payaso. Era un buen imitador, tocaba en el piano las canciones de moda –no había heredado la destreza de su madre y nunca había llegado a tener profesores de piano, pero tenía un oído muy fino y sus dedos se movían por el teclado con agilidad– y reproducía gestos y voces con gran aproximación. Alejo acabaría siendo feliz, pensaba Justo. Había en él una disposición natural, cierta facilidad para obtener satisfacción.

Aunque a su alrededor nadie pareciera darse cuenta, el día de la boda de su hermano se encontraba a unos pasos de alcanzar la mayoría de edad. Medio mareado por el olor y las luces que flotaban en el denso aire de la catedral – todo bailaba ante sus ojos–, percibió de golpe esa distancia. Se preguntaba, lleno de zozobra, si, andando el tiempo, su madre le permitiría tomar parte en los negocios de la familia. Con Antonio Perelada más o menos siempre presente en la casa –nunca se sabía cuándo se encontraba en su despacho y cuándo no–, y Justo viviendo ya fuera de ella, su futuro se veía muy incierto.

El único apoyo con el que contaba Alejo era su prima Valentina, a quien llevaba casi un par de años y que sentía devoción por él. Valentina vivía en el piso tercero izquierda del edificio, uno de los dos pisos provistos de terraza que se vislumbraban desde la calle.

A pesar de tener unos años menos que Alejo, Valentina irradiaba una sensación de seriedad –de gravedad, incluso– que invitaba a todo el mundo a tratarla como si hubiera sido desde siempre una joven adulta. Puede que eso, el parecer Alejo más pequeño y Valentina mayor, los hubiera emparejado como compañeros de juegos. Se complementaban extraordinariamente bien. Valentina era juiciosa e imaginativa. Alejo, imprevisible y caprichoso. Habían pasado muchas horas jugando juntos, en verano, en la gran terraza del piso tercero izquierda, y en invierno, en uno de los cuartos de atrás del tercero o del principal, cuartos destinados, los dos, a los juegos de los niños. Ambos

cuartos daban a un patio enorme, lleno de vidas ajenas. Ventanas, balcones, terrazas, cubiertas de las casas, tejados, hasta varios jardines, de todo había en aquel ancho mundo acotado. Valentina y Alejo se asomaban al balcón e imaginaban cómo serían las vidas que se intuían desde allí.

Pero la época de los juegos infantiles ya quedaba lejos. Más lejos de lo que marcaba el tiempo del calendario. Últimamente, Valentina se ruborizaba por cualquier cosa, y Alejo se sentía, en su presencia, confuso y desorientado, ¿qué era lo que tenían en común? Empezaban a mirarse mutuamente con extrañeza, como si no acabaran de comprender qué era lo que les había llevado a pasar tantos ratos juntos o qué clase de juegos habían compartido. Valentina seguía pareciendo algo mayor de lo que era. Alejo, menor. Eso era lo único que permanecía invariable.

Los primos habían entrado juntos en la catedral, pero, una vez llegados a la capilla de Santa Águeda, Valentina se había quedado algo rezagada, en medio de sus padres y sus hermanos. Alguien le había indicado a Alejo que debía sentarse en el primer banco de la fila. Al volver la cabeza, vio a Valentina, justo detrás de él, en el segundo banco. A pesar de que unos segundos antes había estado a su lado, Alejo de pronto no reconoció a su prima, ¿cómo no se había fijado en el flamante sombrero de terciopelo azul que enmarcaba su rostro? El rostro de una joven casadera. Eso le produjo una gran desolación. Le habían asignado un lugar de honor en el primer banco de la capilla, pero lo cierto era que todos le habían abandonado.

## 6. FESTIVALES DE SALZBURGO

Los meses que siguieron a la boda de Justo y Anunciada estuvieron marcados por un acontecimiento luctuoso, la muerte de fraulen Katia. Doña Elvira se sumió en una profunda tristeza. Asistía diariamente a misa, donde se encontraba con otras señoras de la ciudad, y por las tardes se reunía de nuevo con ellas alrededor de uno de los veladores de mármol del Café de las Damas.

La viuda de Claramunt, que tenía cierta propensión a hacer un recuento de los bienes que le había dado la vida, se decía muchas veces que tenía dos hijos, una nuera e incontables parientes, que era dueña de varios negocios para cuya administración había contratado a un hombre que parecía venerarla y que aún era capaz de tocar con estilo bellas melodías al piano. Sin embargo, a su alrededor todos ignoraban que de vez en cuando caía en pozos muy oscuros. Desde la muerte de su marido, la alegre compañía de fraulen Katia la había distraído de todo pensamiento perturbador. Fraulen Katia le elevaba el ánimo. La alegría de vivir, el carácter siempre inquieto y animoso de la fraulen había ejercido sobre ella una gran atracción. A su lado, la viuda se contagiaba de todas sus virtudes. No se había sentido tan compenetrada con ella como con su amiga Dorotea, la hija de la costurera, que, por desgracia, había abandonado el mundo de forma prematura, víctima mortal de un brote de fiebres tifoideas que había atacado a la ciudad al filo de la nueva década causando estragos letales. Doña Elvira no lloró a fraulen Katia con tantas y tan sentidas lágrimas como, años atrás, había llorado a Dorotea. Simplemente, se hundió en la oscuridad.

Una mañana, le volvió a la cabeza el pensamiento fugaz que había tenido el día de la boda de su hijo Justo, en la catedral, frente al altar de Santa Águeda. En aquel momento, a doña Elvira se le había ocurrido que Anunciada podría ser una buena compañera de viaje. Parecía una joven capaz de valorar los regalos de la vida. La posibilidad de que Justo no aprobara la idea de su madre –cuya evidente consecuencia era que el primer verano de su vida de

casado iba a pasarlo solo— no fue en ningún momento considerada. La idea era tan buena que, en el parecer de doña Elvira, resultaba indiscutible.

De golpe, el duelo quedó atrás. En la casa, ya no se hablaba más que del Festival de Salzburgo, del programa de conciertos, del equipaje que había que preparar. Nadie se había atrevido a poner ninguna objeción al proyecto de la viuda. Resultaba un alivio para todos que la señora hubiera recuperado las ganas de vivir.

Aquel año, además, Justo debía concentrarse en poner en marcha la farmacia. Evidentemente, no era el momento de tomarse unas vacaciones. El que su madre se encargara de resolver el verano de Anunciada resultaba incluso conveniente. La misma Anunciada se mostraba ilusionada ante la perspectiva del viaje.

Poco después, doña Elvira tuvo otra idea: su sobrina Valentina viajaría con ellas. Dos acompañantes, mejor que una. Sobre todo si, como era el caso, ninguna de las dos le proporcionaba una seguridad absoluta, ¿ninguna era fraulen Katia!

Valentina era muy joven, pero podía contarse de antemano con el consentimiento de sus padres. La manutención de la familia dependía casi por entero de la despreocupada prodigalidad con que doña Elvira se hacía cargo de los gastos. El padre de Valentina, Maximiliano Martín Claramunt, primo de Rafael Claramunt, que en la consideración familiar era una especie de bala perdida y por quien Rafael sentía debilidad, se había instalado con su mujer, Eladia, y sus hijos, Valentina, Antón y Eladio, en el piso tercero izquierda del edificio cuando los niños eran muy pequeños, aceptando el ofrecimiento que le había hecho su primo. A pesar de su mal carácter, Rafael Claramunt era un hombre generoso que nunca negaba ayuda a los miembros más necesitados de su familia.

Alérgico a todo tipo de trabajo, Maximiliano tenía innumerables amigos y poseía un extraordinario poder de seducción sobre las mujeres y sobre los hombres. Después de haber dado muchos tumbos y de haber dejado por el camino no se sabía cuántas novias, Maximiliano, al fin, se había casado, y como era previsible, dada su mala cabeza, su elección, en la opinión general, había sido desastrosa. Ni una sola persona de su entorno social sabía de dónde había salido Eladia, su última novia. Pero él no había dado ninguna explicación y se había casado con ella.



Valentina, la hija mayor del matrimonio, acababa de cumplir quince años. A pesar de su edad, transmitía sensaciones de sensatez y de cordura, lo cual, dados los rasgos de sus progenitores, casi parecía un milagro. No se parecía en nada a su madre, la melancólica Eladia, a quien toda la familia evitaba. Había heredado el porte elegante de Maximiliano, su padre, pero, afortunadamente, no su frivolidad. Valentina tenía un aire inequívocamente respetable.

¡Anunciada y Valentina, qué buena idea!, se repetía doña Elvira. Dos compañeras de viaje jóvenes –una, jovencísima–, bien educadas, sensatas y alegres. Ambas parecían fuertes y gozaban de buena salud. Se apoyaría en ellas, la ayudarían a subir y bajar escaleras, se ocuparían de los aspectos más molestos del viaje. Estaba segura de que fraulen Katia hubiera aprobado la idea, si es que no había sido ella quien, desde el cielo, se la había inspirado. Se la imaginaba sonriendo y asintiendo con la cabeza.

Hasta el día fijado, el tiempo transcurrió con rapidez, empleado en los mil y un detalles de los preparativos. La victoria del Frente Popular, que les había cogido a todos por sorpresa, fue prontamente olvidada. De vez en cuando, se producían alborotos en las calles y se oían noticias sobre algaradas y revueltas, pero todo eso sucedía, siempre, en otra parte. El viaje a Salzburgo era la prioridad, el asunto que mantenía vivo el ambiente del piso principal del edificio. Para caldear aún más los ánimos, de la gramola salía continuamente música de ópera.

Una mañana de julio de 1936, doña Elvira, Anunciada y Valentina se subieron al vagón de primera clase del tren que las llevaría, lentamente, hacia el corazón de Europa. Eran mujeres de diferentes edades, pero había algo indeterminado que las igualaba. Doña Elvira, la mayor de todas, tenía una intensa expresión de ilusión en los ojos, se movía con agilidad y gesticulaba y hablaba de forma exagerada. Anunciada, en plena juventud, pero bien dispuesta a pasar cuanto antes a la madurez, tenía una expresión que fluctuaba entre la satisfacción contenida y el aburrimiento gustosamente asumido. Valentina, con quince años recién cumplidos, tenía toda la apariencia de ser una señorita muy delicada, siempre absorta en sus propias y profundas reflexiones. Pero las edades de las tres mujeres tenían límites muy borrosos. Aunque no se parecían entre ellas –no había ninguna razón para eso–, en aquel momento, acomodadas en sus asientos, vestidas con ropa holgada, apropiada

para un viaje tan largo, mirándose unas a otras y mirando, sobre todo, a cuanto ocurría a su alrededor, formaban un grupo compacto en el que la edad no era lo que contaba. Doña Elvira guardaba en una bolsa de tela bordada de la que jamás se separaba un apretado rollo de billetes, sujetos con una goma gruesa de color ámbar.

Justo Claramunt no había podido acompañarlas a la estación, tal como en un principio había planeado. Las sucesivas epidemias que recorrían el continente habían producido un colapso en el suministro de algunos fármacos y, de forma urgente, Justo tuvo que desplazarse a Barcelona para negociar un trato con unos laboratorios catalanes que tenían buenos contactos con Suiza y Alemania. Fue Perelada el encargado de acompañar a las señoras. Alejo, a quien, a pesar de que el próximo curso se disponía a iniciar sus estudios universitarios, todos consideraban más cerca de la infancia que de la juventud, se quedó solo en el inmenso piso que ocupaba la planta principal del edificio Claramunt. Solo con la cocinera y con las dos doncellas que vivían en la casa. La perspectiva del verano le producía, como siempre, cierta excitación.

Las señoras se asomaron a la ventanilla para decir adiós a Antonio Perelada, que llevaba traje oscuro –a pesar de ser verano–, como siempre, y tenía el semblante serio. Perelada las había ayudado a subir al tren y ahora se encontraba en el andén, bajo la ventanilla de su vagón, pero las miradas risueñas de las mujeres pasaban por encima de él y se perdían entre todas las personas que, con las manos levantadas y ondulantes, despedían a otros viajeros. Ellas les sonreían a todas. Cuando el tren arrancó, el hombre del semblante serio y del traje oscuro agitó en el aire su sombrero de paja.

## 7. UNA PATRIA EN PELIGRO

Alejo deambulaba por el piso, habitado únicamente por él y las criadas. Antonio Perelada acudía a última hora del día y se encerraba unas horas en su despacho. No hablaba con nadie de la casa. Sí se oía su voz, o los murmullos en los que la envolvía, mientras hablaba por teléfono. Dios sabía con quién. Había hecho instalar en su despacho uno de aquellos aparatos de color negro y acabados dorados que aún eran símbolos de lujo y modernidad.

Curiosamente, a Alejo casi le aliviaba sentir en el piso la presencia de Perelada. Los domingos, cuando el administrador no aparecía por allí y las doncellas habían salido a disfrutar de su tarde libre, se le hacían eternos. La ciudad, durante el día, a las horas de más calor, parecía muerta. Muchas de las familias principales se habían marchado a sus habituales lugares de veraneo. El ajetreo cotidiano había disminuido. En cambio, al anochecer podían producirse acontecimientos imprevisibles. Las calles del centro se llenaban de gente de aspecto amenazante y se oían gritos revolucionarios en tono violento. A Alejo le daba miedo salir de casa. Algunos de sus amigos ya estaban de vacaciones. Otros, como él, tampoco se atrevían a salir. Empezaba a echar en cara a su madre que se hubiera ido a Salzburgo en medio de un ambiente tan inestable. ¿Y Justo?, ¿por qué se empeñaba en seguir en Barcelona, cuando él se encontraba, solo en la ciudad, tan desprotegido? Las mismas criadas lo decían: «La señora no habría debido irse de viaje, tu hermano Justo tampoco, y menos ahora que ya es un hombre casado.»

Poco después del mediodía del sábado 18 de julio, la tensión empezó a aumentar. Varios retenes de guardias de asalto se desplegaron frente a las sedes del Gobierno Civil y de la Diputación Provincial, e imponentes camiones policiales recorrían incesantemente las calles y las arterias principales de la ciudad. A los rumores que se habían extendido por la ciudad durante días, les seguían, según parecía, los hechos. Las calles, con la excepción de los contingentes militares y de algún que otro peatón de aire siniestro o despistado, quedaron desiertas. La gente se refugió en su casa y se

sentó junto a la radio –quienes la tuvieran–, que transmitía noticias alarmantes y contradictorias.

Alejo se encontraba en el piso, en compañía de la cocinera y de las dos doncellas, una de las cuales tenía la tarde libre –la había cambiado por la tarde del domingo para celebrar el cumpleaños de una amiga que trabajaba en otra casa particular– y se estaba arreglando para salir. Los rumores iban en aumento. Del exterior venían ruidos que nadie sabía identificar. Se asomaron a la ventana, la cocinera bajó a la calle. Nadie sabía nada, pero todo el mundo estaba asustado. La doncella que tenía la tarde libre canceló la salida. Las amigas con quienes se había citado llamaron repetidamente al teléfono de la casa –el de Perelada era de su uso exclusivo– para intercambiar pareceres. Finalmente, dejaron de llamar. No resultaba aconsejable utilizar el teléfono. Y, según habían ordenado los señores de las casas, había que dejar libre la línea telefónica, no fuera a venir alguna noticia decisiva por esa vía.

«A ti no te va a pasar nada», le decían a Alejo las criadas. Ciertamente, no parecían inquietas por él, sino por algo que les atañía directamente. Hablaban de sus familias, de sus padres, de sus hermanos, de sus novios, ¿dónde estarían? ¿Qué iba a ser de ellos? Le pidieron a Alejo que buscara noticias en la radio. Ellas no sabían cómo funcionaba. Fueron a la sala y Alejo empezó a manipular los botones del aparato. Ruidos, música militar. Una voz agónica y exaltada que pedía lucha y resistencia.

En el interior del edificio Claramunt, los vecinos subían y bajaban las escaleras, se hacían preguntas unos a otros, las criadas brujuleaban de aquí para allá, portadoras de recados y rumores. No se sabía lo que estaba pasando. Los camiones de los guardias de asalto recorrían las calles, eso era lo único que podía decirse.

La criada de Eladia y Maximiliano, que bajó a hablar con las del piso principal, informó de que doña Eladia se había retirado a su cuarto con una fuerte jaqueca y que el señor decía que al fin las cosas iban a cambiar, que se iba a acabar el desorden para siempre. Parecía de bastante buen humor. Había abierto todas las ventanas y se iba asomando a ellas, mientras fumaba un cigarrillo tras otro. Desde la terraza del tercero izquierda, se veía un trecho de la avenida de la Patria, por donde circulaban los camiones militares. Maximiliano Martín decía que incluso había visto varios cañones. Pero no lo había comentado en tono de preocupación, sino casi con alegría, por lo que la criada tampoco se sentía muy alarmada. En el tercero izquierda reinaba un

calor de muerte. Los niños estaban en el cuarto de jugar, como de costumbre. Esos niños, que ya no eran tan niños, no molestaban nunca. Dios sabía la de juegos que inventaban. No necesitaban a nadie.

Los rumores subían y bajaban de piso en piso. Una persona había oído ruido de aviones y había visto rastros de humo en el cielo. Otra aseguraba que un escuadrón de coches oficiales, tras cuyos cristales oscuros no podía verse nada, había llegado al Gobierno Civil. ¿Quién mandaba en la ciudad? Alguien dijo que una emisora con la que, no se sabía cómo, había establecido contacto hablaba de una sublevación militar en Melilla que tenía por objeto restablecer el orden, ¡era imposible seguir viviendo así! Desde la emisora, se condenaba al pasado a pena de muerte. ¡Los días llenos de incertidumbre, disturbios y amenazas se habían acabado!, proclamaban con determinación voces algo atipladas.

Perelada no apareció en todo el día, pero nadie se extrañó de eso. El tío Maximiliano, cuando cayó la noche, bajó a ver a su sobrino. Aseguraba que Sevilla había secundado la sublevación militar. Las criadas volvieron a la cocina. Tío y sobrino se sentaron junto a la radio y trataron de captar la emisora de los sublevados, que se oía con intermitencia. Una voz aguda y vibrante anunció que los regimientos de la guarnición de la ciudad también se sumarían al movimiento. Otras voces comunicaban que se estaban desarrollando escenas llenas de tensión entre diferentes cargos políticos y militares a las mismas puertas del Gobierno Civil. Nadie había hecho ninguna declaración, pero las personalidades que entraban y salían del inmueble tenían el semblante extraordinariamente pálido. Maximiliano asentía. Su mano presionaba el brazo de Alejo, que también asentía. Así estuvieron, inclinados hacia la radio para no perderse ni una sola de las palabras que provenían del altavoz, envueltas en ruido, hasta medianoche, cuando alguien vaticinó que la victoria de los sublevados era inminente.

–Si yo tuviera tu edad –dijo Maximiliano, apretando con más fuerza el brazo de su sobrino–, saldría a la calle a ver qué ambiente se respira. Somos los únicos de la familia que estamos en casa. En momentos así, es cuando ocurren las cosas importantes. Son bromas, fatalidades. Tu madre, tu tía y mi propia hija, en el extranjero. ¡Dios sabe qué noticias les llegarán! Tu hermano Justo, en Barcelona. Típico de él. Nunca está donde debiera estar. Siempre se libra de todos los problemas. Somos nosotros quienes tenemos que tomar el mando. Tú y yo. Baja a la calle y sube luego a mi casa a contarme.

Alejo no dudó. Se sentía como una especie de lugarteniente, un enviado. No se le ocurrió pensar por qué su tío Maximiliano no bajaba a la calle con él.

En la calle, al amparo de la oscuridad, se sintió parte de un movimiento creciente. De todas las esquinas surgían sombras que se deslizaban junto a los muros de las casas, gente a quien no se le veía bien la cara. Grupos de jóvenes partidarios de la sublevación militar corrían hacia los cuarteles para alistarse. Alguien que estaba a su lado dijo que los afiliados a las organizaciones y los partidos del Frente Popular habían pedido armas y municiones para defender a la República y que en las sedes de sus partidos se habían concentrado también grupos de jóvenes a la espera de instrucciones. Alejo estuvo dando vueltas por la ciudad hasta muy entrada la madrugada. Muy cerca ya de su casa, se cruzó con un joven que iba proclamando, a grandes voces, el avance imparable de los militares sublevados. Otro dijo que se habían producido detenciones policiales a muy alto nivel.

Regresó de su excursión nocturna al amanecer. Tuvo que pulsar el timbre de la puerta del piso tercero izquierda varias veces, porque sus inquilinos estaban profundamente dormidos, según le comunicó la criada al cabo de un buen rato de impaciente espera. Fue entonces cuando Alejo se dijo que con el tío Maximiliano no había que contar. Como siempre le había oído decir a su hermano Justo, Maximiliano era un caso perdido.

Estaba solo, se dijo. Solo en medio de un país en guerra.

Volvió a su casa, a su lugar junto a la radio. Las criadas se debían de haber retirado hacía tiempo. Las luces estaban apagadas. Solo la lámpara del vestíbulo se había quedado encendida.

Acomodado en el sillón donde su padre, Rafael Claramunt, dormía la siesta años atrás, cerró los ojos, acunado por el ruido de fondo de la radio. Horas después, una voz solemne comunicó la noticia: a las cinco de la mañana del 19 de julio, un regimiento de infantería, acompañado de tambores y cornetas, había desfilado por el Coso y la avenida de la Patria. En la plaza de la Constitución, ante el retén de los guardias de asalto encargado de la seguridad de la Diputación Provincial, se había dado lectura al bando que proclamaba la Ley Marcial y hacía de la ciudad uno de los baluartes del nuevo régimen.

Al cabo de un rato, Alejo Claramunt salió de su aturdimiento y, antes de que en el piso se iniciara el trajín cotidiano, bajó a la calle, se encaminó a la sede de Capitanía General y se alistó como voluntario para combatir del lado de

los sublevados. Se sentía un héroe, abandonado por su familia, destinado a salvar una patria en peligro.

Pasados unos días, dejó sobre el escritorio de su madre una nota de despedida. Se iba al frente. Ya daría noticias. La nota finalizaba con un tembloroso «¡ARRIBA ESPAÑA!» escrito en letras mayúsculas.

## 8. LENTO REGRESO

Poco antes de que llegaran de España noticias del estallido de la guerra, el compacto rollo de billetes que doña Elvira guardaba en la bolsa de tela bordada de la que no se separaba nunca se había reducido de forma alarmante. Ya no hacía falta la ancha faja de goma para sujetar nada.

Antonio Perelada, tras recibir de la señora la orden de envío urgente de nuevos fondos, se puso en contacto con el banco de los Claramunt, telefoneó, con dificultades y frecuentes interrupciones, a otros bancos extranjeros y empezó a planear la forma de enviar a las señoras el dinero que necesitaban para culminar felizmente su estancia en Salzburgo. Pero el lunes 20 de julio la sublevación militar y las consecuencias que inmediatamente se derivaron paralizaron todas las operaciones, las bancarias y las no bancarias.

Lo poco que por vía telefónica Perelada pudo decir a la viuda sobre la situación en España y el ambiente que se respiraba en la ciudad bastó para que doña Elvira tomara la decisión de regresar de forma inmediata.

De Justo Claramunt, el primogénito, no se sabía nada. Su suegro, el fabricante de cerámica industrial, estaba moviendo cuantos hilos tenía a su alcance para dar con su paradero y establecer comunicación con él, pero de momento solo cabía suponer que se encontraba en algún lugar de Barcelona, en un hotel o en la casa de huéspedes en la que solía alojarse en sus viajes y de la que nadie recordaba el nombre.

En cuanto a Alejo, en aquel momento no se podía poner al teléfono, le dijo Perelada a la señora. Se encontraba en el piso de arriba, especificó, con la familia Martín Claramunt. Las voces se escuchaban tan mal a través del hilo telefónico que doña Elvira desistió de hacer ninguna pregunta más.

La viuda de Claramunt era una huésped conocida en el hotel de Salzburgo. El director en persona le comunicó que no había ningún problema en que se quedaran unos días más, al menos hasta que las cosas en España se aclararan, ya que Madrid, la capital, según se sabía, no se había unido a la sublevación



militar. La situación parecía muy inestable. El director del hotel se puso a disposición de la viuda y se ofreció a ayudarla en lo que estuviera en su mano.

Una señora alemana con quien fraulen Katia había tenido mucha amistad acompañó a doña Elvira al domicilio de un tasador de alhajas que estaba en contacto con las casas de empeño más fiables. Por fortuna, la viuda se había llevado con ella piezas muy valiosas, entre las que destacaba una gargantilla de brillantes con pendientes y sortija a juego. Si lo administraba bien, el dinero alcanzaría para los últimos gastos en Salzburgo y para los tres billetes de regreso a España.

No resultó sencillo organizar el viaje. Las señoras tuvieron que esperar varios días hasta que la agencia obtuvo las necesarias confirmaciones de los horarios, plazas y conexiones de los trenes. Doña Elvira pasaba la mayor parte del tiempo en el salón de té del hotel, mientras Anunciada y Valentina iban de un lado para otro, realizando encargos o llevando a cabo pequeñas gestiones. Las tres damas se convirtieron en el centro de atención de los huéspedes y del mismo personal del hotel. Continuamente se les acercaban personas que manifestaban su firme esperanza en la rápida victoria de los militares sublevados.

Una mañana de verano, un reluciente automóvil negro llevó a las señoras a la estación de ferrocarril. El viaje iba a estar dividido en varias etapas. El destino de la primera de ellas era El Havre, desde donde embarcarían en un vapor rumbo a Vigo. Dicho trayecto, que a doña Elvira le pareció sumamente extraño, casi un despropósito, había sido ideado por la agencia de viajes. Las comunicaciones con España estaban casi colapsadas. Lo más seguro –y lo más, o lo único, factible– era entrar en el país por el puerto de Vigo, ciudad que se encontraba en territorio nacional. Si un familiar de las señoras podía ir allí a recogerlas, sugirió la agencia, el resto del viaje, ya en España, podía realizarse, de nuevo en tren, de estación en estación, recalando en ciudades y pueblos que se habían sumado a la sublevación y mediante compañías ferroviarias que operaban dentro de ese territorio con normalidad.

Justo, al fin, había sido localizado. Se encontraba en un pequeño pueblo del Pirineo francés desde el mismo 20 de julio. En medio de un gran desconcierto, en cuanto la noticia de la sublevación militar se había conocido, habían sido muchas las personas –Justo, entre ellas– que habían cruzado la frontera de Francia, huyendo de un conflicto cuyo alcance se vislumbraba imprevisible. El padre de Anunciada dictaminó que, de momento, estaba bien allí. Tanto doña

Elvira como Anunciada, la víspera de emprender su largo viaje, se comunicaron telefónicamente con él. Justo hablaba con la misma calma de siempre, una calma que tuvo beneficiosos efectos sobre toda la familia.

En cambio, doña Elvira no había podido hablar con Alejo, su hijo menor, que, cada vez que llamaba, se encontraba, según decía Perelada, o en casa de Maximiliano, donde no había teléfono, o en la calle, en busca de noticias. Pero no poder hablar con Alejo, cuando resultaba tan sumamente difícil la comunicación telefónica, no llegó a ser un gran motivo de inquietud para doña Elvira. Su objetivo primordial, en aquel momento, era encontrarse cuanto antes en su país, en su ciudad y en su casa.

Sería Antonio Perelada, decidió la viuda, el encargado de acudir a Vigo a recibir a las señoras y de guiarlas después a través de territorio nacional y de estación en estación de ferrocarril hasta alcanzar su destino. Por lo demás, no había muchas opciones. Dadas las circunstancias, parecía conveniente que los hombres de la familia –el padre de Anunciada o el primo Maximiliano– se quedaran donde estaban.

Las tres señoras pensaban que la sublevación militar sería un incidente más de los muchos que ocurrían en la época. Doña Elvira estaba convencida de que el dinero todo lo arregla, y como no se le ocurría dudar de su fortuna, se sentía blindada contra las calamidades. Anunciada, por temperamento y por carácter, también confiaba. Sabía, además, que en caso de que sucediera un incidente que obstaculizara el regreso, su padre iría a por ellas y las traería de vuelta. El fabricante de cerámica industrial era de la misma opinión que doña Elvira. Los problemas empiezan cuando se acaba el dinero. Tanto la familia Claramunt como la de Anunciada vivían de la industria y del comercio y se habían ido adaptando, de manera discreta y silenciosa, a los cambios políticos. Rafael Claramunt había edificado su fortuna bajo el reinado de Alfonso XIII y bajo la dictadura de Miguel Primo de Rivera, y en ambos periodos le había ido muy bien. A doña Elvira, ya convertida en viuda, le había tocado presenciar el desmoronamiento de la dictadura y la consiguiente proclamación de la República en abril de 1931, y unos meses antes de salir hacia Salzburgo, apenas unos días después de la boda de Justo, el triunfo electoral del Frente Popular. Pero, siguiendo el ejemplo de su difunto marido, había permanecido inalterable, sin expresar jamás en público la menor opinión política, si bien los negocios, como ya le había advertido hacía un par de años su hijo mayor, parecían haberse estancado.

Sin embargo desde que Antonio Perelada se había hecho cargo de la administración de los negocios, la amenaza de catástrofe se había evaporado. El joven administrador no se hacía eco de ninguna clase de augurios. Más que silencioso, Perelada era hermético. Bajo el gobierno del Frente Popular, la calle, en opinión de todos los conocidos de doña Elvira, se había vuelto extraordinariamente insegura y aún se vaticinaba mayor inseguridad, porque aquel gobierno era de locos, y, para mayor desorden, sus componentes estaban peleados entre sí. Algunos, los comunistas y los anarquistas, predicaban la revolución. Antonio Perelada, sin embargo, parecía inmune al ambiente de caos que en ocasiones se apoderaba de la calle y a las noticias de revueltas y pillajes que ocurrían en las grandes ciudades. No había puesto el menor inconveniente al viaje a Salzburgo, y, llegado el momento, había proporcionado a la señora la abultada bolsa de dinero contante y sonante que ella requería cuando se desplazaba por el mundo.

Acomodada en el tren que partía de Salzburgo, mientras iniciaba el camino de regreso a España, doña Elvira se dijo, asombrada, enfadada, que nadie le había aconsejado que no viajara. Ni siquiera su hijo Justo, siempre tan prudente. Él mismo se había ido a Barcelona como si el país estuviera perfectamente en paz. La sublevación militar había sido una auténtica sorpresa para todos. Lo más probable, se decía Elvira, era que concluyera en unos días. Podía haberse quedado en Salzburgo, a la espera de que el conflicto finalizara y cumpliendo felizmente su plan de conciertos, paseos y restaurantes. Pero había tenido la imperiosa, casi irracional, necesidad de volver a casa cuanto antes.

Se lo dijo a sí misma y se lo dijo a sus compañeras de viaje. Había sentido la urgencia de volver. Aquel súbito regreso, tan imprevisto y complicado, no pasaba de ser una especie de capricho, propio de una madre que se preocupaba exageradamente por sus hijos. Anunciada y Valentina sonreían, comprensivas. Preferían optar por la explicación del capricho. Sin embargo, Valentina, que conocía algo más a su tía, percibía en ella síntomas de verdadera preocupación. Sabía que no era excesivamente piadosa, por lo que resultaba algo extraña la proposición que les había hecho de rezar tres rosarios al día.

Durante el largo viaje de regreso a España, las damas invocaron una y otra vez a la divina providencia y rogaron por el triunfo del alzamiento militar, del orden y de la cordura.

El ambiente cambió después de que el tren atravesara la frontera de Suiza con Francia. La primera etapa del viaje, que había durado dos largos días, había correspondido a suelo austriaco y suizo. A pesar de que las señoras no entendían el idioma en que hablaban los pasajeros –solo doña Elvira captaba el sentido de algunas frases e incluso se lanzaba audazmente a emplear cuantas palabras conocía–, esos hombres y mujeres parecían inmersos en su mundo, como si no supieran nada de la guerra que acababa de estallar en la lejana España o eso les fuera por completo indiferente. En cambio, en el tren francés, camino de París, el conflicto español era uno de los asuntos recurrentes de las conversaciones, y las damas entendían bastante bien lo que se decía a su alrededor. Tanto doña Elvira como su nuera hablaban francés con corrección, Valentina, con más inseguridad y balbuceos, pero las tres optaron por recluirse en el silencio.

Aunque no hubieran entendido el idioma, habría bastado el tono con que los viajeros pronunciaban algunas frases. Estaban, también, las miradas que los pasajeros les dirigían. La calidez y el apoyo que los huéspedes y el mismo director del hotel de Salzburgo les habían mostrado habían sido sustituidos por hoscas expresiones de desconfianza. Doña Elvira, su nuera y su sobrina constituían un grupo algo sospechoso. Eran unas señoras muy bien vestidas –aunque ninguna de ellas iba enjoyada– que se dirigían a España, donde se había producido un golpe de Estado de carácter fascista.

Uno de los pasajeros, incluso, les dijo a las damas, sin que ellas le hubieran preguntado nada, que Francia tenía un gobierno basado en la igualdad y la justicia social y que el pueblo español haría muy bien en acabar con los privilegios y los abusos de la clase dirigente. Remató su comentario con unas consignas revolucionarias y algunos insultos algo soeces.

Ninguna de las señoras respondió a los comentarios del viajero. Doña Elvira y Anunciada endurecieron la expresión. Valentina, en cambio, no pudo reprimir su asombro. Miró al hombre con un brillo de curiosidad en los ojos. Nunca había escuchado nada parecido. Por fortuna para todos, el hombre se apeó en la siguiente estación.

Por primera vez, la joven Valentina se encontraba inmersa en un mundo en el que cabía todo, en el que había inseguridad, problemas, desavenencias, desacuerdos, precariedad. Presentía que la vida era completamente distinta a

la que se desarrollaba en el interior del edificio Claramunt, no solo en el piso principal, sino en el tercero izquierda –de algún modo una vida también segura y rutinaria–, y a la que acababa de conocer, de un hotel de lujo. En aquel momento, la incertidumbre predominaba sobre todo lo demás. La misma doña Elvira había cambiado, ya no se movía con la seguridad, cercana a la arrogancia, que habitualmente caracterizaba todos sus gestos. Valentina tenía la impresión de que su tía no las tenía todas consigo y que, a pesar de que la agencia de viajes les había dado todas las garantías, ella parecía dudar. Cada vez que llegaban a una estación de ferrocarril, los nervios la recorrían, como si presintiera una catástrofe. Todo quedaba suspendido en el aire: los billetes de la siguiente etapa, la existencia de un hotel donde pasar la noche, las habitaciones reservadas para ellas, la posibilidad de que el dinero no alcanzara para cubrir todos los gastos que aún había que hacer.

De la noche a la mañana, eran muchas las cosas que habían dejado de importar. Como Valentina, en el fondo, confiaba en su tía –jamás la había visto derrumbarse–, se decía que todos esos asuntos de orden práctico se resolverían y que en algún momento llegarían a casa. Pero había algo que resultaba completamente nuevo. E incontrolable. Las caras de la gente, las miradas que les dirigían, las frases que murmuraban a su paso. Nadie las conocía. ¿Quién sabía quiénes eran ellas en el interior del vagón, en el andén, en la habitación del hotel de una ciudad extranjera? Unas viajeras huyendo de algo. Tres mujeres solas.

Algo empezó a cambiar en el interior de Valentina, en su percepción del mundo. Algo intangible y extraordinariamente poderoso. Era una sensación extraña. Por un lado, intuía el desvanecimiento de la identidad que siempre le habían adjudicado, y eso le producía un gran desconcierto. Por otro, entreveía la posibilidad de ser cualquier otra cosa, cualquier otra persona, y eso le resultaba muy alentador. Refrescante. En aquel momento, lejos de su casa, Valentina era simplemente una joven de quince años en un vagón de tren. Ese sentirse desligada de todo lo que había representado hasta el momento, el saberse tan lejos del edificio Claramunt, del piso donde vivía con sus padres y del piso –el principal– donde, a su regreso, la tía Elvira volvería a ser la señora majestuosa, algo arrogante, que siempre había sido, la hacía respirar de otra manera. Más profundamente. Con ilusiones desconocidas en su interior.

Perelada las telegrafiaba a un lado y a otro. Decía que todo iba bien, ya lo verían enseguida con sus propios ojos. Los sublevados gobernaban en la ciudad. El orden estaba garantizado. No había nada especial de que preocuparse. La casa estaba como siempre. No decía nada de Justo ni de Alejo. Solo referencias veladas. «El que estaba de viaje, sigue de viaje.» En otra ocasión, escribió: «No menciono nombres por precaución.» La frase desconcertó un poco a doña Elvira. «Por precaución», ¿qué quería decir eso? Parecía una clave capaz de resolver un complicado enigma. En todo caso, «precaución» no era una palabra terrible. En el último mensaje, recibido en El Havre, Perelada afirmaba que acudiría –por supuesto, bien provisto de dinero– al puerto de Vigo para recibirlas y hacer juntos el recorrido por España.

El fabricante de cerámica industrial, por su parte, enviaba continuos mensajes a su hija. Estaba en contacto con Perelada, decía. El viaje desde Vigo ya estaba organizado. Hablaba diariamente con Justo, informó. Se había instalado en la residencia de los Dubois Puig, unos amigos medio franceses medio catalanes que se habían ofrecido, con extraordinaria amabilidad, a acogerle en su casa de Ax-les-Thermes hasta que las cosas en España se fueran aclarando. De momento, estaba a salvo, eso era lo importante. De Alejo, el padre de Anunciada, no decía nada, pero ese silencio no les resultaba extraño a las damas. No se le podía pedir a alguien que acababa de emparentar con la familia que se preocupase por el hermano pequeño de su nuevo pariente, un joven que vivía en una buena casa y que pertenecía a una de las mejores familias de la ciudad.

Las señoras no estaban demasiado inquietas por la guerra. Ya tenían bastante entretenimiento con aquel continuo subir y bajar de trenes y automóviles, aquel recorrer estaciones de ciudades desconocidas, aquel hablar con gente que no siempre las entendía o que las miraba con algo parecido a la hostilidad, aquel acomodarse en camas estrechas y en colchones que jamás habían sido sacudidos.

## 9. LLEGADA A PUERTO

El barco atracó en el puerto poco antes de las diez de la noche de un día de mediados de agosto. Aún había luz natural. Había transcurrido casi un mes desde que las tres señoras habían salido de la ciudad camino de Europa, hacia la ciudad de la música. Doña Elvira, en cubierta, miró a través de los gemelos recubiertos de marfil a toda la gente que esperaba en el muelle. Le pareció ver a Antonio Perelada, un hombre vestido de oscuro, en medio del gentío. No llevaba sombrero, no agitaba la mano en el aire, no sonreía. Quizá no era él.

Le pasó los gemelos a Anunciada. Luego, Anunciada se los pasó a Valentina. Ninguna de las dos vio a Perelada.

En el caos del desembarco, pendientes del equipaje, que tantas veces, a lo largo del viaje, habían dado por perdido, las tres señoras se asustaron un poco cuando Antonio Perelada se materializó delante de sus ojos. Llevaba traje oscuro, camisa de color gris, tenía la cabeza descubierta, miraba a doña Elvira con un punto de temor, como si no estuviera seguro de que fuera ella y pudiera cometer el tremendo error de saludarla y darle la bienvenida antes de tiempo.

–¡Es Perelada! –dijo Anunciada.

Y las tres se quedaron mirándole, algo extrañadas, porque lo tenían delante pero no acababan de reconocerle.

En medio de aquel gentío, mientras la noche caía sobre los viajeros recién llegados, sobre los familiares que les habían ido a recoger y sobre los mozos que arrastraban en desordenado trasiego bultos y maletas, doña Elvira supo que Alejo, su hijo menor, no se encontraba en casa.

Estaba en Panticosa. Se había alistado en las filas de los sublevados. Perelada no había querido informarles por telégrafo, no hacía ninguna falta causarles –sobre todo a ella, doña Elvira, la madre– esa preocupación. Alejo regresaría en breve. La victoria era solo cuestión de días.

–Al menos, podrá darse baños termales –comentó doña Elvira, pensando en

el balneario, donde había pasado tantas temporadas.

Le costaba comprender que hubiera en Panticosa algo que no fuese el balneario y que Alejo, el benjamín, el niño que había llevado durante sus primeros años de vida ropa de niña, se encontrara agazapado en una trinchera abierta en medio de un paraje que siempre había considerado idílico.

Justo seguía en Francia. En aquella zona fronteriza, dijo Perelada, la situación aún no estaba bajo control. Tampoco en el centro. Madrid seguía oponiendo resistencia a la sublevación militar. Pero el trayecto desde Vigo hasta su meta podía hacerse entero dentro de territorio nacional. Habría que cambiar de trenes, que pertenecían a diferentes compañías, pero por fortuna funcionaban todas las líneas ferroviarias.

Aparecieron todas las maletas, que un mozo apiló en una especie de carromato, y como el hotel estaba cerca, se dirigieron a él andando. En realidad, no se podía ir de otra manera. Los pocos coches que había por allí parecían inmóviles, inservibles, y estorbaban el paso a todos.

La gente se movía lentamente, abriéndose camino como podía, a empujones, tratando de orientarse en medio de aquella penumbra sofocante. El día había sido caluroso y la noche no había venido acompañada de brisa. En el muelle del puerto reinaba un ambiente que no parecía del todo real, como si fuera parte de un sueño.

El vestíbulo del hotel parecía una estación de trenes. Perelada, que tenía en su poder la llave de la habitación, las condujo hasta ella tras recorrer un laberinto de pasillos.

Doña Elvira se dejó caer en una butaca. Anunciada y Valentina deshicieron el equipaje. Recorrían el cuarto, salían al pasillo, buscaban cosas, desembalaban no se sabía qué paquetes, comían restos de comida y pan endurecido, bebían vasos de agua. De alguna parte, sacaron platos, vasos y cubiertos. Puede que hubieran acudido al servicio de hotel. La viuda de Claramunt las miraba de lejos, como si fueran sombras borrosas. No quiso comer, tampoco darse un baño. Bebía agua y cerraba los ojos.

Anunciada y Valentina, después de poner orden en el cuarto, se acostaron en una de las camas.

Al cabo, doña Elvira se levantó y se asomó a la ventana. De la parte iluminada del muelle provenía un rumor de voces, silbidos, bocinazos, cosas que chirriaban. La vida seguía allí. El calor era húmedo y pesado. Oscuro.



Inesperadamente, una violenta oleada de indignación la recorrió. ¡Alejo debería haber esperado a que ella, su madre, regresara del viaje! Desde luego que no le habría dejado alistarse. Alejo era todavía un niño. Son los adultos los que tienen que resolver los problemas de gobierno. ¿Qué saben los niños de los asuntos de Estado?, ¿qué sabía Alejo? Pero era ella, la propia Elvira, la que menos sabía, la que lo ignoraba todo.

En la oscuridad de la noche, frente al puerto, con la intuición de la existencia de una vida remota que sus ojos no podían registrar, doña Elvira palpó la profunda distancia a la que había vivido siempre de la vida, de las cosas que ocurrían en el mundo. Nadie le había informado nunca de los peligros que acechan en la calle, fuera de la casa y de la familia. Viajar le había proporcionado muchas experiencias y había ampliado la perspectiva de su mirada, pero el mundo que le habían mostrado esos viajes era, en realidad, una prolongación del suyo. La prolongación ideal. Ahora le estaba tocando conocer unas zonas desconocidas, que no formaban parte de sus itinerarios habituales. Tras la muerte de fraulen Katia, las cosas, en solo unos días, habían cambiado de forma radical. El mundo se había hecho extraordinariamente inseguro. Curiosamente, nadie había sabido adivinarlo. Ni Justo ni Perelada ni las señoras con quienes merendaba diariamente en el Café de las Damas. Todos habían vivido en la ignorancia. A nadie se le había pasado por la cabeza que en aquel momento no era oportuno viajar, dejar sin dirección a la familia, abandonar la ciudad y el propio país. Nadie había señalado el riesgo que eso suponía, nadie se había dado cuenta de que vivían sobre un polvorín. Ni mucho menos, de que se presagiaba un golpe de Estado. De lo contrario, Justo, por muy preocupado que estuviera por los suministros de la farmacia, no se habría ido a Barcelona, menos aún cuando era un hombre recién casado que tenía que hacer frente a nuevas responsabilidades. Y sin duda Perelada, por mucho que nunca se metiera en ese tipo de cosas, le habría aconsejado que no viajara.

Todas sus amigas la habían mirado con envidia cuando, en el Café de las Damas, había anunciado su viaje. Tampoco Eugenia Tello, la más entendida en política, gracias a la información que, desde su puesto en el Ayuntamiento, le proporciona Baldomero Beltrán, su marido, había expresado ningún tipo de alarma.

¿Qué pasaba?, ¿por qué eran tan ignorantes todos?

Doña Elvira se dijo que todo eso era un sueño que necesariamente tenía que finalizar. Miró a Anunciada y a Valentina, que parecían dormir, perfectamente tranquilas, en la cama que les había tocado compartir. Dejó la ventana abierta y cerró las contraventanas. Se filtraban el aire y lejanos ruidos callejeros. Quizá por la mañana, al despertar, alguien le diría que todo había terminado, que los grupos descontrolados que se habían apoderado de las calles en los últimos tiempos habían desaparecido, que reinaba la paz y el orden, y que sus hijos regresaban a casa.

## 10. NOTICIAS DEL EXTRANJERO

Tal como Antonio Perelada había anunciado en el oscuro anochecer del puerto de Vigo, en el piso principal del edificio Claramunt no se había producido cambio alguno. La cocinera y las dos doncellas seguían en sus puestos, vestidas como de costumbre. La cocinera, con una bata de color indefinido, un amplio delantal blanco alrededor del cuerpo y un pañuelo sobre la cabeza. Las doncellas, con sus uniformes negros y sus pequeños delantales blancos. Desde la proclamación de la República, los guantes blancos y las onduladas cofias habían sido retiradas de la circulación, y doña Elvira, de vuelta de su viaje interrumpido, decidió que, a pesar del vuelco que habían dado las cosas, no se volvieran a utilizar.

La viuda de Claramunt guardó sus joyas en la caja fuerte, camuflada detrás de una de las cuatro cómodas –la más pequeña y ligera– de su dormitorio. Aunque la seguridad en las calles era mayor de lo que había sido con anterioridad, se consideró conveniente que doña Elvira no pasara las noches sola. Valentina ocuparía el dormitorio que, hasta el día de su boda, hacía solo unos meses, había correspondido a Justo en el piso principal. El matrimonio Martín, cuyo bienestar económico dependía de la buena voluntad de la viuda, dio su visto bueno. Valentina, su hija, por lo demás no se mudaba de ciudad, ni siquiera de edificio. Solo se trataba de que pasara las noches en el piso principal. En el tercero izquierda, su cuarto se mantuvo intacto.

Anunciada se refugió en casa de sus padres, muy próxima a su nueva vivienda. Hablaba con Justo con cierta frecuencia, pero las líneas telefónicas acusaban frecuentes interferencias y la comunicación se cortaba continuamente. Prefería escribirle largas cartas en las que le daba pequeños detalles sobre su vida, le tenía al tanto de los acontecimientos sociales y, de vez en cuando, le comunicaba, con estilo casi expresionista, noticias de la guerra.

Justo, por su parte, relataba a Anunciada en sus cartas, enviadas con metódica regularidad, su vida en casa de los Dubois Puig. En las primeras

cartas que escribió, durante los primeros meses de la guerra, Justo manifestaba de vez en cuando su parecer sobre el curso de los acontecimientos. En su opinión, la victoria de los nacionales, que en el entorno de Anunciada se daba por segura, estaba en el aire. Quizá la República, a la que el gobierno francés apoyaba, pudiera hacerse con el control de la situación. Había zonas, decía, en las que nadie sabía con certeza qué bando gobernaba. Justo parecía saber de la guerra que se estaba librando mucho más de lo que se sabía en la ciudad, o al menos de lo que los conocidos de Anunciada sabían.

Todos los miembros de la familia Dubois –contaba también Justo– le mimaban. Eran antifascistas y le consideraban una víctima, casi un refugiado de guerra. El tiempo se había detenido para él. Había entrado en una especie de paréntesis. La mayor parte de las horas las dedicaba a leer, en lengua original, novelas extranjeras, su afición favorita. Pero la capacidad lectora de Justo no se quedaba ahí. Era inagotable. En sus cartas, Justo daba cuenta de los conocimientos que adquiría a través de la lectura de uno u otro libro, que abarcaban una asombrosa cantidad de intereses. Unas veces describía con minuciosidad el largo proceso de la reproducción de las abejas y otras el complejo mecanismo de la corriente alterna. O especulaba sobre la clase de pintura empleada en las cuevas de Altamira o sobre la identidad real de las personas que se esconden tras los personajes de Marcel Proust.

El empresario de cerámica industrial, a quien su hija leía algunos de los párrafos de las cartas que le enviaba su marido, recomendó que Justo evitara los comentarios sobre la guerra. Mera cautela, pero en situaciones de tanta confusión como la que se estaba viviendo era mejor ser precavido. Las menciones a la guerra desaparecieron de las cartas de Justo. Más que nunca, sus cartas transmitían la sensación de vivir en un tiempo detenido, en un lugar casi irreal. Del contenido de aquellas cartas habría podido deducirse que no se había refugiado en Ax-les-Thermes huyendo de una guerra sino para cursar estudios de literatura extranjera y otras curiosidades, y quizá, también, para conocer de cerca la vida cotidiana y doméstica de una familia francesa.

El tiempo se había detenido para Justo y para muchas personas más, todas las que se habían quedado, por una u otra razón, al margen de la guerra. En todas las familias había alguien de quien no se sabía nada. Las personas desaparecían. Unas se iban al frente a sumarse a uno u otro bando y otras se perdían por el camino o más allá, traspasaban fronteras, huían. Ni siquiera se

sabía bien de qué huían, de un horror que, dentro de las casas, nadie se atrevía a nombrar, de venganzas y traiciones que exhalaban un amargo olor a sangre, a muerte.

En el interior del piso principal del edificio Claramunt el tiempo también se había detenido. Los días se sucedían exactamente iguales unos a otros. El mes de agosto había sido tan abrasador como cualquier otro mes de agosto del pasado. Durante el mes de septiembre, el aire caliente del verano parecía que no iba a llegar nunca a su fin.

Regularmente, llegaban a manos de doña Elvira cartas de sus hijos. Las cartas que Justo escribía a su madre hablaban de las novelas que estaba leyendo y que pensaba llevarle cuando regresara para que ella las leyera también y pudieran comentarlas juntos, como era su costumbre. Elvira leía con facilidad el francés y, si ponía mucho empeño, el alemán y el inglés. En cuanto a las novelas rusas, varias de ellas ya estaban traducidas al español. Justo le indicaba a su madre los títulos más interesantes.

Doña Elvira conocía a los Dubois de anteriores estancias en Puigcerdà. Eran una familia que acudía con frecuencia al balneario. Los Dubois siempre le habían causado a la viuda muy buena impresión, y se había comprometido a visitarles alguna vez en su casa de Ax-les-Thermes, donde ahora vivía Justo.

Estaba familiarizada con la zona porque a la viuda le gustaba hacer pequeñas incursiones por los alrededores. Si la memoria no le fallaba, el grupo de excursionistas con quienes recorría los pueblos y lugares cercanos había tomado café en un pequeño hotel de Ax-les-Thermes lleno de encanto. Allí les dijeron que el agua de Ax estaba especialmente indicada para el tratamiento del reuma. Doña Elvira, a quien el hotel le había causado una dulce impresión de calidez, casi de hogar, se había hecho el propósito de ir en otra ocasión. Sí, Justo estaba bien allí, se decía.

Pero los días pasaban y Justo no hablaba de regresar. Nadie lo hacía. Todos vivían pendientes del final de la guerra. Los días se deslizaban, siempre a la espera de la llegada de nuevas noticias. Acababan con la inquietante sensación de que aquel final se retrasaba de forma indefinida.

La tarea de enviar noticias a dos personas –las dos mujeres más importantes de su vida, su madre y su mujer– no parecía suponer ningún peso para Justo.

Sus cartas eran siempre largas y tenían, según quién fuera la destinataria, un tono u otro. En el último párrafo, antes de su firma, no se olvidaba nunca de agradecer a su madre, si es que ella era la destinataria de la misiva, lo mucho que cuidaba de Anunciada. Del mismo modo, cuando escribía a Anunciada, siempre le agradecía que hiciera tanta compañía a su madre.

Por las tardes, doña Elvira y Anunciada hablaban entre ellas de las cartas que les enviaba Justo. Elogiaban su extraordinaria delicadeza, su capacidad de adaptación, sus innumerables talentos.

–Las mujeres de la familia Dubois se han enamorado de él y le están reteniendo –dijo un día Anunciada, medio riendo.

–Al menos, uno de mis hijos se ha quedado al margen de la guerra –dijo Elvira. Pero en su fuero interno Elvira estaba de acuerdo con su nuera. A ella le había asaltado la misma sospecha. Justo no aclaraba nunca cuántas mujeres había allí, pero se percibía cierta complacencia en los comentarios que dedicaba, esporádicamente, a la señora de la casa, o a una de las hijas, o a una amiga que les había ido a visitar.

Pero mientras la guerra continuara, todo era distinto. Lo importante era que Justo –¡al menos uno de sus hijos!– se encontrara a salvo. Se escuchaban noticias espantosas. Los combatientes que venían del frente contaban historias horribles, describían crueldades sin cuento. ¿Qué importaba si unas señoras francesas mimaban a Justo? Quizá Anunciada pensaba lo mismo que ella, quizá su comentario había sido un pequeño desahogo.

La convivencia matrimonial, que apenas había sido iniciada, se había visto súbitamente interrumpida, y doña Elvira se decía que, en el fondo, era admirable la resignación con que Anunciada vivía la separación forzosa que le había tocado en suerte. Pero eso no era lo peor que podía traer una guerra. Aunque el olor de la sangre y los gritos de rabia y de dolor no llegaran a los muros del edificio, las dos sabían que Justo se estaba librando de eso. Eso era lo que había que agradecer.

## 11. NOTICIAS DEL FRENTE

Las cartas que Alejo escribía a su madre eran muy breves, casi misivas, y llegaban de forma irregular. Se encontraba en algún lugar del Pirineo, en un campamento cuya localización exacta no convenía desvelar. Doña Elvira aún lo imaginaba en Panticosa, llevando, en cierto modo, la vida que hacían cuando iban a tomar las aguas. En su mente se había formado la imagen de su hijo entrando en el balneario vestido de soldado, con el uniforme cubierto de barro, de polvo y de extrañas manchas oscuras, y, luego, desprendido ya del uniforme y de la suciedad, sumergido en el agua burbujeante de una de las enormes bañeras del establecimiento. Nunca imaginaba a Alejo en el frente de batalla. En la mente de doña Elvira, podían vislumbrarse trazos de una batalla, de siluetas de soldados que empuñaban fusiles, de balas de fuego que cruzaban el aire, de uniformes manchados de barro, de sudor, de sangre, pero nunca aparecía Alejo. En sus breves misivas, Alejo nunca describía una batalla. A lo mejor tenía órdenes estrictas de no hablar de eso. Puede, también, que no participara en ellas. Ese vago y confuso deseo le producía a doña Elvira cierto consuelo.

«Es muy pequeño para luchar en una guerra», había escrito Justo en una de sus primeras cartas, refiriéndose a Alejo. Doña Elvira se repetía la frase para sus adentros. Cada vez que recibía una carta suya, suspiraba.

«Tenemos un campamento fijo y otros provisionales. Los paisajes son bonitos. Hace mucho calor, pero no sufrimos demasiado. El capitán dice que la guerra no va a durar mucho. Tenemos muchos apoyos, dentro y fuera de España. ¡Arriba España! Tu hijo que te quiere, Alejo.»

Pasados los meses, empezó a hablar del frío.

«Hemos construido buenos refugios y tenemos mantas con las que abrigarnos», escribió.

En cierto momento, apareció la nostalgia. «Espero que os encontréis todos muy bien», escribió. «Yo estoy deseando volver a casa, pero aún tendré que esperar un tiempo, hasta la victoria, que será muy pronto. Echo de menos las

comodidades de nuestra casa, pero tarde o temprano todo acabará. ¡Arriba España! Recibe un abrazo de tu hijo que se acuerda mucho de ti, Alejo.»

Doña Elvira guardaba las cartas en una caja de metal que había contenido caramelos de café con leche.

Callaba, pero por la noche, a solas, momentos antes de abandonarse al sueño, se preguntaba quién le había podido meter en la cabeza a Alejo que se alistara en el ejército, por muy nacional que fuera. ¡No tenía edad para luchar en las trincheras!, ¡no tenía edad para matar ni para morir!

Por las tardes, las mujeres de la familia y, esporádicamente, alguna de sus amigas acudían a visitar a doña Elvira. La doncella aparecía en la sala con una jarra de limonada llena hasta los bordes y vasos altos de cristal labrado, a juego con la jarra. Las damas la consumían lentamente. Cuando caía la luz, la doncella recogía la bandeja y, poco después, la sustituía por otra, más pequeña, sobre la que delicadas copitas, ya servidas, de licor francés mantenían con cierto temblor el equilibrio sobre los posavasos de hilo.

Desde la parte de delante de la casa, cuando la puerta del salón se abría, llegaban a la zona de servicio, donde la cocinera fregaba cacharros, ordenaba platos, fuentes, vasos y cubiertos, e ideaba comidas económicas, una de las doncellas planchaba y otra remendaba sábanas y ropa interior, oleadas de risas y pequeños gritos exaltados. ¿De qué hablaban las señoras? La cocinera movía la cabeza hacia los lados. En la cocina, se hablaba de familiares encarcelados, incluso muertos, de batallas en las que la sangre se mezclaba con el sudor y el polvo, de resistencias y traiciones, de detenciones y delaciones. Eran frases sin terminar, pronunciadas con miedo. Empezaba a extenderse por la ciudad un ambiente de cautela. Ya nadie se fiaba de nadie. A lo largo del día, se perdía y se ganaba una batalla, el pueblo de donde era una criada caía en manos de un bando o de otro, mientras que en el Ayuntamiento del pueblo de otra criada habían desplegado una bandera de unos u otros colores. Las escaleras de servicio eran un hervidero de noticias, de recados dichos en susurros. Por esas escaleras subían y bajaban las criadas, los mozos de reparto de las tiendas, los carteros, los fontaneros... Eran estrechas y estaban mal iluminadas. Un montacargas remontaba ruidosamente los pisos dentro del hueco, oscuro como un pozo, que dejaba el centro de la espiral. Ese mundo, que conectaba también con el sótano, donde se encontraba la vivienda de los porteros, era denso, estaba colmado de olores estancados y resultaba



algo amenazante. Los vecinos que subían y bajaban por el ascensor de madera y cristal o por la escalera principal no lo conocían. Lo vislumbraban alguna vez al otro lado de las puertas, un poco camufladas, por las que, en misteriosos puntos, se accedía a él.

Pasaron los calores del verano, cayeron las hojas de los árboles, llegaron días de niebla, el viento traía un aire helado. La guerra no concluía. Doña Elvira empezó a impacientarse. ¿Por qué Justo permanecía refugiado en Axles-Thermes?, ¿tan difícil era viajar? Ella, nada más declararse la guerra, había atravesado toda Francia y media España, se había subido a incontables trenes, había esperado en andenes de toda clase, dormido en todo tipo de fondas, pero había vuelto, convencida de que sus hijos la necesitaban. Claro que ella era mujer, y no corría el riesgo de ser movilizada para defender al gobierno ni de ser llamada a unirse a una sublevación militar. Con la excepción de Antonio Perelada –que, además de miopía, padecía de una ligera cojera en la nadie había reparado hasta entonces y que le eximía de la posibilidad de ser reclutado para la lucha–, los hombres jóvenes, en aquel momento, se encontraban en una situación muy comprometida.

La viuda de Claramunt tenía la íntima impresión de que sus dos hijos, cada uno a su modo, la estaban castigando. Fatídicamente, el Festival de Salzburgo había coincidido con la rebelión militar, pero ¡la guerra no había estallado porque ella se hubiera ido a Salzburgo! Doña Elvira se decía que, en el fondo, sus hijos no querían regresar a casa. Con la excusa de la guerra, se le habían escapado. A su modo, los dos parecían satisfechos de estar donde estaban. Lejos de ella.

## 12. LA GRAMOLA

En sus subidas y bajadas de los pisos, del principal al tercero izquierda y del tercero izquierda al principal, tantas veces repetidas a lo largo del día, Valentina evitaba mirar hacia las zonas que se mantenían siempre en penumbra. Bajaba, deprisa, por la escalera de servicio, un trayecto mucho más breve. Las luces eran tenues y se perdían en el aire, sin llegar a todos los rincones. Sin embargo, en el piso de su tía Elvira entraba en contacto con esa zona de sombras porque siempre era retenida un rato en la cocina. Las criadas le preguntaban si tenía nuevas noticias. Pensaban que su padre, Maximiliano Martín, estaba en posesión de datos que eran decisivos para el desarrollo de la guerra. Le habían oído hablar de los generales sublevados como si fueran íntimos amigos suyos. Aunque su condición de fascista fuera conocida por todos, las criadas confiaban en que, llegado el momento, pudiera interceder por algunos de sus familiares ante las autoridades. Maximiliano Martín era muy generoso con el servicio. Siempre tenía para estas mujeres palabras afectuosas. Alentaba en ellas una especie de complicidad, de entendimiento íntimo.

Pero la curiosidad de las criadas quedaba sin saciarse. Valentina no conocía a las personas que visitaban a su padre ni los lugares a los que acudía. Todo eso quedaba fuera de su alcance. Su padre bajaba el tono de la voz cuando hablaba con alguien. Solo cuando se dirigía a ellos, sus hijos, o a Eladia, su mujer, hablaba en voz alta. Y, además, de manera autoritaria. Valentina no les podía decir muchas cosas a las criadas. En cambio, las escuchaba. En cierto modo, y a pesar de que le estremecían, se sentía atraída por sus relatos, como ejerce atracción el abismo a cuantos se sienten culpables. Aquellas historias, desgranadas secretamente en la cocina, le mostraban un lado terrible de la vida, el de la ira, el rencor, la venganza, el odio. Aquellos relatos eran como una sacudida eléctrica, ¿serían verdad? Se referían a padres, tíos y hermanos de las criadas. Las mujeres que los contaban parecían saber muy bien de qué estaban hablando. Por debajo de la capa de miedo y de silencios, de los

suspiros y de las frases entrecortadas, en la cocina se vislumbraban historias que parecían muy diferentes de las que se escuchaban cuando los hombres estaban presentes, en la parte de delante de la casa.

Después de pasar un rato con las criadas, Valentina se dirigía al salón, donde la tertulia que llenaba las tardes de doña Elvira empezaba a languidecer. La tía Anunciada, Felisa Martín y en algunas ocasiones Eladia, su madre, paladeaban las últimas gotas del licor francés con el que habían colmado sus copas. Allí no se hablaba de la guerra. En cierto modo, la atmósfera que reinaba en la sala le remitía a Valentina a su estancia en Salzburgo. Las horas habían transcurrido con despreocupación en el salón de té del hotel en aquellos ratos que iban de un almuerzo a un concierto, de un paseo a una merienda o a un recital. Horas felices, sin compromisos ni tareas, largas horas de espera de quehaceres agradables a los que había que entregarse, dejándose llevar.

Los sórdidos relatos entrecortados que Valentina acababa de escuchar en la cocina no llegaban allí. En la sala, las damas sonreían a la vida, aún le arrancaban esos ratos felices, más llenos de recuerdos y de sueños que de realidades. Valentina en unos segundos –lo que le costaba recorrer el pasillo del piso de su tía– dejaba atrás un mundo oscuro y dominado por el miedo y se adentraba en uno muy distinto. En la sala de la tía Elvira se vivía en una dulce espera, en un pedazo de sueño venido de muy lejos y cargado de aromas de bosques y jardines, de ráfagas de muchos perfumes. Valentina se abandonaba a esa atmósfera envolvente, y cuanto había hecho, pensado o visto, o cuanto había sucedido durante el día, se evaporaba.

Si es que su madre había bajado al principal, Valentina la acompañaba hasta la puerta y se ofrecía a volver al tercero izquierda con ella, para luego volver a bajar. Eladia siempre decía que no. Llamaban al ascensor y se despedían allí. Valentina se quedaba mirando hacia el hueco de la escalera. El ascensor llegaba al tercero y se oía el ruido de la puerta de la cabina y luego el de la puerta de hierro del descansillo. Los pasos de su madre dirigiéndose hacia la izquierda.

Anunciada y Felisa, seguidas de la doncella de la primera, salían juntas de la casa. El breve recorrido que había que realizar del edificio Claramunt a la Pensión Roma, de noche, no era del todo seguro, y Anunciada y su doncella la acompañaban y, una vez que el portal de la casa de Felisa quedara de nuevo cerrado, señora y criada tomaban la dirección contraria, hacia la parte nueva

de la ciudad. Durante un rato –apenas unos metros–, Anunciada y Felisa caminaban juntas y enhebradas del brazo, como buenas amigas. El breve trayecto nocturno desde la casa de los Claramunt hasta la Pensión Roma les daba una agradable sensación de intimidad. La criada las seguía a unos pasos. Anunciada y Felisa tenían muchas cosas en común. A las dos les gustaban los jarrones con ramos de flores y los muebles con espejo. Anunciada, que veía cómo pasaban los días sin que su marido regresara del pueblo francés donde vivía desde el comienzo de la guerra y del que nadie le aconsejaba que se marchara –ni siquiera el padre de Anunciada, que como hombre de negocios tenía un gran sentido práctico, consideraba esa posibilidad–, admiraba la independencia de Felisa, que no parecía echar de menos a su difunto marido y que siempre estaba muy atareada pensando en los menús que serviría a sus huéspedes y en la ropa de casa que había que ir renovando.

Doña Elvira le pedía a Valentina que pusiera en la gramola discos de arias y coros de óperas famosas. Por culpa de la guerra, la viuda se había perdido el aria de Leonora de la ópera *Fidelio*, cantada por Lotte Lehmann, a quien fraulen Katia había admirado fervientemente. La interpretación de la soprano, en uno de los últimos días del Festival de Salzburgo, el 25 de agosto de 1936, fecha que se iba haciendo cada vez más lejana, había sido muy celebrada y existía, al parecer, una grabación que doña Elvira quería conseguir a toda costa.

La mirada de la tía Elvira se perdía cuando las notas de sus óperas preferidas se extendían por el aire. Se diría que no estaba allí, que la música era su verdadero territorio. Había sido arrojada de él, pero podía regresar de vez en cuando. Más bien, era la música la que regresaba a ella, se filtraba por las rendijas de las puertas que el tiempo había ido cerrando y creaba a su alrededor un halo protector.

### 13. TRAYECTOS NOCTURNOS

A última hora de la tarde, Antonio Perelada aparecía en el piso de los Claramunt, siempre vestido de oscuro y cada vez más pálido. La doncella anunciaba que la cena ya estaba servida en el comedor. Doña Elvira, Perelada y Valentina se trasladaban a la habitación contigua, a la que se accedía por puertas corredizas. Allí tomaban una cena ligera. Sopa y encurtidos, habitualmente.

Entre un plato y otro, comentaban alguna noticia sobre lo que sucedía en la calle y en el frente o sobre el estado de salud de los miembros de la familia. En la mesa, no se hablaba de negocios. Doña Elvira quería saber los nombres y las costumbres de los huéspedes de la Pensión Roma, donde Perelada se alojaba y donde ella jamás había puesto los pies. No por una razón concreta, no porque ese territorio le fuera particularmente vedado, sino porque sí, porque no había ninguna razón para ir a visitar a la dueña de una pensión, por muy pariente suya que fuera. Habría podido preguntar por ellos a Felisa, que había pasado la tarde en la casa, pero era entonces, a la hora de la cena, cuando doña Elvira expresaba una gran curiosidad por ellos, como si los huéspedes de la Pensión Roma, más que nadie, representaran el discurrir de la vida. Aportaban novedades, iban y venían, se ponían enfermos, discutían entre ellos, se reían de cosas banales, alborotaban, callaban. Doña Elvira olvidaba sus nombres y volvía a preguntar por ellos. En aquel momento, parecía necesitar la existencia de muchas personas en el mundo. Quizá no se le ocurría ningún otro tema de conversación. Había dado con él y, mujer de costumbres como era, perseveraba.

Concluida la cena, Elvira y Valentina se retiraban a sus cuartos. Antonio Perelada pasaba un par de horas en su despacho, ordenando papeles y escribiendo cartas e informes. Una de las doncellas le llevaba café –de calidad inferior al que tomaban las damas– y una copa generosa de aguardiente barato.

Horas más tarde, Antonio Perelada regresaba a la pensión.

En las callejuelas que se enredaban al otro lado del Coso empezaba a percibirse un hormigueo que, entrada la madrugada, se convertiría en manifiesto alboroto. Conforme había avanzado la guerra, los combatientes iban de permiso a la ciudad de forma esporádica e imprevisible. Los soldados que estaban de permiso andaban de peregrinaje nocturno por los bares del centro, y todas las noches se producían incidentes o escándalos. Las autoridades no se daban por enteradas. A fin de cuentas, se trataba de jóvenes que luchaban arduamente en el frente y que necesitaban desfogarse. Se emborrachaban en las tabernas hasta el amanecer, para partir luego hacia el frente medio tumbados en la parte de atrás de los camiones entre vómitos, himnos, canciones militares y gritos patrióticos.

El alboroto se circunscribía a las callejuelas del casco urbano. Al otro lado del Coso, reinaba la calma. A ambos lados de la avenida de la Patria, que arrancaba de la plaza de España, la ciudad dormía. A determinada hora, sonaba el toque de queda, que, a unos pasos de allí pero amparados por el laberinto de calles y la oscuridad de la noche, ni los soldados ni los establecimientos clandestinos respetaban.

Ya se había rebasado la hora del toque de queda, pero Perelada llevaba en la cartera el salvoconducto que le permitía transitar por la ciudad a esas horas. El hermano de Felisa había tomado parte activa en la sublevación militar. Eso suponía la posibilidad de pequeños privilegios para los inquilinos a quienes la dueña de la pensión quisiera favorecer. Y si había alguien a quien Felisa deseara complacer, ese alguien era Antonio Perelada. Nada más verle, el corazón dormido de la viuda había experimentado una violenta sacudida.

Al regreso de la casa de los Claramunt, con la mente un poco nublada por el aguardiente, Antonio se perdía entre los brazos generosos de Felisa. En la pensión, todos dormían. La ciudad estaba sumida en el silencio del toque de queda. Felisa, al finalizar el día, se cambiaba, se perfumaba, se cubría con blondas y encajes –parte del ajuar que, a causa de su temprana viudedad, apenas había sido utilizado–, y se cepillaba el pelo, que aún brillaba.

Antonio Perelada había llegado a su vida de forma inesperada. Nadie podía hacerle el menor reproche. Su comportamiento era sumamente correcto. Puede que en la pensión corrieran rumores, pero no llegaban a la calle. Los huéspedes de la Pensión Roma eran, en su mayor parte, comerciantes o funcionarios en viaje de servicio. Clientes fijos que agradecían el trato considerado de la dueña, las sábanas limpias, la comida más que decente. El

precio muy ajustado. Sucudiese lo que sucediera durante la noche, las mañanas amanecían en perfecto orden. Los huéspedes salían de sus habitaciones y desayunaban en el comedor, donde la joven criada de Felisa les atendía.

Perelada era madrugador. Empleaba las mañanas en hacer un recorrido por los locales de los negocios de los Claramunt —el comercio, el café, una siempre incipiente compañía de transportes, y un par de asuntos más— y en visitar a proveedores y clientes. Se quedaba un buen rato en cada local, negociaba sin prisas, escuchaba atentamente cuanto le decían, y hablaba poco. El administrador de los Claramunt no tenía fama de simpático ni de antipático. Tenía algo de hombre invisible. Solo existía cuando alguien se topaba con él. De las veinticuatro horas del día, no todas podía saberse a ciencia cierta dónde o con quién estaba.

Doña Elvira no le pedía a Perelada que le diera detalles de su rutina cotidiana. Algunas veces, oía comentarios que ponían en duda su buen proceder, pero se estaban viviendo tiempos muy confusos. Todo se había mezclado. El odio, el resentimiento y la venganza adquirían formas de respetabilidad. No se podía dar crédito a todos los rumores que corrían. En lo que se refería a su administrador, doña Elvira se comportaba de la misma forma con que afrontaba la posibilidad de que su hijo Alejo fuera como uno de aquellos soldados que, según le habían dicho, producían grandes alborotos nocturnos cuando estaban de permiso. Quizá alguien le dijera alguna vez que había visto, o había creído ver, al jovencísimo Alejo saliendo de un portal de aspecto sospechoso tambaleándose. La idea se le había pasado por la cabeza. Mejor era que nadie le comentara nada.

## 14. VILLA PAULITA

El verano de 1937 fue terriblemente caluroso. Parecía mentira que en esas condiciones, a unos kilómetros de la ciudad y en todas las direcciones, se estuviera librando una guerra. Aunque doña Elvira se consideraba una experta en mantener el piso principal a una temperatura que en su opinión podía calificarse de fresca, Serafín Campos, el médico de cabecera de la familia, recomendó a la viuda que pasara los meses del verano en un lugar menos expuesto a los rigores del sol. La situación en España no permitía jugar con muchas posibilidades. Las circunstancias seguían siendo críticas, y doña Elvira no podía aspirar a reproducir, ni en una mínima parte, sus pasados y esplendorosos veranos. Finalmente, el mismo doctor Serafín, cuyo círculo de amistades y conocidos era de dimensiones casi planetarias, encontró una villa desocupada –y preparada para ser alquilada– en las lindes del Parque Grande. El lugar era tan fresco y arbolado que su ubicación, en medio del terreno de seco que rodeaba la ciudad, hacía pensar en los milagros.

El propietario de Villa Paulita había heredado la mansión de sus padres, que, se decía, tenían vínculos con la realeza –lo que se percibía en muchos de los detalles ornamentales de la villa y del jardín, que se extendía hasta el inicio del Parque Grande–, y llevaba varios años ausente de la ciudad. Era músico, compositor, y vivía en algún lugar de Alemania. Se había casado con una joven alemana y había fundado una familia. Nadie sabía qué planes había tenido para la villa antes de que la guerra estallara, pero tal como estaban las cosas, esos hipotéticos planes habían quedado en suspenso.

Serafín Campos, cuyo padre, también médico, había atendido a los propietarios de Villa Paulita –a quienes todos llamaban «los marqueses», aunque no lo eran– hasta su muerte, y que había conocido, y también atendido, aunque en escasas ocasiones, al pianista, le proporcionó a Perelada los datos necesarios para llevar a cabo la operación.

Villa Paulita contaba con seis dormitorios y cuatro cuartos de baño, uno en la plata baja, dos, de grandes dimensiones, en la primera y otro, más pequeño,



en la buhardilla. Un lujo por entonces. «Los marqueses» siempre tenían invitados en la villa, y disfrutaban haciendo continuas demostraciones de lujo y espíritu festivo. En vista de las dimensiones de la casa, y también porque a la viuda le gustaba sentirse acompañada, doña Elvira quiso que Eladia, Maximiliano, Valentina y los niños se mudaran con ella. Acompañados todos, naturalmente, por la mayor parte del servicio. Con la excepción de Maximiliano, refractario a abandonar su estratégica posición en el centro de la ciudad para estar al tanto de los acontecimientos. Consideraba, además, que vivir al otro lado del Parque Grande era como salir al extranjero. De modo que el plan fue aceptado con gusto, casi con entusiasmo, por todas las partes.

Los preparativos de aquel traslado les hicieron olvidar a todos, en especial a las damas y a las criadas, los horrores de esa guerra que ya empezaba a entreverse inacabable, y que, más las criadas que las señoras, conocían de los relatos que hacían los supervivientes y heridos que regresaban del frente de batalla, siempre con noticias de cruentas luchas y sucesos que describían a medias y en susurros. El traslado les hizo pensar que aún había estaciones en el año, y que el verano, que había sido desde siempre la estación de las grandes estancias fuera de casa, recuperaba su auténtico significado. Había que preparar baúles, reordenar los armarios, dejar los muebles lustrosos y cubiertos con sábanas blancas, para guarecerlos del polvo y, posiblemente, de muchas cosas más, de la vida que no llegaba hasta ellos, del roce continuo del aire que los habitantes de los pisos, hombres y mujeres de diversas edades y condiciones, respiraban y enrarecían. Las sábanas blancas sobre los muebles indicaban que la vida se había ido a otra parte y que allí, en esa oscuridad en la que se vislumbraban sombras blanquecinas, fantasmales, no había nadie que pudiera atender al posible visitante.

Villa Paulita abrió todas sus puertas, las de las ventanas y los balcones, las de los dormitorios y las de los salones. Los dormitorios principales se encontraban en la primera planta, y en ellos se instalaron las dos familias, la viuda de Claramunt y los cinco miembros de la familia Martín Claramunt. Doña Elvira y Valentina ocupaban dormitorios contiguos y compartían el cuarto de baño. Eladia y Maximiliano tenían dos habitaciones a su disposición, porque Maximiliano había pedido una para su uso exclusivo. Los chicos Martín compartían el dormitorio. Como aún quedaba una habitación libre, doña Elvira decidió acondicionarla para posibles invitados. Si Anunciada iba a visitarles, podía quedarse a dormir. Felisa Martín era otra

posible huésped. A todos estos dormitorios les correspondía el otro de los dos cuartos de baño de la primera planta. El servicio se acomodó en los cuartos de la buhardilla.

Doña Elvira habló con el jardinero de la villa, que llevaba más de un año sin recibir órdenes de nadie y que había ido descuidando su labor, y el jardín, día a día, fue cambiando. Se vació el estanque, cuyas aguas habían cobrado un color verde intenso con brillos amarillos, se limpió y se llenó de nuevo de agua, que se volvió enseguida tan verde como antes, pero que ya no parecía tan turbia y que, según se decidió, ya no constituía ningún peligro. Antón y Eladio, los días de intenso calor, se dieron baños en el estanque, y a todo el mundo le pareció bien.

Bajo el inmenso magnolio, se instalaron sillones de mimbre y una mesa redonda. Doña Elvira se pasaba el día allí. Leía novelas, las que le recomendaba su hijo Justo o el mismo librero, que de vez cuando se acercaba a la villa con un fardo de nuevos libros. Cada cual hacía su vida. Doña Elvira se complacía observando el movimiento que se producía a su alrededor y atendía a sus visitas. Allí departía con Perelada, se lamentaba de vagos dolores con el doctor Serafín, comentaba las novedades literarias con el librero y hablaba de telas, modas y cotilleos ciudadanos con Anunciada, Eladia, Felisa y la costurera.

El primo Maximiliano les visitaba los fines de semana –en los que, en su opinión, la guerra se paralizaba, por lo que él podía abandonar su atalaya del centro de la ciudad–, y como también era aficionado a la lectura –lo suyo era la historia, los episodios bélicos, en particular–, acompañaba muchas veces a la viuda en su rincón al aire libre bajo el magnolio. Pronto dejaban sus respectivos libros y evocaban hermosos tiempos pasados, envueltos en música nostálgica y estampas de ciudades lejanas.

Eladia y Valentina iban de aquí para allá, hablaban con las criadas, bajaban a la cocina para hacer no se sabe qué indagaciones, recibían a la costurera y a los numerosos recaderos que aparecían, por diversos motivos, en la villa. Eladia se ponía vestidos vaporosos de verano que llevaba años sin utilizar. La costurera adaptó un par de esos vestidos para Valentina. Doña Elvira daba su aprobación a esos detalles y animaba tanto a la madre como a la hija a esmerarse en el vestir. ¡Las mujeres estaban mucho más guapas envueltas en esas telas tan delicadas! Incluso les regaló algunas joyas –los joyeros, al parecer, no tenían fondo–, quizá de poco de valor, pero de hermosos diseños.

Pero probablemente quienes disfrutaban más del nuevo territorio eran Antón y Eladio. Estaban en posesión de una imbatible vitalidad, se iban alejando de la niñez a grandes zancadas. Nunca se sabía dónde estaban. Salían de la villa y se reunían en el Parque Grande con otros chicos de su edad. Otras veces, los andaban buscando y resultaba que se encontraban en su cuarto, enfrascados en la lectura de tebeos y de novelas de héroes solitarios.

En una de las salas de la planta baja había un piano de cola cubierto por una funda de color vainilla y tacto sumamente suave. El músico había dejado allí su impresionante Steinway probablemente con dolor, pero el transporte del valioso –y muy pesado– instrumento había debido de suponer un terrible inconveniente para su traslado. Doña Elvira una tarde recogió la funda, abrió la tapa y se sentó en la banqueta, frente al teclado. Nunca había puesto sus dedos sobre el teclado de un Steinway. Emanaba un olor especial, un brillo especial. Parecía que aquellas teclas no hubieran sido rozadas jamás por una mano humana. Al fin, posó las suyas en ellas, luego las deslizó. Una sonata de Beethoven acudió a sus dedos. El piano llevaba años sin utilizarse y sin duda necesitaba ser afinado, pero ¡qué sonidos emitía! Tenía su propia voz. Lo había oído decir. Sus profesores de piano le habían dicho algo así: que un piano Steinway era un instrumento distinto de cualquier otro piano. Tenía voz propia.

A finales de julio, cuando aún no se había cumplido un mes del traslado a Villa Paulita, doña Elvira, aunque nunca se hubiera atrevido a reconocerlo, se sentía casi feliz. ¡Qué buena idea había tenido el doctor Serafín! Es más, alquilaría la villa para todo el año, y para el año próximo, lo que hiciera falta. No solo había recuperado la sensación de verano, sino algo más, algo que quizá era completamente nuevo, por lo que quizá no podía calificarse de recuperación. Era extraño, pero en Villa Paulita, mientras la guerra seguía allí fuera y sus hijos no hablaban de volver, doña Elvira había edificado una clase de vida familiar, una dulce rutina, en la que la sombra de los árboles, el rumor del agua de la fuente, el trino de los pájaros, la lectura de novelas románticas y la música que a la caída de la tarde llenaba la casa –porque se habían llevado la gramola y los álbumes de discos– tenían un papel fundamental. Los pasos ligeros de Eladia y Valentina, que, envueltas en sus vestidos vaporosos, parecían hadas, el buen porte del primo Maximiliano, las atenciones de las

criadas y los gritos lejanos de los niños encajaban, sin perturbarlo lo más mínimo, en aquel apacible marco.

Sin embargo, la guerra se había recrudecido. Corrían rumores contradictorios que llegaban hasta las mismas puertas de la villa y que anunciaban o negaban la inminente caída de la ciudad en manos del ejército popular.

En septiembre, doña Elvira recibió una misiva de Alejo.

«No te lo puedo asegurar», escribía a su madre, «pero es muy posible que me den un permiso para ir a verte, lo que estoy deseando. Hemos tenido muchas bajas últimamente, pero nos mantenemos firmes y con la moral muy alta. ¡Arriba España!»

Al día siguiente –o no llegaban cartas o aparecían todas a la vez– llegó carta de Justo.

Como de costumbre, Justo no hablaba de la guerra –como si no existiera– sino de sus lecturas. Estaba explorando, comunicaba, la producción literaria norteamericana, que le fascinaba por su dinamismo y vitalidad. Acababa de descubrir a Dashiell Hammett. El ambiente tenebroso y canallesco que describía y el estilo tajante que caracterizaba su prosa le fascinaban. Dashiell Hammett –proclamaba Justo– era un genio de la literatura, el mayor, probablemente, de nuestro tiempo.

Esas eran las vidas de sus hijos, se dijo doña Elvira, bajo el magnolio. Raras, rarísimas. Completamente ajenas a la suya. El uno, en Francia, en casa de unas personas prácticamente desconocidas, dedicado a la lectura de novelas policiacas escritas en inglés, y el otro, en la trinchera.

Deseaba que regresaran cuanto antes a su lado. Pero no les entendía. Y tenía miedo, porque ya no sabía bien quiénes eran.

Un par de días después, de madrugada, se escucharon unos golpes en la puerta del jardín. La criada, alarmada, despertó a la señora y, siguiendo sus indicaciones, encendió todas las luces de la casa. Fuera se oían voces. Las dos salieron al aire de la noche.

–A lo mejor es Alejo –dijo la señora.

Avanzaron despacio, cogidas del brazo.

Al otro lado de la puerta de hierro, se distinguió una voz:

–¡Soy Alejo Claramunt!

La criada abrió la puerta y Alejo, vestido de uniforme de soldado, se despidió de un par de hombres. Miró a su madre, que llevaba el pelo suelto e iba cubierta con una bata de raso que brillaba en la oscuridad. Su pelo también era blanco.

Doña Elvira miró a su hijo, buscando en él rasgos que le resultaran familiares. Finalmente, aún aturdida, extendió los brazos y Alejo se dejó abrazar.

## 15. ARRIBA Y ABAJO

La madrugada de septiembre en que Alejo regresó de la guerra por primera vez fue terriblemente agitada en Villa Paulita. A doña Elvira no se le había ocurrido pensar que Alejo fuera a aparecer en la casa sin avisar y había dejado para el último momento el acondicionamiento de su dormitorio. En la primera planta, todas las habitaciones estaban ocupadas. La tarde del domingo había sido muy animada. Los eventuales visitantes de la villa fueron apareciendo a lo largo del día, como si se hubieran puesto de acuerdo, y al final hubo que improvisar una merienda que se prolongó hasta la cena y algo más allá. La noche era cálida y en el jardín corría una suave brisa. La cercanía del parque impregnaba el aire de humedad. Ante la insistencia de doña Elvira, Felisa Martín, que había pasado la tarde en la villa, se había quedado a dormir. Resultaba más recomendable hacer el trayecto de día que de noche. Abandonaría la villa a primera hora de la mañana del lunes, probablemente antes de que lo hiciera Maximiliano, que solía quedarse a dormir los domingos y regresaba a la ciudad a mediodía en el coche que le enviaba uno de los muchos e influyentes conocidos con quienes se veía diariamente.

La inesperada aparición de Alejo, un par de horas después de que todos se hubieran retirado a dormir, afectaba directamente a la calma nocturna que ya reinaba en la casa. La solución que doña Elvira encontró más factible –y la que menos trastocaba el orden de la casa– fue que Valentina cediera su dormitorio a Alejo y que ella se alojara, de momento, en uno de los cuartos desocupados de la buhardilla. No podían acomodar a Alejo en la buhardilla, ¿qué clase de recibimiento hubiera sido ese? Desplazar, en mitad de la noche, a cualquier otro de los durmientes quebraba todas las normas de la hospitalidad.

Mientras Alejo se daba un largo baño, se vestía con ropa de calle –cuyo proveedor fue Maximiliano, que se había incorporado al alboroto nocturno– y tomaba pescado escabechado, fiambre y algo de fruta, Valentina llevó sus pertenencias al cuarto sobrio, casi monacal, de la buhardilla. Se dijo que, a fin

de cuentas, a eso estaba muy acostumbrada: a ir de arriba abajo y de abajo arriba. En aquel subir y bajar, su vida se había cruzado una y otra vez con la de su primo Alejo. Unas veces lo había sentido cerca y otras lejos. Dentro de su uniforme de soldado, le había parecido muy distinto. Por un lado, era alguien completamente ajeno a la familia, ya que venía del campo de batalla, un mundo que allí nadie conocía. Pero a la vez, curiosamente, le resultaba más próximo que nunca. En sus ojos había algo nuevo, y ese algo la había conmovido profundamente. Sea lo que fuera lo que hubiera ahí, al fondo de sus ojos, eso lo aproximaba a ella. Había barreras que se habían venido abajo.

Poco después, Valentina entró en el comedor, donde Alejo y Maximiliano apuraban una botella de vino bajo la mirada complacida, pero sobre todo asombrada, de doña Elvira, que no se acababa de creer que aquel hombre de tez oscura fuera su hijo menor, y anunció que el dormitorio de Alejo ya estaba preparado.

Alejo invitó a su prima a sentarse con ellos. Le sirvió vino. Hizo que abrieran otra botella.

¡Por supuesto que la guerra se iba a ganar!, decía, con voz ronca.

Doña Elvira miraba en silencio a su hijo, ¡qué cambiado estaba! Tenía la piel curtida, casi cuarteada, una piel de campesino. La piel de un soldado. Sus ojos se habían hecho más claros y mucho más enigmáticos. Eran los ojos de otra persona. La forma en que les miraba a todos era casi de superioridad. Tenía algo de reto, algo amenazador.

Faltaba poco para el amanecer cuando la reunión se disolvió. La casa se quedó en silencio.

Los dos únicos días que Alejo tenía de permiso apenas salió de Villa Paulita. El doctor Serafín, Anunciada y sus padres, y no se sabe cuántos conocidos más, acudieron a verle, a preguntarle cosas, a mirarle como quien mira un fenómeno, una aparición.

Antón y Eladio no se separaban de él. Entonaban juntos las canciones de guerra, lanzaban al aire exaltados gritos patrióticos. Querían conocer detalles de la vida en las trincheras, del uso del código morse, el peso del uniforme y del fusil, lo que había que llevar siempre en la mochila. Detalles de la guerra real que luego les permitirían jugar a ellos a las guerras.

El calor en Villa Paulita, sin duda mucho más llevadero que en el centro de

la ciudad, no tenía nada que ver con el aire asfixiante de las trincheras. También Alejo se dio chapuzones en el estanque de aguas verdes.

Alejo dirigía a Valentina miradas ardientes y furtivas. Valentina no desviaba la vista. A veces sus cuerpos chocaban y sus manos se rozaban. En una ocasión, se encontraron detrás de unos olmos, en un rincón del jardín, donde nadie podía verles. No había sido un encuentro del todo inconsciente. Alejo, antes de dirigirse hacia allí, había dirigido a su prima una mirada acuciante. Poco después, Valentina había seguido sus pasos. Detrás de los olmos, los brazos de Alejo rodearon el delgado cuerpo de Valentina. Por primera vez en su vida, Valentina atisbó el vértigo de la disolución, la felicidad que proporciona perder la conciencia del propio límite.

Se escuchó un crujir de hojas, unos pasos. La voz de doña Elvira dijo:

–Te he estado buscando por todas partes, hija mía.

Valentina dio un brinco y salió al camino de guijarros. Alejo se quedó allí, detrás del olmo más viejo.

Cuando el permiso de Alejo concluyó, a la casa le costó recuperar su ritmo tranquilo. Pero el orden, al fin, se restableció. El abrir y cerrar ventanas, el bajar las persianas y el subirlas y las horas de las comidas marcaban los tramos del día. Al anochecer, la música de la gramola se extendía por las estancias de la villa. Podía oírse desde el jardín, porque las puertas y las ventanas estaban abiertas.

En la soledad de su dormitorio, doña Elvira se dijo que, cuando finalizara el verano y volvieran al piso principal del edificio Claramunt, Valentina ya no dormiría allí. Volvería al tercero izquierda, con sus padres y sus hermanos. Alejo podía aparecer en cualquier momento probablemente sin avisar, como acababa de suceder, y el dormitorio debía estar siempre preparado para él.



## 16. DOROTEA

La vida apacible de Villa Paulita trajo a la memoria de la viuda el recuerdo de Dorotea, su gran amiga de la infancia y de la juventud. De regreso en la ciudad, pasadas las fiestas patronales, la imagen de Dorotea se fue haciendo cada vez más presente en la imaginación de doña Elvira. Valentina ya no vivía en el piso principal y la viuda pasaba mucho tiempo sola. No le importaba. Sentada junto al mirador, sus pensamientos la llevaban a un pasado que de pronto parecía idílico, y Dorotea, la mejor amiga que había tenido nunca, cobraba una entidad casi real. Doña Elvira le abría su corazón.

Se habían conocido de niñas, cuando apenas tenían siete años. Habían nacido en el mismo año y en el mismo mes. Dorotea era hija de la costurera, que tenía una clientela fija, a la que atendía a domicilio. Cada día de la semana lo pasaba, prácticamente entero, en un domicilio distinto. Se trataba de una buena clientela, señoras de buena posición que revisaban y renovaban con regularidad la ropa de casa y que, en muchos casos, una vez que habían comprobado que las puntadas que daba la costurera eran muy finas, le pedían que les confeccionara ropa para ellas o sus hijas, vestidos sencillos de estar en casa con los que se podía salir a la calle perfectamente.

Dorotea, de niña, acompañaba a su madre cuando iba a algunas casas. Eran casas en las que la costurera era tratada con confianza, casi con familiaridad, y donde la niña era muy bien recibida. A menudo le regalaban juguetes que a los niños de la casa les habían dejado de interesar o ropa prácticamente nueva que a las niñas ya no les servía. Para Dorotea, ir a una de esas casas resultaba preferible a quedarse al cuidado de la abuela. La casa de los Ibáñez era la mejor de todas. El día en que a la costurera le tocaba ir allí, Dorotea no lo dudaba. Desde el punto de la mañana, rondaba a su madre para salir a la calle cuanto antes. En casa de los Ibáñez, todos los martes, a una u otra hora, estaría Elvira. Ese día de la semana era, también para Elvira, un día de fiesta. Algunas veces ni siquiera iba al colegio. Alegaba cualquier excusa para quedarse en casa y jugar con Dorotea. La mayor parte de las veces no lo

conseguía. De regreso del colegio, entraba en la casa gritando el nombre de su amiga. Echaba a correr por el pasillo e irrumpía en el pequeño cuarto de costura para estrechar a Dorotea en sus brazos. La rescataba del cuartito, donde había pasado todo el día. Jugaban por toda la casa. Cuando Dorotea, por la razón que fuere, no había podido acompañar a su madre, Elvira lloraba.

Cuando Dorotea cumplió diez años, la madre de Elvira se hizo cargo de su formación. La matriculó en el Instituto Femenino, donde Dorotea cursó el bachillerato, y luego le sufragó clases de costura y de peluquería. Nunca, ni siquiera cuando Elvira se casó, se había roto la amistad entre ellas. Dorotea era dueña de una imaginación exuberante. Se inventaba juegos e historias fantásticas y tenía un arte especial para los disfraces. Las dos amigas se habían pasado muchas horas de su infancia y de su adolescencia probándose los vistosos trajes, salidos de las manos de la costurera, que las convertían en hadas y princesas. Compartían esa aspiración: ser princesas. Se paseaban por la casa vestidas de tules, cubiertas de piedras brillantes cosidas a la ropa, tratando de mantener en equilibrio sobre sus cabezas las coronas de cartón dorado. Se lo tomaban tan en serio que nadie se atrevía a burlarse de ellas.

Los años del Instituto y de las clases de costura y de peluquería, Dorotea pasaba los domingos en casa de Elvira. Acudía sola, ya sin su madre, que seguía yendo a la casa a coser todos los martes. En invierno, vestidas de jóvenes elegantes que van a bailes y a fiestas extraordinarias, Elvira y Dorotea desfilaban por el largo pasillo de la casa. En verano, salían al pequeño jardín trasero, que quedaba medio encerrado entre numerosos e irregulares bloques de casas. Era pequeño, pero tenía de todo, fuente, gruta con una Virgen de Lourdes, pérgola, laberinto, rosalada, senderos y bancos donde sentarse. La primera vez que salían al jardín, al inicio de cada verano, las dos amigas se decían que eso era lo que había que tener en la vida, lo que, tarde o temprano, el destino debía traerles, un jardín donde pasar las horas.

Dorotea se había encargado de preparar el ajuar de Justo, el primer hijo de Elvira, y había confeccionado, después, abundante ropa de niña, por si los embarazos de Elvira seguían su curso y finalizaban con la noticia, tan deseada, del nacimiento de una niña. Pero la hija de la costurera murió de tifus justo después de uno de los embarazos frustrados de doña Elvira. Algo más tarde, había nacido Alejo, que fue vestido con toda la ropa de niña que había confeccionado Dorotea.

La muerte de Dorotea fue uno de los golpes más duros que doña Elvira

había sufrido en su vida. La única persona que en aquel momento tan doloroso la supo comprender y trató de consolarla con toda suerte de distracciones fue fraulen Katia, que a partir de aquel momento se convirtió en su hada madrina. En cierto modo, fraulen Katia ocupó el lugar que había ocupado Dorotea, aunque no de la misma forma. Fraulen Katia no era hogareña. A ella lo que le gustaba era pasear en coche de caballos, ir a conciertos, asistir a bailes y festejos. Mientras fraulen Katia vivió, el recuerdo de Dorotea se había hecho borroso. Bajo su influencia, la viuda empezó a adquirir el aire de gran señora que la envolvió hasta el día de su muerte. En su compañía, se había aficionado a viajar, dilapidando parte de la fortuna que Rafael Claramunt había amasado, aunque fraulen Katia aportase la suya, que la tenía.

–Tengo que escribir una carta –dijo doña Elvira, una noche otoñal, a Antonio Perelada, solos los dos en el despacho que tenía el administrador en el piso principal.

Perelada extendió los objetos de escritorio sobre la mesa, el papel de color crema y de buena calidad, destinado a las cartas importantes, el tintero, la pluma y el secante, y se ajustó las gafas a la nariz, en un gesto mecánico que irritaba sobremanera a los hijos, en aquel momento ausentes, de la señora. Sobre una plataforma ovalada de ónix pulido como un espejo, emergía el tintero de cristal esmerilado con su brillante greca de racimos de uva y hojas doradas, sus bordes de plata y su tapa, también de ónix. Había pertenecido al difunto esposo de doña Elvira. Había sido uno de los valiosos regalos de boda que habían recibido y que Rafael Claramunt nunca había apreciado demasiado. ¿Para qué servía? Era un objeto ostentoso, meramente decorativo. Ocupaba demasiado sitio en su mesa de despacho, no encajaba en su estética, reveladora de su concepción del mundo. La escribanía fue relegada a otro lugar, a una de las cómodas del dormitorio conyugal, compartiendo espacio con fotografías enmarcadas en metal dorado y cajas de porcelana y de marquetería.

Doña Elvira mandó poner la escribanía encima de la mesa del despacho destinado a Antonio Perelada. Le pareció que tenía una potente carga simbólica. Era valiosa, era bonita, relucía. Quería impresionar al administrador.

Tras anunciar a Perelada su intención de dictarle una carta, la viuda de Claramunt se arrellanó en su butaca, que se encontraba junto al balcón. Desde

allí, la señora dominaba todo el panorama. Era ella quien llevaba las riendas. Doña Elvira tomó aire, inspeccionó con una larga mirada la mesa del administrador y dijo en un tono desconocido, casi juvenil:

Querida Dorotea:

Hace unos años que me he quedado viuda. Mis hijos están lejos. Han sucedido muchas cosas, muchos cambios y revoluciones. No sabemos cómo va a acabar todo esto. No sé si te acordarás de mi madrina, fraulen Katia. Murió hace unos meses. Yo la llamaba madrina, aunque no lo era. Siempre me protegió, hasta su muerte. España está en guerra. Creo que el mundo también está en guerra. Por todas partes se respira un ambiente de guerra. Y de ruina. Pero no quiero ser pesimista. Siempre se sobrevive, de una manera o de otra. Nadie ha sabido nunca los años que tenía fraulen Katia. ¡Qué triste es la muerte, Dorotea! Pero no ganamos nada llorando ni contando nuestras penas a los demás. ¡Qué niñas inocentes hemos sido! ¡Ojalá la infancia hubiera durado mucho más! ¡Ojalá no hubiera terminado nunca!

La viuda se quedó repentinamente callada.

—¿Nada más? —preguntó Antonio, con la pluma en el aire.

Doña Elvira tenía una mirada ensimismada.

—No hay prisa —dijo—. Mañana seguiremos.

—Es cierto, no se puede poner todo en una carta —repuso Perelada—. ¿A qué nombre y a qué dirección la enviamos? —preguntó, porque aún no sabía que doña Elvira estaba escribiendo a una muerta.

—Por ahora, eso no es necesario —dijo—. Pásela a limpio y entréguemela.

Al abandonar el despacho, mientras Perelada sostenía la puerta, doña Elvira repitió:

—Mañana seguiremos —repitió.

Perelada no recordaba que alguien le hubiera hablado nunca de aquella Dorotea a quien doña Elvira acababa de escribir una carta. Había algo raro allí, pero al administrador no le asombraban demasiado las rarezas de los demás. Sabía que el mundo estaba lleno de secretos. Mientras anotaba las frases que la señora le había dictado, con una voz que había sonado sorprendentemente risueña, Antonio Perelada sintió que su condición de administrador estaba experimentando una mutación. En cierto modo, su relación con doña Elvira, a partir de entonces, cambió. Había establecido con ella una extraña intimidad.

Cuando llegó a la Pensión Roma, con la ropa algo mojada a causa de la

llovía ligera que había caído de forma repentina, a Perelada le faltó tiempo para comentarle el asunto de la carta a Felisa Martín. Tampoco Felisa recordaba haber conocido a ninguna Dorotea.

–Debe de tratarse de una fantasía, una especie de trastorno –dijo Felisa–. Siempre pensé que Elvira acabaría loca.

–¿Por qué?

–Creo que vive en otro mundo. Rafael, su marido, fue el culpable. No sé con quién se creía el hombre que se había casado. Se lo consentía todo. La mantenía al margen de toda preocupación. Ni siquiera soportaba que se quedara pensativa. «¿Qué te pasa?, ¿en qué piensas?», le preguntaba. «Déjame eso a mí, ¿no te he dicho mil veces que yo me ocupo de todo?» Le oí decir esas cosas, ¡pobre Rafael! Fanático del trabajo y de su hogar, ¡fanático de su mujer! No tenía muy buen carácter, esa es la verdad, solo sabía hablar a gritos. Era un hombre autoritario. No se le podía llevar la contraria. Pero en presencia de Elvira era otro. Claro que ella nunca le llevaba la contraria. ¿Para qué? A Elvira nunca le ha faltado de nada, no ha tenido que pedir nada. Han sido otros, siempre, quienes le han resuelto la vida. Pero la guerra lo ha cambiado todo. Ahora me da pena, pena de verdad. No tiene a nadie. Vive rodeada de personas que, en el fondo, no son de su familia. No tiene ni marido ni hijos. ¿De qué le sirve todo su dinero?

Al día siguiente, Felisa empezó con las indagaciones que Perelada le había encomendado. Había que saber quién era esa Dorotea. Aquellas cartas, algunas muy breves, otras más largas, que doña Elvira le dictaba noche tras noche no tenían, de momento, ningún destino. Perelada pasaba los dictados a limpio y la señora los leía después para estar segura de que sus palabras habían sido transcritas fielmente.

Cuando Felisa al fin dio con la identidad de la destinataria de las cartas, había pasado todo un mes. Dorotea, la hija de la costurera de la casa de los Ibáñez, había sido la gran amiga de la infancia de doña Elvira. Había fallecido en una de las grandes epidemias de tifus que habían asolado el país.

Había que hacerse con una copia oficial del certificado de defunción de Dorotea, decidió Perelada. Solo cuando tuvo el certificado en su poder, se quedó convencido de que la destinataria de las cartas no existía ya.

En la casa nadie sabía que cuando la viuda de Claramunt, después de cenar, se encerraba con Antonio Perelada en el despacho del administrador, más que hablar de los negocios familiares, cuya decadencia ella consideraba casi

inevitable, le dictaba cartas dirigidas a su amiga íntima de la infancia, Dorotea, que ya llevaba muchos años muerta.

## 17. VIVOS Y MUERTOS

Los muertos no pueden contestar las cartas que se les envían, aunque les lleguen. Ese era el principio inspirador de las cartas que doña Elvira dictaba a su administrador y que, ya pasadas a limpio, firmaba y guardaba en una caja de metal distinta de la que contenía las cartas que recibía de sus hijos. Las cartas firmadas por ella y las cartas que sus hijos, desde los lejanos lugares en los que se encontraban –lejanos de una forma profunda, que rebasaba la mera distancia geográfica–, le escribían con su propia letra pertenecían a dos mundos muy diferentes. El de los muertos, uno, el de los vivos, otro. Sin embargo, las cartas que doña Elvira dirigía a su amiga Dorotea, que se dirigían al reino de los muertos, estaban llenas de vida. No aparecían en ellas preguntas concretas sobre asuntos y detalles relativos al presente. El universo en el que se aventuraban era ilimitado y se regía por normas que se iban improvisando sobre la marcha y que dependían enteramente de la imaginación de la autora.

Cuando doña Elvira dictaba las cartas a su administrador, entraba en otra clase de realidad, y en ella era perfectamente libre. Era consciente de que tenía un testigo, el propio Perelada, que, aunque se comportaba con una discreción extrema –pocas veces levantaba los ojos del papel–, era el primer receptor de las vivencias, sentimientos y pareceres de la viuda. Pero a veces doña Elvira se olvidaba de aquel velo de censura que, por precaución y por pudor, había que mantener echado, y le confiaba a Dorotea pequeños juicios y emociones que al día siguiente, al leer las frases, transcritas en una caligrafía impecable, en el papel color crema de las cartas, Elvira consideraba algo imprudentes. ¿Qué más daba?, se decía después, mientras guardaba la carta en la correspondiente caja de metal, ¿qué importaba lo que Perelada pudiera pensar?

Mientras transcurrían los días de la guerra, ensordecidos por la rutina cotidiana de una ciudad donde las autoridades ponían mucho empeño en recordar que allí imperaba la paz, doña Elvira fue descubriendo que se abría

una brecha cada vez más profunda entre ella y la realidad en la que los otros vivían, y que lo que de verdad le interesaba y le gustaba, ya que no podía viajar ni salir a la calle con la despreocupación propia de los viajeros más frívolos, era recordar, imaginar, perderse en los laberintos de su mente. Y la música siempre sonando a su alrededor.

Así como las cartas que la viuda escribía a Dorotea la transportaban a un dulce espacio de calma, las cartas que recibía de sus hijos le producían una extraña desazón, ¿de verdad estaban dirigidas a ella?, ¿era eso lo que sus hijos creían que a ella le interesaba, las novelas de un escritor americano del que no había oído hablar jamás o una sarta de proclamas patrióticas? Por primera vez en su vida, doña Elvira se preguntó qué pensaban sus hijos de ella, y se dijo que seguramente no pensaban nada. Le escribían cartas porque era su madre. Ella misma, cuando pensaba en sus hijos, lo hacía llevada de sus preocupaciones como madre. Deseaba que sus vidas se encauzaran de forma correcta, quería estabilidad y bienestar para sus hijos. Precisamente lo contrario de lo que tenían ahora. En la vida de doña Elvira se había abierto una herida que no podía cerrarse mientras la guerra no permitiera pensar en un final próximo. ¿En quién podía apoyarse, mientras tanto?, ¿de qué modo, al menos, podía distraerse de esa realidad tan desajustada, tan hostil? Pero ¿quién puede prever una guerra?, ¿quién sabía lo que aún podía durar?

Villa Paulita suponía un consuelo, y siempre que hacía buen tiempo, doña Elvira organizaba estancias de varios días en la villa, pero cada vez le cansaban más los preparativos, cada vez le cansaba más hablar con los demás y convencerles de sus planes. Cuando se encontraba rodeada de gente, se quedaba al margen de las conversaciones, pero eso no le importaba. Esa clase de cosas nunca le habían preocupado. No acababa de entender qué hacía allí.

Todo cambiaba cuando Alejo pasaba en la casa unos días de permiso. En tales ocasiones, la presencia masculina era predominante. El doctor Serafín, el primo Maximiliano y sus hijos, Antón y Eladio, siempre creciendo, siempre alborotando, jaleaban a Alejo y le empujaban a contar anécdotas que ella no quería escuchar. Finalmente, cantaban todos aquellos himnos y canciones que, en el sentir de la viuda, exaltaban demasiado los ánimos y desataban funestas emociones.

Eso le contaba doña Elvira a Dorotea. El poco consuelo que le producían las cartas de sus hijos. El desasosiego que le dejaban las fugaces visitas de



Alejo. El poco consuelo que en aquel momento le daba la vida. Los negocios iban mal, pero todo iba mal, y ella se sentía desilusionada. El dinero no remedia todos los males.

Las cartas que doña Elvira dirigía a Dorotea eran, en cierto modo, las respuestas que hubiera querido escribir a sus hijos. Pero una madre no habla de sus penas con sus hijos. Una madre está para asuntos mucho más concretos.

«¡Ay, Dorotea!» Esa era la exclamación recurrente que salpicaba todas las cartas que Elvira dictaba a su administrador.

## 18. FLORES

A última hora del primer día de abril de 1939 se supo que la guerra, al fin, había terminado. El ejército rojo, según decía el parte de guerra emitido por Radio Nacional, con sede en Burgos, se encontraba «cautivo y desarmado». Las tropas nacionales habían vencido. La voz que leyó el comunicado sonó con una solemnidad atronadora. La guerra había terminado y empezaba algo muy distinto, una nueva era.

Doña Elvira no escuchó, la primera vez que se emitió, a las 22.30 horas, el parte que anunciaba el final de la guerra civil. A esas horas de la noche, la viuda no escuchaba la radio. Se encontraba en el rincón del piano, interpretando un nocturno de Chopin. Después de la ópera, Chopin era lo que más le gustaba. Había dictado a Perelada una nueva carta a su amiga Dorotea, se había sentado al piano y había dejado que sus dedos se deslizaran por las teclas.

Raras veces lo hacía ya, pero aquella noche le había entrado una profunda melancolía. Se lo acababa de decir a su amiga: había envejecido. Se encontraba a punto de cumplir cincuenta años, una edad que pide el retiro, el silencio, la paz. Una edad en la que el cansancio acumulado, las penas y las ausencias pesan demasiado y no se vislumbra la forma de sobrellevar tantas cargas. El cuerpo se ha debilitado y el espíritu es una pequeña llama asustada que tiembla ante cualquier corriente de aire. Parecía mentira que, tres años antes, hubiera tenido ánimos para viajar a Salzburgo. ¡Ánimos e ilusión! Pero esos tres años no habían sido únicamente tiempo. El desconcierto, el dolor y la soledad los habían convertido en un túnel estrecho y oscuro. Solo en Villa Paulita había vuelto Elvira a respirar aire puro y se había dejado acariciar por él. Quizá debiera retirarse definitivamente a la villa y dejar de pensar en sus hijos y en lo extraña que era la vida. ¿No hablaba Chopin de eso, del retiro, de una dulce derrota, de una renuncia en la que lo único que prevalece, lo único que queda, es el ritmo, las notas melancólicas?

Fueron las criadas quienes le dieron la noticia. Irrumpieron en la soledad de

la viuda con voces quebradas por la emoción, una mezcla desordenada, casi histérica, de alegría y de miedo. La noticia se había extendido por toda la ciudad. La guerra había terminado.

Por la mañana, doña Elvira cobró conciencia de que la melancolía que había sentido por la noche pertenecía al pasado. Debía quedar atrás de forma radical. Había dejado de tener sentido. Había terminado la guerra, y se había proclamado la paz. La vida cambiaba nuevamente. Sus hijos regresarían. ¿Dónde se encontraban? Esa fue la pregunta que, repentinamente, se hicieron todos.

Durante un par de días, no se tuvieron noticias de ninguno de los dos hermanos Claramunt. Las líneas de los telégrafos nacionales echaban chispas. Maximiliano Martín, que estaba exultante, fue quien logró, al fin, establecer contacto con Alejo. Se encontraba bien y no tardaría en volver a casa. Por su parte, el padre de Anunciada logró hablar por teléfono con Justo. El diálogo estuvo envuelto en extraños ruidos y muchas interrupciones, pero, según comunicó a la familia, el regreso de Justo también se produciría en breve.

Sus hijos volverían, se repetía Elvira. ¿Cómo sería la vida cuando ellos volvieran?, ¿podría ser como siempre había sido?, ¿con qué dinero contaban ahora?, ¿qué negocios seguían en pie?, ¿qué beneficios obtenían? Habría que hacer cuentas, tendría que hablar seriamente con Perelada.

En la zona de la cocina del piso principal se dejaron de contar historias de huidos y desaparecidos. Cuando se hablaba, se bajaba la voz hasta un punto casi inaudible. Por la escalera de servicio transitaban rumores teñidos por el miedo y atravesados de silencios. Más aún que antes. En cambio, en la parte de delante de la casa, se oían con obsesiva insistencia relatos de guerra.

En el mes de mayo, la casa se llenó de flores. La familia ya estaba al completo. Todos celebraron la primera primavera después de la victoria nacional.

La rutina del piso principal se había visto violentamente alterada. La contienda, cuyo aliento solo se había presentado durante los fugaces permisos de Alejo, ahora, ya terminada, se había apoderado de la atmósfera. Cuando Alejo no se encontraba en el cuarto de estar, ante un auditorio compuesto, fundamentalmente, por Maximiliano Martín, deambulaba por la casa como un fantasma. La guerra no había terminado para él. No podía consentir, murmuraba, que la gente llegara a olvidar las heroicas batallas que se habían

librado, la crueldad del enemigo, el calor y el sudor de los veranos en el frente, el frío helado y la ventisca de los inviernos, los incontables muertos, los desdichados heridos, el trajín de los hospitales, la precariedad, el hambre, la sed, las lágrimas. Había vivido derrotas y represalias. No podía olvidarse todo eso. Ganar la guerra no había sido fácil. Las palabras de Alejo eran, a veces, murmullos casi indescifrables, cuyo contenido se intuía por el tono de protesta y de rabia. Otras, eran frases rotundas y dichas a gritos, como si estuvieran destinadas a ser oídas en todo el vecindario.

Recorría los pasillos de la casa hablando sin parar, fascinado por sus propios relatos. Rememoraba momentos heroicos, donde la sangre, el barro, el ruido de la metralla, el frío o el calor resultaban siempre excesivos, como si pretendieran justificar las muchas muertes que se producían en ellos. Doña Elvira miraba a su hijo menor con preocupación. Quizá el contacto directo con la muerte le había hecho perder la cabeza.

Justo, el hijo mayor, también le preocupaba. Tras su largo exilio, tan largo como la guerra, Justo había quedado marcado por una sombra de sospecha. No había sido un prófugo ni un desertor, pero había evitado tomar parte en la contienda y, de regreso en España y de nuevo incorporado a la vida de la ciudad, se mantenía a cierta distancia del régimen político recién instaurado. Pero a él también le atraían las conversaciones –más bien discusiones acaloradas sobre la guerra que había seguido de cerca desde su retiro de Axles-Thermes. A sus numerosos intereses y conocimientos se sumaban ahora los recientes y trágicos acontecimientos de la guerra civil.

El mayor de los hermanos Claramunt había escuchado por la radio y leído en los periódicos todas las noticias que se referían a España. Había estudiado concienzudamente algunas de las batallas claves que se habían librado en la guerra civil, sirviéndose de mapas y de todo tipo de datos, y teorizaba sobre las causas de las derrotas y las victorias. Había dibujado planos llenos de indicaciones: aquí estaba el Frente Popular, aquí las Brigadas Internacionales, allí los sublevados, aquí el comandante tal o la compañía cual. Señalaba los errores o los aciertos de las estrategias, y las vacilaciones y órdenes contradictorias de los sucesivos presidentes de la República. Durante los últimos meses de la guerra, había estado al tanto de la continua corriente de refugiados republicanos que pasaba por la frontera hasta Perpiñán. En sus cartas, por recomendación de su suegro, no había podido hablar de la guerra, pero estaba deseoso de dar cauce a la mucha información acumulada y las

teorías elaboradas durante su largo exilio voluntario. Cuando Justo irrumpía en una reunión familiar en la que Alejo se vanagloriaba de la reciente victoria y de la oportuna estrategia de todas las batallas ganadas que habían ido allanando el camino hacia la victoria, solía echar un jarro de agua fría sobre la euforia de su hermano. Estaba en posesión de cientos de datos y sus razonamientos dejaban a Alejo sin argumentos. «Se ha derramado demasiada sangre», decía Justo, «las heridas tardarán en cerrarse.» Pero a pesar de que internamente Alejo no podía perdonar a su hermano que se hubiera mantenido al margen del conflicto, nunca se atrevió a hacerle ningún reproche.

Por debajo de aquella paz proclamada de forma enfática y solemne se deslizaban muchas sombras. Justo no había sido la única persona que, a causa de la guerra, se había quedado aislada en otro país o en un lugar incomunicado del propio país. De algunas personas, incluso, no se sabía nada. Habían sido vistas al principio de la guerra aquí o allá, pero su rastro se había esfumado. Sus nombres no figuraban en las listas de los fallecidos ni en las de los heridos u hospitalizados. Había unas zonas de silencio y de oscuridad en las que nadie quería indagar. Ni Alejo, ni Justo, ni nadie.

La viuda de Claramunt observaba a sus hijos sin saber qué decirles. Todas esas preguntas, incluso los reproches, que se le había ocurrido hacerles durante el primer año de la guerra habían envejecido, como ella. La realidad actual no se ajustaba a la realidad de antes de la guerra. Era cierto –tal como se decía por la radio y se expresaba en los periódicos– que se había iniciado una nueva era.

Doña Elvira dio al servicio la orden de que, hasta que no se marchitara la última rosa de los ramos de flores con que se había celebrado la llegada del mes de mayo, no se retiraran los jarrones. Cuando se marchitaron todas las flores, encargó nuevos ramos.

## 19. LA PIEZA QUE FALTA

Poco a poco, en el piso principal, el viejo orden y el nuevo orden fueron encontrando la forma de convivir. La música de la gramola, las melodías del piano, las visitas que recibía doña Elvira fueron encontrando su lugar en el nuevo ambiente. El momento era crítico, y a lo único que, sin decírselo a nadie, aspiraba la viuda era a sobrevivir, ya sin viajes y sin lujos. Se había convertido en una anciana. No necesitaba hacerse nuevos vestidos ni comprarse nuevas joyas. No necesitaba viajar. Le bastaba con quedarse en casa, oír música y pensar. Los efectos de la guerra habían sido devastadores para los negocios. Los ingresos habían disminuido de forma alarmante, mientras que los gastos sumaban cantidades exorbitantes. Había que acudir a ventas, a préstamos, a realquileres y quién sabía qué más. Lo último que doña Elvira quería era que se sucedieran más cambios y ocurrieran más catástrofes.

Alejo andaba por ahí, inquieto, sin saber hacia dónde dirigir sus pasos. Doña Elvira decidió anticiparse a los acontecimientos. Le comunicó, como quien transmite una orden inapelable de un mando superior e indiscutible, que en el caso de que se le hubiera pasado por la cabeza la idea de dedicarse a los negocios, se la quitara rápidamente. Las palabras de su madre cayeron sobre Alejo como un jarro de agua gélida. Consideró entonces la posibilidad de hacer carrera militar. Durante la guerra, había vivido una alentadora sensación de integración, de tener un objetivo y poder compartirlo con los demás. Finalmente, al igual que otros amigos suyos que se habían alistado en las filas del ejército de forma voluntaria y que pertenecían a familias sin tradición militar alguna, se decantó por cursar estudios en la Facultad de Medicina.

A última hora de la tarde, Maximiliano Martín bajaba al piso principal a tomar un trago de ginebra –que se compraba en garrafón– en compañía de Alejo. A veces, también acudía Justo, quien, habitualmente, prefería las reuniones del casino. La viuda apreciaba al primo Maximiliano. Cuando dejaba de lado el ideario exaltado que profesaba, resultaba un estupendo conversador. Estaba al tanto de las vicisitudes y conflictos mundiales y tenía

cierta cultura. A través de misteriosas conexiones, consiguió para la viuda la grabación del concierto de Salzburgo del 25 de agosto de 1936, y a partir del momento en que la había escuchado por primera vez, Lotte Lehmann había pasado a ser, para doña Elvira, un ídolo indiscutible. No existía una voz como aquella, tan vibrante, emocionada y melancólica. Y el *Fidelio* de Beethoven, bajo la batuta del gran Toscanini, dejaba perfectamente claro que Beethoven, de habérselo propuesto, habría sido uno de los grandes de la ópera. Nadie podía superar a Beethoven.

Lotte Lehmann había salido de su país poco antes de que Alemania se anexionara Austria y había emigrado a Estados Unidos, donde había triunfado. Eso a Maximiliano, que se declaraba hitleriano convencido, le parecía bien. Los grandes artistas, en su opinión, estaban exentos de todo compromiso. Para ellos solo contaba el arte.

En presencia de Justo, Maximiliano se mostraba más moderado en sus ideas e incluso se avenía a ciertos acuerdos sobre el porvenir de Europa. Era germanófilo y partidario del régimen nacionalsocialista que había instaurado Hitler en Alemania, y Justo, anglófilo y pacifista –solo en caso de evidente injusticia era lícito, en su opinión, recurrir a las armas—. Pero Justo y él se entendían perfectamente cuando comentaban los aspectos estratégicos de la guerra que se estaba librando en Europa y los dos se mostraban satisfechos por la forma en que el jefe del Estado español –a quien cada uno nombraba de diferente manera, no solo con las palabras, sino con el tono en que eran pronunciadas– había resuelto la papeleta de una posible intervención en el conflicto bélico internacional. Hasta ahí llegaba la concordia.

De política interior solo habían hablado una vez, cuando en una conversación mencionaron lo elevado del número de muertos que, por venganzas y delaciones, había causado la guerra civil española. Resultaba casi inevitable hablar de todos aquellos muertos, de los paseos nocturnos en la noche, de los tiros en la nuca, de los fusilamientos en las tapias de los cementerios, de las cárceles y de las súbitas desapariciones. Maximiliano habló de las iglesias que habían sido quemadas, de los palacios y casas asaltados, de la barbarie de las hordas rojas, tildaba a los milicianos de cobardes, hipócritas, criminales y sacrílegos, que actuaban poseídos de un furor infernal, y le echó en cara a Justo que no hubiera querido luchar en defensa del orden. «Hordas rojas» y «bestia fascista» fueron las expresiones más suaves que se pronunciaron en el cuarto de estar del piso principal, ante

la mirada de censura de doña Elvira, que inútilmente pidió silencio repetidas veces.

Por fortuna, en aquella ocasión, Alejo, que alcanzaba un alto grado de exaltación cuando se tocaba el asunto de la guerra, no se encontraba presente. Maximiliano salió del cuarto traspasado por la ira, recorrió el pasillo a grandes zancadas y subió a su piso por las escaleras, sin detenerse a llamar al ascensor. Justo se quedó un rato en la sala, hundido en el sillón. Aquella herida no se cerraría nunca, se dijo. Era demasiado profunda. Lo dijo en voz alta.

Al día siguiente, reunidos de nuevo en el cuarto de estar del piso principal, los tertulianos –entre quienes ese día se encontraba Alejo– evitaron cuidadosamente toda referencia a la guerra civil. Resultaba algo difícil, estando Alejo delante, pero tanto Justo como Maximiliano desviaron la conversación hacia asuntos internacionales cuando parecía deslizarse peligrosamente hacia el terreno nacional.

La salud de Maximiliano, que nunca había sido su punto fuerte, acusaba síntomas preocupantes. Su aspecto se deterioraba día a día. Finalmente, se le diagnosticó tuberculosis y fue ingresado en un sanatorio de la sierra de Madrid.

Sin Maximiliano, el orden del piso principal se vio de nuevo alterado. Las visitas de Justo se hicieron más escasas. A Anunciada le había entrado una especie de frenesí y organizaba con frecuencia cenas y bailes en su casa. Doña Elvira no asistía a ellas, pero aprobaba la afición de Anunciada. Siempre le había gustado la gente que disfrutaba de la vida. El espacioso piso, provisto de grandes ventanales, que el padre de Anunciada había regalado al matrimonio con motivo de su boda y que durante la guerra había permanecido vacío, estaba situado en el arranque de la zona más moderna de la ciudad, la plaza de las Naciones, y parecía concebido para servir de escenario a todo tipo de fiestas y celebraciones. Era una casa llena de espejos, lo que aún la hacía más grande. Una de las paredes del comedor era, toda ella, un espejo. Un par de columnas que funcionaban como ligera separación entre un salón y otro –salones para estar, para reunir a gente, para bailar– estaban forradas de pequeños espejos rectangulares que recogían y lanzaban haces de rayos luminosos. Y, por descontado, colgaban espejos en las cuatro paredes de los



cuartos de baño, que estaban provistos, además, de bañeras de dimensiones exorbitantes.

La demostración de felicidad y satisfacción que representaba el entusiasmo de Anunciada por las fiestas indicaba que Justo, el hijo mayor de doña Elvira, había resuelto su vida. La farmacia, la vida familiar, la casa llena de espejos, el casino, y, sobre todo, su tendencia a la observación, al estudio de asuntos diversos y muchas veces absurdos y a la lectura de novelas escritas en otras lenguas, eran el mundo al que Justo pertenecía, un mundo en el que parecía feliz. Discretamente feliz, se podía añadir.

La vida de su hijo mayor parecía resuelta, se decía la viuda. Faltaba resolver la vida de Alejo.

La ausencia de Maximiliano dejó a Alejo sin interlocutor. Al regreso de la facultad, se encerraba en su cuarto para estudiar. Quizá para huir de la música que salía constantemente de la gramola y que se extendía por los pasillos y todas las estancias del piso principal empezó a subir al tercero izquierda, donde reinaba la paz. Antón y Eladio cursaban estudios en un internado, cerca de Bilbao. Alejo se instalaba en lo que había sido el cuarto de jugar, que daba al amplio patio que tanto les había gustado contemplar, durante la infancia, a Valentina y él.

Doña Elvira captó algo. En su interior, se encendió una luz de alarma. No era la primera vez que había vislumbrado aquella señal. Valentina no era la mujer que convenía a su hijo. Valentina no podía resolver la vida de nadie. Era ella quien estaba necesitada de ayuda. La viuda intuía que, por mucho que Alejo, desde su regreso, mirara a su prima con más atención e interés que antes, jamás se casaría con ella. Era Alejo, más que ella, quien sabía que Valentina no era la mujer con quien debía casarse.

Ahora que Alejo vivía de forma permanente en casa y el primo Maximiliano y los chicos se encontraban fuera de la ciudad, la situación se había vuelto claramente peligrosa. Eladia no tenía personalidad de guardiana. Tampoco doña Elvira podía hacerla su confidente. Había que encontrar una novia para Alejo. Cuanto antes. Esa era la pieza que faltaba en su vida.

Cuando Alejo subía al piso tercero izquierda, doña Elvira le pedía a la doncella que les diera a Eladia y a Valentina el recado de que se las esperaba, sin falta, a merendar en el principal. Doña Elvira corría con todos los gastos de los Martín Claramunt. Los estudios de los chicos, la clínica de

Maximiliano, la manutención de Eladia y de Valentina. Si la doncella les pedía que bajaran al principal a hacer compañía a la viuda, Eladia y Valentina bajaban.

A la vista estaba que la vida de Maximiliano Martín había sido una suma de errores, pero había algo en él que resultaba irresistible. Fueran los que fuesen los años que le quedaran de vida, doña Elvira estaba dispuesta a procurarle cuidados, a él y a los suyos. El difunto don Rafael Claramunt siempre había considerado que Eladia había sido uno de los muchos errores cometidos por Maximiliano. Probablemente, el mayor. Pero doña Elvira, que era consciente de la distancia que existía entre Eladia y ella –una distancia que era, en el fondo, más inmaterial que material–, trataba a la mujer de Maximiliano como se trata a cualquier familiar próximo. No sentía un especial rechazo hacia ella. Sus vestidos le parecían bonitos. Esa pequeña debilidad por la ropa inclinaba a Elvira, en ciertas ocasiones, a sentirse próxima a alguien.

Después de comer, tras dormitar un poco, doña Elvira se encaminaba hacia el Café de las Damas. Luego, mientras sus amigas y conocidas hablaban alrededor de la mesa de mármol, en su cabeza surgía, acuciante, su principal preocupación: encontrar una buena esposa para Alejo. Repasaba mentalmente la lista de chicas casaderas de las familias más influyentes de la ciudad. Sus nombres, por una u otra razón, salían a relucir a lo largo de la tarde. Eso era lo en aquel momento le pedía a la vida. Una joven que reuniera los requisitos de respetabilidad y discreción, y que fuera capaz de compensar la imprevisibilidad y el carácter caprichoso e infantil de su hijo Alejo. Y que la posible ruina de la familia –que, al anochecer, antes de proceder al rito de la carta a Dorotea, Perelada nunca dejaba de insinuar– careciera de verdadera importancia.

## 20. DESAPARICIONES

El estado de Maximiliano se agravó. Un mediodía de primavera, llamaron del sanatorio. Maximiliano acababa de morir.

Con la muerte de Maximiliano Martín desapareció uno de los lazos que unían a la familia Claramunt con los acontecimientos del mundo. Su muerte vino a coincidir con el fin de la Segunda Guerra Mundial y la gran derrota alemana. Desde el sanatorio de la sierra de Madrid donde había pasado los dos últimos años de su vida, Maximiliano había seguido los estertores dramáticos de la guerra mundial. Cada vez más debilitado, a Maximiliano ya no le quedaban fuerzas para defender la estrategia bélica de su héroe, a quien, según decía, él habría aconsejado de otro modo. Murió habiendo dejado de ser un hitleriano convencido, pero fervientemente germanófilo y, Dios sabía por qué, lleno de suspicacia hacia la hegemonía norteamericana que se avecinaba.

Dos años después, murió Eladia.

Empezaba el verano. Valentina estaba pasando unos días en el pueblo de una de las criadas. Antón y Eladio aún no habían iniciado sus vacaciones. Cuando, al término del domingo, la otra criada, después de haberse tomado, como le correspondía, la tarde libre, regresó al piso y abrió la puerta, retrocedió asustada. El olor a gas que provenía de la cocina empezaba a extenderse por la casa. Nadie pudo comprender bien cómo, pero la criada tuvo arrestos para ir corriendo a la cocina y cerrar la llave del gas, pasando por encima del cuerpo de Eladia, que se encontraba allí, extendido, deslavazado, sin aliento de vida ya, sobre las baldosas blancas y negras.

Acudió de inmediato al piso principal, donde se quedó durante el resto del día, en compañía de las criadas de doña Elvira, llorando, sin acabar de entender lo que sus ojos habían visto, mientras doña Elvira y el doctor Serafin Campos, que acudió con urgencia, se hacían cargo de la situación.

Se había producido un accidente, dijeron. Eladia, tras abrir la llave del gas,

se había tropezado y caído, perdiendo el conocimiento. Había muerto sin darse cuenta. Pero ni doña Elvira ni el doctor Serafin tenían la menor duda: Eladia se había quitado la vida de forma consciente. La llave del gas, que había estado abierta hasta que la criada la cerró, no era la única señal. Todo indicaba que Eladia, además, había ingerido una buena cantidad de barbitúricos. Se había dado muerte de forma deliberada. A Eladia no se le practicó la autopsia. Doña Elvira se lo pidió al doctor Serafin y él estuvo de acuerdo, ¿qué sentido tenía incrementar el sufrimiento de los hijos, que se habían quedado huérfanos en tan breve lapso de tiempo? Eladia había muerto. Eso era lo importante, lo único que a ellos les importaba de verdad saber.

El piso tercero izquierda se cerró. Antón y Eladio se alojaban durante la mayor parte del año en el internado de Deusto. Valentina, a petición –incluso orden– de su tía Elvira, volvió a trasladarse al piso principal y volvió a ocupar el cuarto que le habían destinado de regreso de Salzburgo y que había pertenecido a su primo Justo.

Arriba y abajo, se dijo de nuevo.

Los negocios iban de mal en peor. Por fortuna, doña Elvira aún contaba con el recurso de las joyas, pero era una fuente destinada a agotarse. Valentina era la encargada de ir a la casa de empeños. Guardaba los recibos y un cuaderno de tapas de hule negro lleno de anotaciones en el primer cajón de la cómoda. Era ordenada y cuidadosa. Le gustaban esos menesteres que podía realizar a solas y en silencio. Una tarde, mientras llevaba a cabo estas tareas, se sintió, repentinamente, muy mayor, casi sin destino. Como si la vida hubiera pasado de largo delante de ella. Quizá era algo que sucedía cuando se ha vivido una guerra durante la infancia o la adolescencia, o cuando se pierde a los padres en plena juventud, o cuando no se tiene el suficiente dinero para vivir con independencia.

Al morir su madre, Valentina quedaba a merced de su tía Elvira, por quien a veces sentía afecto y quien a veces le inspiraba un indefinible temor. Valentina escuchaba las conversaciones que tenía su tía con sus amigas y conocidas. Ya había adivinado la idea fija que daba vueltas en la cabeza de doña Elvira. Encontraría a la candidata perfecta para ser la mujer de Alejo. Siempre conseguía lo que se proponía. Entretanto, ella se mantendría ahí, junto a su tía, envejeciendo sin que nadie se diera cuenta.

La viuda de Claramunt encontró lo que buscaba en menos de un mes. La candidata se llamaba Inmaculada Castán. Era la única de las tres hijas del matrimonio Castán que quedaba por casarse. Los Castán eran propietarios de la fábrica de muebles –sólidos, de buenas maderas y de un estilo personal que los hacía fácilmente reconocibles– que llevaba su nombre, y que estaban concebidos para conferir sensaciones de calidad y lujo a sus clientes. En su mayor parte, los grandes hoteles españoles.

Inmaculada era extraordinariamente tímida. Según los rumores, había querido meterse monja, pero sus padres le habían ido pidiendo, año tras año, que aplazara la decisión, y ahí seguía, joven y soltera, con el destino suspendido en el aire, sin haber puesto todavía los pies en los círculos sociales de más consideración.

La viuda, en misa, espiaba a la joven. Parecía muy pensativa. Ensimismada, más bien. Su madre, una dama voluminosa, se apoyaba en su brazo incluso para ir a comulgar. Empezó a hablar con ellas, madre e hija, a la salida de misa, en el atrio. Hablaban del tiempo, de cualquier cosa, de pequeñas novedades ciudadanas. Doña Elvira anotaba, con aprobación, el aspecto sencillo y los suaves ademanes de Inmaculada, que inducían a pensar que su persona jamás supondría una molestia para nadie. Y, sin duda alguna, aportaría una buena dote. La madre gesticulaba en exceso y producía cierta intimidación en sus interlocutores. Como respaldo de esa seguridad, se encontraba la sólida fortuna de la que todos en la ciudad eran conscientes.

En el atrio de la iglesia, Inmaculada sostenía, entrelazado con el suyo, el blando brazo de su madre. Doña Elvira se apoyaba en el brazo delgado y cubierto de raso negro –el traje de los domingos– de Valentina, su sobrina y fiel acompañante. Las dos señoras vestían de luto riguroso. Doña Elvira, desde la muerte de Rafael Claramunt, no había vestido de otra manera. Se había convertido, desde ese momento, en una viuda para siempre. El color negro indicaba que ya no se esperaba ninguna sorpresa. Era un color –más bien una suma de colores, de todos ellos, como le habían dicho una vez y doña Elvira, a quien las cosas de la estética le interesaban, no había olvidado– que, además –se decía para sí–, le sentaba bien. Nunca le había gustado vestir ropa de colores vivos. No tenía vocación de llamar la atención sin más ni más. Vestida de negro, se encontraba siempre en su lugar. Incluso distinguida, elegante.

Inmaculada era unos años más joven que Valentina, pero, en aquel instante,

la una enfrente de la otra, sirviendo una y otra de apoyo, de bastón, a una dama poderosa, Inmaculada parecía casi una niña. Llevaba un abrigo de color claro, un color pálido, primaveral. Valentina era, en todos los aspectos, prisionera de su luto. De su orfandad. Andaba muy erguida, eso se lo habían enseñado muy bien. Dentro de su traje negro, muy derecha, miró con cierta curiosidad a la jovencísima candidata a ser la mujer de su primo Alejo. Quizá su tía Elvira hubiera acertado en su elección. Quién podía saberlo.

## 21. EL COMPROMISO

El primer encuentro formal entre las dos familias tuvo lugar en casa de Anunciada, a iniciativa de doña Elvira. A Anunciada le pareció muy adecuado que sus salones sirvieran de escenario de un acontecimiento de tanto alcance. Se prestó con gusto a desempeñar sus ya probadas y muy alabadas funciones de anfitriona. Las flores rebosaban en los jarrones posados aquí y allá. Los espejos reproducían al infinito los valiosos objetos que poblaban las salas.

Las señoras consideraron que la presentación de los jóvenes debía desarrollarse solo entre ellas, las mujeres, prescindiendo de los señores, a quienes, cuando procediera, se les comunicaría la noticia. Se seguirían todos los pasos, se cumpliría el ritual. Alejo iría a pedirle a Eduardo Castán la mano de su hija.

Una tarde de primavera cargada ya del aire del verano, Alejo, del brazo de su madre, entró en el reluciente piso de su hermano Justo, oportunamente ausente en aquel momento, y aguardó, junto a su madre y Anunciada, la mujer de su hermano, la llegada de Inmaculada Castán, que acudiría igualmente acompañada de su madre. Era una reunión de mujeres. Alejo iba a ser el único hombre presente. Con toda evidencia, era la figura principal. Aquello era un conciliábulo. Alejo se había prestado a él por contentar a su madre y porque había visto de lejos a Inmaculada Castán y le había gustado. Su hermano Justo se había casado y parecía contento con la vida matrimonial. Alejo había oído decir muchas veces a su madre que tener una mujer rica ayuda a hacer la vida más fácil. Era una sabiduría conseguida desde la distancia, porque doña Elvira, cuando se casó, no era especialmente rica, y en aquel preciso momento –todos lo presentían– empezaba a arruinarse.

Desde la conversación que había tenido lugar entre las dos damas poderosas, genuinas representantes de las fuerzas vivas de la ciudad, mientras Valentina e Inmaculada se lanzaban tímidas miradas de curiosidad y de recelo, apenas habían transcurrido un par de meses. Las señoras se habían puesto de acuerdo enseguida. A Inmaculada había que casarla antes de que la idea de

meterse monja le volviera a entrar malignamente en la cabeza. Alejo estaba a punto de finalizar sus estudios de Medicina. Parecía que lo más recomendable era que se mudara, ya casado, a su primer destino de médico. Y convenientemente casado, para tranquilidad de su madre.

Alejo era un joven apuesto, y las dos señoras se decían que el consentimiento de Inmaculada estaba prácticamente asegurado. La madre de Inmaculada estaba convencida de que su hija nunca había visto de cerca a un joven tan atractivo y, por si fuera poco, muy simpático. No le cabía ninguna duda de que Alejo sería el yerno ideal. Un chico mimado y con cierta aura de hombre incomprendido, a pesar de ser, casi, un héroe de guerra, cosa que en su familia no parecía valorarse lo suficiente. En la ciudad se había comentado en tono de censura la negativa de doña Elvira a que sus hijos se hicieran cargo de los negocios familiares. Pero curiosamente, los hijos no parecían afectados. Eran, los dos, cordiales y amables con todo el mundo. Inspiraban cierta compasión, ciertos sentimientos de protección. El destino de Justo, el mayor, parecía resuelto. La señora de Castán estaba dispuesta a resolver el de Alejo, el hijo menor.

La obstinada idea de ingresar en un convento que se había apoderado de Inmaculada se debía, según el parecer de su madre, al carácter débil de su hija, la pequeña de la familia, que se había enamorado de la vida de las monjas probablemente porque –la madre era realista– se había enamorado de una o de varias monjas. Pero en cuanto mirara a Alejo a los ojos, en cuanto, sobre todo, aspirara el suave soplo de su respiración y su cuerpo se rozara, aunque fuera muy levemente, con el suyo, esas fantasías conventuales serían inmediatamente dejadas atrás. La madre de Inmaculada era una materialista convencida. Y, como muchos materialistas, creía en el amor. Creía en la fuerza superior que se impone repentinamente entre las personas, llámese como se llame. Estaba convencida de que cuando Inmaculada, que vivía en un mundo de sueños, cayera en la realidad, lo haría plenamente, sin reservas.

El cálido aire que anunciaba el verano, libre aún de presagios del terrible calor que vendría más tarde, ayudaba a crear un ambiente propicio. El voluminoso pecho de la señora de Castán palpitaba, esperanzado. Quería ver a su hija enamorada. Quería tener a Alejo como yerno. La idea inflamaba su corazón.

Los inmensos espejos que prácticamente cubrían las paredes y que reproducían innumerables veces unas y otras perspectivas, los jarrones de



porcelana china rebosantes de flores de colores rosas y anaranjados, la sonrisa extasiada de Anunciada, la anfitriona, que disfrutaba ejerciendo con entusiasmo su papel, tuvieron un efecto hipnótico sobre Inmaculada. No había esperado un recibimiento así. Las piernas le flaquearon y estuvo a punto de desmayarse. En su brazo, como siempre, se apoyaba su madre, pero era ella quien habría necesitado apoyarse en el brazo de alguien.

Afortunadamente, concluidas las presentaciones, la invitaron a sentarse. A su lado estaba Alejo, a quien miró por primera vez, porque mientras había estrechado su mano no había sido capaz de levantar los ojos. Ahora le observaba de refilón. No le veía del todo, pero lo que veía le gustaba. Su madre tenía razón. Alejo era un chico guapo.

Durante el recorrido de regreso a casa, la señora de Castán le explicó a su hija que ahora habría que concentrarse en el ajuar, en manteles, toallas y sábanas, en el traje de novia, desde luego, pero en muchas cosas más. Una nueva oleada de emoción invadió a la joven. La felicidad que la invadía no se parecía en nada a su anterior deseo de meterse monja. Era una felicidad que la ataba a la vida, a las cosas materiales de la vida. Eso la sobrepasaba, la hacía llorar. El hombre a quien acababa de conocer iba a ser su marido, el hombre con quien iba a vivir toda su vida, con quien tendría muchos hijos, con quien – ¡ay, eso aún le inspiraba miedo, pero, de pronto, también una intensa curiosidad!- dormiría todos los días. Alejo le había parecido un joven completamente distinto a todos cuantos, muy pocos, había conocido. No era arrogante, en absoluto soberbio, tampoco vanidoso. Se había esforzado para que ella se sintiera cómoda, a pesar de que la situación –los dos lo sabían– no era nada natural. Había facilitado tanto las cosas, sentándose a su lado, mostrándose, en suma, tan atento a sus gestos, que ella había llegado a olvidar que unas señoras prácticamente desconocidas, y su propia madre, estaban allí, vigilándoles.

Alejo, por su parte, lo supo enseguida. Su madre había elegido bien. Inmaculada sugería una vida de calma, sin sobresaltos, sin grandes ni desagradables problemas.

Se organizaron otros encuentros entre los futuros novios. Se les dejó solos en algunas ocasiones. Para gran satisfacción de sus respectivas madres, Inmaculada y Alejo empezaron a verse por iniciativa propia y comunicaron al fin su noviazgo a las familias.

Alejo albergaba la esperanza de que si escogía como novia a la candidata

de su madre, si se casaba con ella, obtendría su bendición, algo que nunca había recibido. Todo lo que él hacía, desde el instante en que había nacido – siendo varón y no hembra– hasta su alistamiento en el ejército nacional, decepcionaba a su madre. Se sentía feliz de tener como novia a esa joven silenciosa de ojos asombrados que lo miraba esperanzada –eso le estremecía un poco–, y, tan pronto como pudiera, se casaría con ella.

## 22. PLANES FRUSTRADOS

Nadie hubiera imaginado nunca que Alejo fuera tan buen estudiante. Terminó la carrera con el estallido del verano y en octubre obtuvo plaza de médico en un pueblo cercano a Valencia. ¿Para qué esperar más? La señora de Castán y doña Elvira decidieron pasar unos días en Valencia con el objeto de buscar una vivienda en la que, tras la boda, se alojara la nueva pareja. Parecía preferible que residieran en la capital. Alejo podía ir al pueblo diariamente a pasar la consulta. Las comunicaciones de Valencia con los pueblos de los alrededores eran buenas y frecuentes, tanto por tren como por autobús. Lo primero de todo era encontrar el piso adecuado. Luego se fijaría la fecha de la boda.

Doña Elvira se llevó a Valentina con ella. Era consciente de que los planes matrimoniales de Alejo afectaban a su sobrina, pero se decía que cuanto antes tomara conciencia de ellos, menor sería su sufrimiento. Si había habido algo entre ellos –algo más que miradas y roces, pero muy poco más: la imaginación de doña Elvira no le permitía llegar mucho más lejos–, era el momento de olvidarlo, de admitir que solo habían sido eso, sueños.

Ella, por su parte, necesitaba la compañía de Valentina. Habían transcurrido casi diez años desde el final de la guerra. Ahora sí que doña Elvira se había convertido, de verdad, en una anciana. No le importaba la vejez en sí misma, porque ya no encontraba muchos alicientes en la vida, sino por las dolencias corporales que la acometían y que amenazaban con intensificarse. Estaba prácticamente sorda. Para escuchar la música que le gustaba había que subir al máximo el volumen de la gramola, a lo que todo el mundo se oponía. A pesar de lo cual, doña Elvira hacía girar hasta su tope la ruedecilla del volumen, pero llegaría un momento, lo presentía, en que los demás impondrían su voluntad sobre ella. Le dolían mucho las articulaciones y cada vez le costaba más esfuerzo andar. Ese panorama, más que enfadarla o atemorizarla, la hundía en una especie de apatía. La idea de recorrer la ciudad en compañía de

su futura consuegra en busca de un piso adecuado para la futura pareja le producía un cansancio infinito. Delegaría esa tarea en Valentina.

Las señoras se alojaron en el Hotel Alhambra, que había recomendado a doña Elvira una de sus amigas. El propietario era remoto pariente suyo, y la amiga había asegurado a la viuda que sería objeto de un trato exquisito. El hotel no tenía el empaque de los grandes hoteles europeos, pero el trato que dispensaban a la viuda la remitía al esplendor del pasado. El director la atendía personalmente, los camareros y las doncellas estaban pendientes de ella, y siempre le reservaban en el comedor y en el salón, que todos llamaban hall, los lugares que ella prefería. Se encontraba tan a gusto allí que no tenía el menor deseo de pisar la calle.

La madre de Inmaculada, sin embargo, sentía verdadera pasión por las casas, los muebles y los enseres domésticos. Había viajado acompañada de una doncella, y señora y criada, a quienes se les unió Valentina, salían todas las mañanas a la calle para visitar pisos. De vuelta en el hotel, la señora de Castán se reunía con doña Elvira en el hall y le ponía al corriente de sus indagaciones.

De la habitación al hall y del hall a la habitación, en eso consistió la estancia de doña Elvira en Valencia. Faltaba la música operística y los conciertos, pero, aunque a un nivel mucho más modesto, el hall del Hotel Alhambra suponía una importante aportación. Un piano de cola ocupaba un amplio espacio en uno de los rincones, y a unas horas fijas de la tarde un hombre taciturno y elegante, que recordaba algo a Antonio Perelada, le arrancaba suaves melodías de moda que le eran desconocidas pero que le resultaban muy agradables.

Desde su butaca tapizada de terciopelo verde, miraba a los ocupantes de las otras mesas. Vestía ropa de primera calidad, calzaba zapatos de ante y de charol, aún tenía algunas joyas. La edad había actuado a su favor. Había accedido a una especie de eternidad. ¿Por qué iba a salir del hotel con lo bien que se encontraba allí? En la calle todo eran peligros. Además, el vestíbulo del hotel estaba siempre lleno de gente. Viajeros que iban y venían, vecinos de Valencia que venían a visitar a los huéspedes, a recogerlos para llevarlos a otros lugares.

Cuando se encontraba en su cuarto, doña Elvira contemplaba desde el balcón las copas amarillas de los olmos y las acacias, que ya se mostraban listos para el cambio invernal, ¡qué hermosos dorados, que cálido el aire que

agitaba las hojas secas, todavía colgando de las ramas, sin decidirse a caer! Y agradecía, porque le daba una sensación de continuidad, de estabilidad, el color verde oscuro de las hojas que permanecían pegadas a las ramas de los árboles perennes. ¿Qué árboles eran esos? Repasaba los nombres de los árboles, pinos, cipreses, magnolios... Siempre había admirado a las personas que conocen el nombre de los árboles, pero ella no tenía memoria para eso. Con una media sonrisa, como si eso pudiera ser un buen presagio, se dijo que en el jardín de la plaza eran más las hojas que resistían el invierno que las que se caían en el otoño.

Después de la boda de Alejo e Inmaculada, iría con frecuencia a Valencia, se prometió a sí misma. Se alojaría siempre en aquella habitación del Hotel Alhambra. Volvería a ser la dama un poco errante –y muy estable, a la vez– que siempre había querido ser. Tanto Justo como Alejo tenían la vida resuelta. Si los negocios no iban todo lo bien que debían ir, se desharía de ellos. Algo tenían que valer.

Alejo no pudo ir a pasar la Navidad con su madre. Ni con su novia, por descontado. Le tocó estar de guardia. Inmaculada, por su parte, había sucumbido a una fuerte epidemia de gripe que se había extendido por la ciudad. La familia Castán y la familia Claramunt no participaron en ninguna fiesta navideña común. Cada familia celebró a su modo las fiestas.

Fueron, por tanto, los mismos novios quienes fallaron. Primero, Alejo, por razones ineludibles de trabajo. Acto seguido, Inmaculada, por razones de enfermedad. Como ambos motivos parecían estar muy bien fundados, no había razón para que las familias –y en particular las señoras– se preocuparan. El noviazgo, presumiblemente, seguía su curso.

En el mes de enero, después de la fiesta de Epifanía, su curso ya se había torcido. Genoveva Vilas había irrumpido con un raro y súbito poder en la vida de Alejo. Fue algo parecido a un hechizo.

La madre de Genoveva tuvo que ser operada de apendicitis poco después del mediodía del 24 de diciembre, y a Alejo le había tocado asistir a la paciente como ayudante del doctor. Pasó la tarde en compañía de dos de las cuatro hijas de la paciente. Las otras dos se habían casado y vivían lejos. De las hijas que quedaban solteras, una, la pequeña, estaba a punto de casarse. La que aún estaba libre de compromiso era Genoveva, cuya edad debía de ser semejante a la del propio Alejo.

Los pensamientos de Alejo se detuvieron. Asistió a la paciente y asistió, sobre todo, a sus hijas. Se olvidó de que era Nochebuena, de que estaba lejos de casa, de que tenía novia. La realidad retrocedió, empalideció.

Ni siquiera había transcurrido un mes cuando Alejo se dijo que, si ella daba su consentimiento, se casaría con Genoveva. Era lo único que importaba en el mundo. Genoveva ignoraba que Alejo ya tenía una novia y aceptó su proposición.

Alejo parecía predestinado a defraudar a su madre.

## 23. EL MENSAJERO

Al final de la tarde, más luminosa y más llena de aromas conforme pasaban los meses, Alejo se dejaba caer por la casa de Genoveva. Allí era uno más de las muchas personas que iban y venían. La hermana pequeña, Otilia, se casaba a finales de abril. Familiares, amigos, conocidos, modistas y Dios sabe qué más personas, desfilaban continuamente por el piso. Faltaban algunas piezas para completar el ajuar, se estaban dando los últimos retoques al traje de novia. Todo se estaba ultimando y no se acababa de ultimar mientras la fecha de la boda se aproximaba a grandes zancadas.

Alejo se sentaba en el salón, junto al padre de familia, Benigno Vilas, que contemplaba el panorama con benignidad, la virtud que proclamaba su nombre. Él no se ocupaba de nada. Solo tenía que dar una vaga aprobación a los comentarios que muy esporádicamente le hacían. No entendía de bodas ni de ceremonias. Su mujer, Jacinta, y todas sus hijas se las arreglaban muy bien sin su ayuda, incluso sin su opinión.

–Esta es una casa de mujeres –le dijo a Alejo.

Como el joven que iba a casarse con Otilia no vivía en Valencia, era Alejo quien, en medio de todo aquel torbellino, parecía el futuro marido. Estaba asistiendo a un espectáculo desde su mismo epicentro: el bullicio de una casa de mujeres entregadas a los preparativos de una boda. Parecía algo del pasado, una escena de esas novelas decimonónicas que tanto le gustaban a su hermano Justo y que él también había leído.

Mientras asistía al ir y venir de visitas y recaderos en casa de Genoveva, Alejo fue consciente de lo que se había perdido su madre al no haber tenido hijas. Por primera vez, pensó en el dolor y la frustración que debía de haber sufrido y se explicó un poco, aun sin perdonarla, que le hubiera vestido de niña durante los primeros años de su vida. ¡Cuánto más amable y alegre era la vida en una casa de mujeres! La vida de su madre había cambiado mucho en los últimos años. No era ya la madre todopoderosa que Alejo recordaba de su infancia. Había envejecido súbitamente, su alta figura se había encorvado,

llevaba lentes, se recogía el pelo, totalmente encanecido, en un moño bajo la nuca.

Alejo seguía con la mirada los pasos de Genoveva por el cuarto. Los giros aún no habían finalizado. Solo Dios sabía la cara que pondría su madre cuando supiera que su compromiso con Inmaculada Castán tenía que romperse porque él había conocido a Genoveva y estaba decidido a casarse con ella.

Genoveva, cuando le miraba desde el fondo del cuarto, le sonreía vagamente, pero las más de las veces no le miraba. Estaba entregada a la tarea de poner orden en los regalos que no paraban de llegar, en llevar cosas de un lado para otro, en salir y entrar de la sala.

¿Qué podía Alejo contar a su madre? ¿Que le había impresionado la dedicación con que había atendido a la paciente, la forma en que, concluida la operación de apendicitis, Genoveva había estado pendiente de ella? ¿Era «impresionado» la palabra justa? Se había enamorado. Lo había comprendido de golpe. Hasta ese momento, lo ignoraba todo sobre las emociones. Las emociones del amor. Sí había conocido las de la rabia y el odio, sin las cuales no existirían las guerras. En el hospital, Genoveva apenas se había movido de la cabecera de la cama de su madre. En Nochevieja, habían trasladado a la paciente a su casa y Alejo había entrado en la casa con ella. Le habían invitado a cenar. Había sido una demostración de gratitud, ¡qué bien se había portado el joven médico con su madre! De las lejanas ciudades en donde vivían, habían venido, junto con sus maridos e hijos, las hijas casadas. Todos trataron a Alejo como si fuera un miembro más de la familia. Era triste, dijeron, que tuviera que pasar las navidades lejos de su casa, pero, al mismo tiempo, eso había sido una suerte para ellos, para la paciente, para su marido y para sus hijas.

Alejo fue recabando datos. El marido de la paciente era funcionario. La señora había heredado unas huertas. Entre una cosa y otra, la familia vivía bien, sin lujos, sin que le sobrara un solo céntimo. Cuando las cuatro hermanas, con sus largas melenas onduladas y sus dulces sonrisas, salían juntas a la calle, concitaban todas las miradas. En los sofocantes días del verano, iban a la playa. Se exhibían alegremente, sin demasiada conciencia, embutidas en sus trajes de baño de tela de buen algodón hechos a medida, sobre los que ponían faldas muy cortas que se abotonaban en la cintura. Se desprendían de ellas cuando se bañaban. La madre, sentada en una butaca de



mimbre, bajo un toldo a rayas, las contemplaba con orgullo. Cuatro niñas, cuatro chicas, cuatro mujeres. No eran ninguna carga. Nunca les habían faltado pretendientes. Le enseñaron a Alejo el álbum de fotos del último verano. Genoveva se sentaba a su lado y le indicaba quién era una y quién era otra. La más dulce era Genoveva. Él la reconocía enseguida, aunque en la fotografía saliera de espaldas.

Cuando llegara el momento, Alejo se lo comunicaría a su madre. Se lo diría de golpe y con convicción. Le anunciaría el compromiso roto y el compromiso nuevo. Tenía todo el derecho. Él no había escogido a Inmaculada Castán. Su madre no habría debido inmiscuirse de aquel modo en su vida. No podía comunicárselo por teléfono, entrecortadamente, a gritos. Tampoco podía decírselo por carta. Lo había intentado un par de veces. Había empuñado la pluma y mirado fijamente la hoja de papel. Pero las frases no le salían. Hay cosas que, escritas, cobran un carácter demasiado dramático.

A Inmaculada aún le enviaba breves notas. Le decía que se sentía abrumado por el ingente trabajo que debía realizar, que no daba abasto, que no tenía ni un solo minuto para pensar. Le hizo esta confesión: «Tengo la mente en blanco.» No escribía frases de amor. Solo las dos primeras cartas habían finalizado con la declaración: «Tu enamorado.»

Sin embargo, en el fondo, ni su madre ni Inmaculada le causaban a Alejo gran perturbación. Ocupaban muy poco espacio en su mente. Curiosamente, a ninguna de las dos se les ocurrió nunca poner en duda las palabras de Alejo, que una y otra vez alegaba razones de intenso trabajo para no ir a visitarlas. Cualquiera otra persona se habría dicho que, aunque el viaje podía ser incómodo, Valencia no estaba tan lejos. Pero a Inmaculada todo cuanto decía su novio le parecía bien. Y el noviazgo a distancia le permitía escribir cartas en las que daba rienda suelta a sus veleidades líricas. En lo que se refería a doña Elvira, el que Alejo no se concediera vacaciones para ir a visitar a su novia y a su madre no le causaba el menor asombro. El deber de los hombres era aplicarse en el trabajo, tal como había hecho su difunto marido. Alejo estaba bien donde estaba. La casa, además, tenía una rutina en la que Alejo no había encajado nunca.

Pero el tiempo corría, y Alejo no tenía más remedio que detenerlo. Había que cambiar el sentido en el que iban las cosas. A inicios del verano, comunicó a su madre que se iba a tomar unos días de vacaciones.

Doña Elvira se encontraba en el mirador, con la mirada perdida en la casa

de enfrente, cuando Alejo irrumpió en el salón. Enseguida comprendió que algo grave había sucedido. Su mano, de forma instintiva, se cerró alrededor de la empuñadura de plata de su bastón, apoyado en el brazo de la butaca. Madre e hijo se miraron un segundo, en silencio, presintiendo los dos nuevas dosis de incomprensiones mutuas.

–Tengo que decirte algo –empezó Alejo–. En Valencia he conocido a una chica y me voy a casar con ella.

Doña Elvira tragó saliva.

–Estás comprometido con Inmaculada Castán. Ya se ha fijado la fecha de la boda.

Alejo replicó:

–No, no me voy a casar con Inmaculada.

El tono de su voz resultó tan rotundo que doña Elvira no supo qué decir. De pronto, se dijo que ella no tenía nada que ver con el asunto y que se quedaría sentada en el mirador hasta tener nuevas noticias.

–Tendrás que decírselo tú mismo –dijo–. Hasta que, de una manera o de otra, no resuelvas la situación, no vengas a verme.

Alejo asintió y se acercó a su madre para depositar un beso en su frente. Doña Elvira no se movió.

Cuando Alejo salió del piso principal, no tenía ni idea de cómo resolver el problema. Tenía que cancelar su compromiso con Inmaculada Castán. Las familias Claramunt y Castán llevaban meses preparando la boda. Alejo podía imaginar el drama que con toda probabilidad acarrearía la ruptura de un compromiso nupcial.

Un aire denso, pesado caía sobre la tarde. Se sentó en un banco a la sombra, en la plaza de la Diputación. Sí, el asunto se resolvería. No pertenecía al universo de lo irremediable. Lo que se fue haciendo cada vez más claro dentro de su cabeza era que no podía darle personalmente la noticia a Inmaculada. Las palabras no saldrían de su boca. Si veía a Inmaculada, acabaría casándose con ella. Sus esperanzas de felicidad naufragarían para siempre.

El calor estaba remitiendo y, tras recuperar un poco las fuerzas, Alejo se dirigió hacia La Espiga, el bar donde a la caída de la tarde solía reunirse con sus amigos, muchos de ellos excombatientes, algunos, como él, alféreces provisionales. Se desahogó con ellos. Conocían a Inmaculada, una joven tímida que no sobresalía en nada. La conocían de lejos, nada más. Conocían a

los Castán. Uno de los componentes del grupo de amigos era primo de Inmaculada. Lo resolvieron entre todos: él hablaría con Inmaculada. Todos habían bebido vino y otros alcoholes –probablemente adulterados– en abundancia y habían hecho suyo el problema de Alejo. Había que echarle una mano. ¿Para qué servían, si no, los amigos?

Según el primo de Inmaculada le contó después a Alejo, la encomienda se efectuó al día siguiente, en la misma casa de los Castán, a la hora del aperitivo. Alejo no quiso conocer los detalles. Apenas escuchó la crónica que le hizo su amigo. Al final, preguntó:

–¿Seguro que ha quedado claro?

Quería arrojar lejos ese peso que lo ahogaba. Apretó la mano de su amigo.

–Nunca te lo agradeceré bastante –dijo.

No había sido tan difícil. Lo único que el primo de Inmaculada había tenido que hacer era dejar el peso que abrumaba a su amigo en manos de la jovencita tímida y, en su opinión, algo presuntuosa que era la prometida. Y sí, había quedado perfectamente claro. Inmaculada lo había formulado más de una vez.

–Así que se ha roto el compromiso, ¿no es eso?

Su cara había enrojecido vivamente y sus ojos se habían llenado de lágrimas, pero finalmente, con cierta serenidad en la voz, había dicho:

–Se lo voy a decir a mis padres inmediatamente.

En aquel momento, el mensajero había sentido cierta admiración por la entereza que mostraba su prima. Alejo lo percibió, y supo que siempre cargaría con aquella culpa.

## 24. BAÑOS DE MAR

La ruptura de Alejo con Inmaculada Castán no podía considerarse una tragedia, aunque supuso un terrible contratiempo para doña Elvira. Dejar a una novia cuando se está casi al pie del altar era algo que no debía pasar, un hecho que las convenciones sociales condenaban. Pero mucho peor, se decía la viuda, suspirando y rememorando con horror aquel episodio, había sido el asunto de la muerte de Eladia.

«¡Ay, Dorotea!», había escrito en aquel momento a su amiga, «este trago ha sido espantoso para mí. Estoy deshecha, ahora todos quedan a mi cargo y me siento cada vez más débil.»

Doña Elvira se quejaba de esa carga en todas sus cartas a Dorotea. Desaparecidos Maximiliano y Eladia, los huérfanos dependían de ella. Era un compromiso que no iba a eludir, pero le pesaba, la debilitaba. La queja encubría el verdadero dolor. Perelada, el intermediario entre ellas, la amiga viva y la amiga muerta, no debía conocer nunca la causa de la muerte de Eladia. No poder confiar a Dorotea aquel secreto llevaba a la viuda a darles muchas vueltas a las cosas, a describir de forma muy vaga su pesadumbre. La muerte de Eladia quedaba finalmente envuelta en el misterio porque sus consecuencias dramáticas eran subrayadas continuamente. En las frases que doña Elvira le dedicaba, en su insistencia en el dolor y el desconcierto que había acarreado, se reflejaba la idea de que aquella muerte había sido peor que la muerte, la muerte que pone final a la vida por disposición divina.

La ruptura del compromiso matrimonial de Alejo con Inmaculada Castán no tenía un carácter tan trágico, pero había causado cierto escándalo en la ciudad, y eso representaba una nueva carga para doña Elvira. Había sido un hecho público. El ocultamiento fue imposible. Esa clase de cosas no debían ocurrir entre la gente de buen tono. Había que definir las enseguida como espantosas excepciones. Eran malos ejemplos para las parejas de novios. Tanto el que rompía el compromiso como el abandonado quedaban estigmatizados para siempre. Desde aquel momento, Alejo Claramunt entraba a formar parte de la

categoría de joven irresponsable. Inmaculada Castán estaba muy próxima a parecer una virgen mancillada cuyo honor es casi imposible de reparar.

Doña Elvira aplazó el momento de conocer a la nueva novia de Alejo y formalizar el compromiso. Era pleno verano, el peor momento para viajar a Valencia. El encuentro de las familias, si el noviazgo seguía su curso, se celebraría en octubre. Decidió pasar el mes de agosto en San Sebastián, en compañía de Valentina, cuya salud le había empezado a preocupar. La muerte de su madre y los noviazgos de Alejo le habían provocado una enfermedad que el doctor Serafin había calificado de «nerviosa». Apenas comía, dormía a deshoras, estaba sumamente delgada y pálida.

Valentina se sentía incapaz de expresar su dolor. A su alrededor, no había nadie en quien confiar de verdad, a quien contarle una mínima parte de sus penas. Envidiaba la amistad que unía a Anunciada y Felisa Martín, incluso envidiaba la forma en que su tía trataba a Perelada, como si no tuviera secretos para él. Pero ella no tenía a nadie con quien desahogarse, a quien decir que tras la muerte de su madre su vida había dado un vuelco. Más que un vuelco: había sido un derrumbe. Su casa le había sido arrebatada. Jamás habría imaginado que el piso tercero izquierda del edificio Claramunt no pertenecía a sus padres. Sin ellos, Valentina y sus hermanos se convertían en indigentes. Tenían que vivir de la caridad de la tía Elvira. Había sido siempre así. Ahora lo sabía y se sentía avergonzada.

Su propia vida había terminado. El lugar en el que había sido situada le resultaba indigno. En esas condiciones, no tenía ninguna esperanza de casarse. Su primo Alejo, cuando, antes de morir Eladia, subía a su casa por las tardes, le había hecho pensar que había entre ellos algo especial, quizá se tratara de amor, quizá podían saltarse todas las reglas y casarse. Pero el noviazgo de Alejo con Inmaculada Castán, que ella había tenido ocasión de seguir paso a paso, le había apartado súbitamente de su lado. La tía Elvira había sido cruel con ella. Sin decirle nada, sin hacer un solo comentario, le había mostrado muy a las claras que la unión conyugal entre los primos pertenecía al terreno de lo imposible. Sin embargo, el mismo Alejo había demostrado, poco después, que nada estaba escrito y que ni doña Elvira ni nadie tenían un poder absoluto sobre la vida de los otros. La ruptura del compromiso y la nueva novia de Alejo parecían una especie de venganza del destino.

Aunque Valentina no podía dejar de compadecer a Inmaculada Castán, por quien nunca había sentido animadversión, la ruptura le había elevado

momentáneamente el ánimo. Existía un margen para las decisiones personales. Pero, finalmente, eso resultaba un motivo más para sentirse desdichada. Alejo se había visto profundamente afectado por alguien que no era ella. Si había sido capaz de contrariar de tal manera la voluntad de su madre significaba que ella había fracasado. No había podido hacer que él la amara. El fracaso se encontraba ahí, en lo más profundo del corazón de su primo.

¿Cómo podía calificarse la historia que habían vivido? El beso detrás de los olmos en Villa Paulita, en una de las treguas de la guerra, le había hecho pensar que la atracción que sentían el uno por el otro acabaría siendo admitida y sancionada por todos. Durante los veranos, en los fugaces permisos de Alejo, se había hecho especialmente intensa, no había decaído al término de la guerra, y en los últimos tiempos, antes de morir su madre, se había intensificado. «Hoy voy a quedarme a dormir, quizá pase toda la noche en vela», le decía a veces Alejo en un momento de la tarde, cuando salía del cuarto en el que se pasaba las horas estudiando, cerca de ella, en su misma casa, ¿acaso eso no había significado nada? Por la mañana, si Alejo había pasado la noche en el piso de los Martín, desayunaban juntos. Era un poco como si estuvieran casados. Alejo aún llevaba puesto el pijama y ella el camisón. Esas eran las cosas que había que olvidar. Miradas, roces, caricias que no se sabía si eran casuales o voluntarias, un beso que se desliza hasta la comisura de los labios, el olor del otro, el calor que emana del cuerpo del otro.

El dolor que le había causado la muerte de su madre quedó envuelto en otra clase de dolor: el del amor que huye. Todo había sido casi a la vez.

«A las dos nos sentarán bien los baños de mar», dijo la tía Elvira mientras llevaban a cabo los preparativos del viaje. En tono más bajo, apenas perceptible, susurró: «Hija mía.»

## 25. ENTRE EXTRANJEROS

A la viuda de Claramunt, San Sebastián siempre le había parecido el extranjero. El que la ciudad hubiera sido el lugar de veraneo de la familia real le daba, en su opinión, un aire distinto, porque la familia real estaba emparentada con las familias reales de otros países, que aprovechaban los veranos para moverse por el mundo, y ese conjunto de costumbres y normas que cada familia tenía, y que durante el verano, se relajaban, hacía que todo a su alrededor cobrara un carácter cosmopolita.

Las señoras se alojaron en el Hotel de Inglaterra, frente a la playa de la Concha. El hotel estaba al completo. Alguien dijo que los huéspedes eran o veraneantes o espías. Hombres y mujeres de diferentes edades, vestidos de verano y a la moda, salían y entraban del hotel. Doña Elvira y Valentina se entretenían observándoles y especulando sobre sus vidas.

Ellas eran veraneantes, y también vestían ropa clara y vaporosa. Doña Elvira hablaba varias lenguas. Valentina se defendía en francés y en inglés. La idea de que ellas fueran tomadas por espías les divertía. En cuanto a los verdaderos espías, ¡qué elegantes eran! Sin duda, más elegantes que los meros veraneantes.

¿Qué era lo que tramaban en ese hotel desde el que se contemplaba la hermosa bahía de San Sebastián? El barco del jefe del Estado español – asumiendo, quizá, la tradición monárquica de pasar en San Sebastián la temporada estival- estaba anclado en medio de la bahía. Al otro lado de la frontera con Francia, todo el mundo estaba en guerra. ¿Qué buscaban allí los espías? Quizá, más distracción que enredos. Más olvidos que compromisos.

Por las mañanas, las damas se instalaban en la caseta de la playa, doña Elvira vestida con ropa holgada y Valentina en bañador, para cumplir con la prescripción de los baños de mar.

Mientras transcurrían los días del verano, los pensamientos oscuros que llenaban la mente de Valentina se fueron debilitando. Se lo había oído decir al doctor Serafín: los baños de mar producen milagros. Era cierto. Tumbarse

sobre la arena, sentir en la piel la suave caricia del sol, y, luego, tras dar un paseo por la playa, hundir los pies desnudos en las primeras olas, orladas de espuma, que llegaban a la playa, e irse adentrando en aquel mar de agua fresca y agitada, dejaba atrás todas las lamentaciones y pesadumbres. Flotar entre las olas era sentirse a salvo, entregarse al agua, al sol, al aire.

En el hotel, Valentina hizo varias amistades. Unas chicas de Madrid, que veraneaban en compañía de su madre y que se irían a mediados de agosto, y que sin duda no eran espías, y una familia inglesa, que, por lo que fuere, mostraban todos, la madre, el padre y los dos hijos, chico y chica, una gran simpatía hacia ella, como si hubieran decidido ser sus protectores. Quizá el padre, o incluso los dos, el padre y la madre, sí fueran espías. Eran sumamente atentos con las damas. Le pedían permiso a doña Elvira para llevarse a Valentina con ellos a sus excursiones. Doña Elvira concedía el permiso gustosamente. Si los ingleses eran o no espías, poco importaba. Y si lo eran, como a la vez eran ingleses –una clase de seres humanos que doña Elvira creía que contaban con protección cósmica, con una especie de inmunidad–, se las arreglarían para no ponerse en peligro. Lo suyo era disimular, jugar a ser los más perfectos veraneantes. Valentina estaba segura en su compañía. Era parte del plan de camuflaje. Por lo demás, quizá no fueran espías. En realidad, unos y otros eran muy parecidos, y en algunos casos, quién podía saberlo, tal vez fueran las dos cosas.

La predilección que la familia inglesa sentía por Valentina estaba basada, según percibía doña Elvira, en la belleza –en absoluto nórdica– que, día a día, adquiría Valentina. Su piel había tomado un tono bronceado, dorado, su pelo, muy negro, brillaba, sus movimientos eran rápidos y ágiles, de una elegancia que a doña Elvira se le antojaba árabe, oriental. Los cuatro miembros de la familia inglesa, de piel muy blanca y cabellos descoloridos, dignos representantes de su raza, parecían fascinados con Valentina. En realidad, fueron ellos quienes hicieron que doña Elvira se percatara del cambio que estaba experimentando su sobrina. Fueron los ojos de los extranjeros los que mostraron a doña Elvira aquel renacimiento.

Valentina se estaba recuperando. Doña Elvira había sido consciente de su sufrimiento, tan semejante al suyo. Las causas eran las mismas, pero las heridas de Valentina eran más profundas que las suyas, aunque se podían curar. Las suyas no. Para las suyas ya no había remedio.



Mientras tomaba el té en la terraza del hotel, doña Elvira posó la mirada en su sobrina, que estaba sentada a la mesa de los ingleses. Delegaría en ella la responsabilidad de viajar a Valencia para conocer a la nueva novia de Alejo y hablar con sus padres sobre los detalles de la boda, decidió. Resultaba un alivio poder delegar en su sobrina las tareas que no se sentía capaz de realizar. No era la primera vez que Valentina se ocupaba de asuntos que le resultaban incómodos a viuda, pero allí, mientras la miraba en la terraza del hotel, en aquel ambiente que la transportaba a sus pasadas experiencias viajeras, se lo agradeció fervorosamente a quienquiera que hubiera que agradecersele.

Valentina se había convertido en una joven desenvuelta, sin que hubiera perdido los rasgos propios de una buena educación. ¡Qué ganas tenía ella de retirarse de la escena y de observar la vida entre bastidores! A la viuda le había gustado viajar porque los viajes le habían hecho experimentar la sensación de la libertad, de la ausencia de compromisos y de responsabilidades, pero no quería desempeñar ningún papel ni llevar a cabo ninguna misión. Se sentía en el derecho de ser egoísta. Y, quién sabe, a lo mejor a Valentina le conviniera andar sola por el mundo. Los días dedicados a los baños de mar, a paseos y excursiones, a conversar con gente que no se sabía si eran espías o veraneantes le debían de haber mostrado a Valentina que era perfectamente capaz de encajar en el mundo, amplio y complejo, que se extendía más allá del edificio Claramunt. Doña Elvira se decía que, a fin de cuentas, no había proporcionado a su sobrina una formación demasiado errónea.

## 26. PENSIÓN UNIVERSAL

Acomodada en su asiento, tras perder de vista el andén de la estación del que, algo antes de que el tren arrancara, había desaparecido Antonio Perelada, Valentina sintió una extraña mezcla de temor y alegría. No se podía decidir qué emoción predominaba sobre la otra. Que una mujer como ella viajara sola resultaba excepcional. ¿Parecería una maestra, una especie de institutriz? Seguramente, las mujeres jóvenes que viajaban solas eran, todas, o huérfanas o pobres. Una joven de familia respetable que tiene madre jamás viajaría sola. Valentina era huérfana. De madre y de padre. Aunque su orfandad no era exactamente la razón por la que viajaba sola, el hecho era decisivo. Todo lo que Valentina hacía estaba determinado por su orfandad. ¿Qué otra persona de la familia hubiera podido realizar aquel viaje? Justo y Anunciada, quizá, si no tuvieran una niña recién nacida a quien cuidar y si Anunciada no se encontrara, además, en los primeros momentos de otro embarazo. ¿Habría podido ir Justo? Ni doña Elvira ni Anunciada animaban a Justo a que se fuera a parte alguna, incapaces, probablemente, de olvidar los tres largos años que finalmente había durado el viaje de Justo a Barcelona en julio de 1936.

«Confío en ti», había dicho doña Elvira. «Esta clase de asuntos se nos da mejor a las mujeres. Tienes más cualidades de lo que crees. En estas cosas no me equivoco.»

¿En qué cosas se equivocaba su tía Elvira y en qué cosas no?, se preguntó Valentina, ¿acaso, en su fuero interno, admitía que podía estar equivocada respecto a Antonio Perelada y quizá también respecto a sus hijos? Sea como fuere, a ella le había encomendado una misión, y Valentina estaba dispuesta a cumplirla. Se trataba de algo que no había hecho jamás, viajar sola, alojarse, sola, en un hotel. El resto –conocer a la familia de la novia de su primo y enfrentarse a todos ellos, la novia y la familia, con la autoridad que le otorgaba ser la expresa representante de doña Elvira– era una consecuencia y de pronto no tenía tanta importancia para ella. Se comportaría de forma semejante a como lo hacía su tía. La imitaría, y sin esfuerzo alguno. Se conocía

cada gesto suyo de memoria, adivinaba las palabras que iba a pronunciar antes de que acudieran a su boca.

Según Perelada le había informado al hacerle entrega de una carpeta que contenía todos los papeles del viaje, en esa ocasión Valentina no se alojaría en el Hotel Alhambra, donde, hacía un año, se habían hospedado todas las señoras. Por entonces, todos creían que la boda que se iba a celebrar en unos meses era la de Alejo con Inmaculada Castán. En aquel viaje que ya parecía muy lejano, Valentina había acompañado a la señora de Castán y a su doncella a visitar pisos en el centro de Valencia, y había sobrellevado, como había podido, el peso de su amargura. En el curso de aquellos días, Valentina había palpado el cansancio de su tía, que no había querido salir del hotel y no mostraba demasiado interés por las pesquisas que hacía la madre de Inmaculada. La señora de Castán tomaba decisiones por su cuenta. Los gustos y predilecciones de su hija no se mencionaban. La madre parecía acostumbrada a que su criterio no fuera discutido nunca. El desinterés que doña Elvira había mostrado en Valencia había actuado como un bálsamo para las heridas de Valentina. La tía Elvira daba su visto bueno, con una languidez que Valentina nunca había conocido en ella, a todo cuanto decía y hacía la señora de Castán. Los Castán, en suma, era quienes llevaban la voz cantante en los preparativos de la boda e incluso en los planes de vida de la futura pareja. Dejar de amar a Alejo, se había dicho Valentina en Valencia, no iba a ser tan difícil.

Al cabo de un año, otra vez en otoño, Valentina se dirigía de nuevo hacia Valencia, esta vez sola, y ya desprovista de amargura. El azar irrumpe y desbarata los caminos trazados de antemano. Volvía a Valencia y volvía a ser la boda de Alejo el motivo del viaje, pero todo era completamente distinto. La familia Castán había desaparecido de escena. Ahora se trataba de otra familia, ¡se trataba de otra novia! Pero así era Alejo, su primo, con quien había compartido los juegos de la infancia y a quien, no hacía tanto tiempo, había amado. La idea de que pudiera ocurrir toda clase de imprevistos y sorpresas era lo que había dejado toda aquella turbulencia.

Los días que Valentina acababa de pasar en San Sebastián, dejándose invitar a almuerzos y excursiones por otros huéspedes del hotel, extranjeros y, con toda probabilidad, espías, le habían dado una nueva perspectiva del mundo. Ahora sabía que sus límites eran mucho más ambiguos de lo que había

creído hasta el momento, y que ella podía traspasarlos cuando quisiera. Nadie le prohibía, de verdad, nada.

Según se indicaba en los papeles que Perelada había entregado a Valentina, su destino en Valencia era la Pensión Universal, un lugar que parecía mucho más modesto que el Hotel Alhambra, aunque, según se deducía del pequeño plano que contenía la carpeta, no se encontraba muy lejos de él.

La luz del Mediterráneo, a la caída de la tarde, aún se derramaba por las calles, los edificios y los árboles, cuando el tren llegó a la estación de ferrocarril de Valencia, que a Valentina, que no recordaba haberse fijado en su esplendor en su anterior viaje, le pareció el pabellón de una de esas exposiciones universales que empezaron a celebrarse a inicios del siglo XX.

En el andén, la esperaba Alejo. Perelada se lo había anunciado, pero Valentina había preferido apartar esa imagen de su cabeza. Nunca más se fiaría de las promesas de Alejo, por insignificantes que fueran. Pero Alejo parecía muy contento de verla. Le tendió la mano, la ayudó a descender del vagón y cargó con su maleta.

–La Pensión Universal está muy cerca. A unos pasos –dijo.

Alejo miró a su prima con aprobación. Dijo:

–Ya sé que lo habéis pasado muy bien en San Sebastián. Está claro que te han sentado muy bien los baños de mar. Estás muy guapa, querida prima.

Alejo lanzó a Valentina una de aquellas miradas ardientes que, en los ya lejanos días de la guerra, habían traspasado el aire de Villa Paulita, pero ella no se sintió conmovida. Sonrió al aire del atardecer.

–La pensión es muy agradable, ya lo verás –siguió Alejo–. Esta noche tengo un compromiso y no puedo acompañarte, pero la dueña está avisada, te quedarás a cenar en la pensión. Yo vendré a recogerte mañana, poco antes del mediodía. Genoveva está deseando conocerte. Almorzaremos en su casa. Los Vilas son personas muy simpáticas y muy educadas, te gustarán.

Sola en su cuarto de la pensión, que se encontraba en un edificio antiguo y elegante, asomada a la ventana, Valentina contempló las fachadas de la casa de enfrente que, poco a poco, iban perdiendo su baño de sol. Aún no era de noche cuando la dueña de la pensión, a quien Alejo, sin duda, había pedido que le

diera un tratamiento especial, llamó a su puerta para comunicarle que la cena estaba a punto de ser servida en el comedor.

Había otros comensales. Entre ellos, un joven vendedor de enciclopedias que no dejó de mirarla durante el transcurso del ágape.

Cuando Valentina se fue a la cama, ligeramente mareada por el vaso de vino que se había tomado, no pensó en Alejo ni en su nueva novia ni en la familia que conocería al día siguiente. Tenía la imagen del joven vendedor de enciclopedias grabada en la mente. Ninguno de los extranjeros del Hotel de Inglaterra, en San Sebastián, fuesen o no fuesen espías, le había causado tan profunda impresión.

## 27. ENCICLOPEDIAS

La madre de Genoveva recibió a Valentina como si la conociera de toda la vida. Le pidió que le transmitieran a doña Elvira, su futura consuegra, sus saludos más respetuosos y el más sincero ofrecimiento de amistad. ¡Qué buen muchacho era Alejo!, ¡qué bien se había portado con ella cuando había sido operada de apendicitis, precisamente en Nochebuena! No, ella no había sido nada oportuna, pero, mira por dónde, esa fatalidad había tenido muy buenas consecuencias.

Valentina escuchaba sin entender bien lo que decía doña Jacinta. Alejo no les había contado cómo había conocido a Genoveva. Simplemente, les había dicho que iba a casarse con ella. Ahora resultaba que se conocían desde Nochebuena. La señora seguía hablando: la elección de Genoveva les había hecho muy felices. Y Genoveva, ya lo verían ellos –los Claramunt, se suponía– en cuanto la conocieran un poco, tenía muchas cualidades. Estaba mal que su propia madre lo dijera, pero todos los elogios posibles se quedaban cortos. No había una pareja más perfecta.

Enseguida le presentaron a Genoveva. Era una joven muy agradable y de sonrisa tímida que debía de tener más o menos la edad de Valentina. Las dos se miraron con curiosidad.

Durante el almuerzo, la madre de Genoveva llevó la voz cantante. El padre comía con apetito, bebía y asentía. Alejo también habló. Se le veía feliz allí, como si al fin hubiera encontrado el lugar en el que era aceptado plenamente. Valentina y Genoveva, sentadas a la mesa del comedor una frente a otra, apenas se cruzaron un par de frases. La boda de Genoveva, según manifestó más de una vez la señora Vilas, sería la cuarta que le tocaba preparar. Los Claramunt no tenían que preocuparse por nada.

Aunque Valentina no había viajado a Valencia con el objetivo de transmitir ninguna clase de preocupación, el mensaje de tranquilidad que estaba recibiendo le produjo cierto alivio. La actitud de la familia Vilas era

radicalmente opuesta a la idea de conflicto. La tía Elvira podía respirar tranquila.

Tras una breve sobremesa, Valentina inició la despedida, con la excusa del cansancio que, según tácito acuerdo general, producen los viajes y de un dolor de cabeza que en buena parte era imaginado. Sentía una urgente necesidad de volver a la Pensión Universal.

Alejo se ofreció a acompañar a su prima, pero Valentina declinó el ofrecimiento.

–Me gusta pasear sola –dijo–. Es algo nuevo para mí.

En la calle no hacía ni frío ni calor. Ningún presentimiento del otoño en el aire. Más bien parecía que el verano había entrado en una fase más ligera y que se estancaría en ella por mucho tiempo. Oía a flores.

Durante la cena en la Pensión Universal, las imágenes de los miembros de la familia Vilas desaparecieron de la cabeza de Valentina. Sirvieron el vino clarete de la noche anterior. Valentina sentía cómo se le iba subiendo a la cabeza. El balcón del comedor estaba abierto. Al olor de las flores se sumaba ahora un olor que no podía identificar, quizá viniera del mar, de la estación de ferrocarril, que estaba muy cerca. Eran olores que sugerían mundos desconocidos, llenos de misterios.

El brazo derecho de Valentina chocaba una y otra vez con el del joven vendedor de enciclopedias, que se había sentado a su lado. Se preguntó qué años tendría. Por un lado, parecía muy joven, casi un niño, pero, a la vez, le rodeaba un halo de hombre de mundo, de hombre experimentado. Valentina apoyó la mano sobre la mesa y dejó que el resto del brazo cayera con languidez a su costado. Enseguida sintió en el suyo el calor que emanaba del cuerpo del chico.

Se llamaba Ángel. Fue el artífice de que Valentina, horas después, perdiera la virginidad. Al final de la cena, en un susurro, Ángel le pidió que no cerrara el pestillo de la puerta de su cuarto. A medianoche, apareció en el dormitorio.

Era muy joven, pero ya había acumulado suficiente experiencia en los asuntos amorosos. Era vendedor de enciclopedias, escritor y un infatigable seductor de señoras. Llevaba haciendo las tres cosas desde los quince años, pero el último capítulo era su verdadera especialidad. Lo que con más gusto y pericia hacía. Ángel le ofreció a Valentina una magnífica y detallada

manifestación de las artes amatorias. ¿Era eso el amor?, ¿era eso lo que tenían, todas las noches que querían, las mujeres casadas?

Se lo preguntó a Ángel.

–De ninguna manera –dijo el chico–. Si fuera así, yo no tendría ningún éxito. Hay mujeres casadas que, dentro del matrimonio, nunca conocen el placer. Pero tú no tienes nada que ver con ellas, con ninguna –añadió, suavizando el tono–. Algo me decía que eras virgen. Al verte, sentí algo muy profundo aquí dentro. –Se señaló el pecho desnudo.

Ángel posó sus manos en los hombros de Valentina.

–Esplendor –dijo–. Eso es lo que tienes.

Era verdad. Por la mañana, Valentina se miró en el espejo. Su cara estaba llena de luz.

El vendedor de enciclopedias se marchó de la pensión de madrugada. Le esperaba un largo recorrido por el sur.

La resplandeciente Valentina deambuló por la ciudad. Aspiró el aire cálido, casi veraniego. Andaba con seguridad. Incluso se atrevió a entrar en un café, a pesar de ser la única mujer que había allí, y sentarse en un rincón. Era una dama viajera y solitaria. Una dama feliz. Acababa de vivir una aventura. Perder la virginidad no significaba nada. Lo importante era que había conocido el amor. No todas las mujeres lo conocen. Quizá tampoco todos los hombres.

¡Qué de cosas habían pasado aquella noche! ¡Qué pequeña le parecía a Valentina la vida que había conocido hasta el momento! Nunca hubiera imaginado que Valencia pudiera ser una ciudad tan distinta de la suya. Ángel lo había declarado con solemnidad: Valencia había sido, durante la guerra, capital de la República. La victoria de los nacionales había acabado de forma radical con aquel sueño. Ángel, durante la guerra, había perdido a sus padres, a sus hermanos, a muchos de sus amigos. Él había conseguido salir de Valencia, justo antes de que las tropas nacionales entraran en la ciudad, en el carromato de un traperero. Ahora solo quedaba resistir, pero la revolución –exclamaba, con los ojos brillantes como ascuas–, que nadie lo dudara, resurgiría de sus cenizas.

Valentina nunca había escuchado cosas así. Nunca había conocido a un «rojo», como se llamaba a quienes luchaban del lado republicano. Siempre había oído decir que la República había significado dar carta blanca a la barbarie y que lo único que querían los rojos, que eran personas crueles y



desalmadas, era acabar con la Iglesia y con la gente decente. En la cocina de la tía Elvira había atisbado otra realidad, pero venía envuelta en palabras muy confusas y en frases que se dejaban a medias, y no podía imaginar con qué se correspondían. Los rumores que Valentina había escuchado por los pasillos de la zona de servicio del piso principal la habían estremecido no por los hechos que pudieran vislumbrarse, que eran por completo enigmáticos, sino por el tono de temor que los impregnaba.

Ángel pertenecía a ese mundo de sombras. Ni siquiera le había dicho cuál era su apellido. Tampoco Valentina había mencionado el suyo. Los apellidos no importaban. Aquel había sido un amor de una sola noche. No volvería a ver a Ángel, pero en aquel momento Valentina estaba muy lejos de presentir el dolor de la pérdida.

## 28. EL BANQUETE

El tiempo, que muchas veces parecía estancado, de pronto echaba a correr, empujado por no se sabía qué impulso, como si huyera de algo, como si la amenaza de una catástrofe se cerniera sobre él. Doña Elvira, que pasaba los días en el mirador, escuchando óperas y, sobre todo, pensando –pensando en multitud de cosas o quizá en nada, simplemente perdida, abandonada a sí misma–, le confió al doctor Serafín que no se sentía con ánimos de viajar a Valencia para asistir a la boda de su hijo Alejo. Tanto como había deseado que Alejo contrajera matrimonio y ahora que la fecha de la boda se acercaba a grandes pasos se sentía casi indiferente. Valentina le había hablado muy bien de Genoveva, pero ¿qué sabía Valentina de la vida?, ¿con qué criterio juzgaba a las personas?

En la ciudad, se había comentado, en tono de escándalo y de reprobación, la ruptura del compromiso matrimonial de Alejo, pero a doña Elvira eso ya no le importaba demasiado. Lo que le dolía era la verdad que se ocultaba bajo el hecho: había fracasado como madre. Era un dolor difuso, una molestia sorda. Noche tras noche, confiaba sus penas a Dorotea, bajo la mirada inexpresiva o perdida de Perelada, que conscientemente evitaba mirar de frente a la señora.

El doctor Serafín habló con Justo Claramunt y le expresó su preocupación por el estado de indiferencia en que se había instalado su paciente. En su opinión, en aquel momento crítico, un cambio de aires podía convenir a doña Elvira. Si Justo y Anunciada, como era previsible, también iban a Valencia para asistir a la boda, podían llevarse a la viuda con ellos. Quién sabe, puede que se produjera una mejora. Algunas veces los viajes y cualquier otra clase de acontecimientos tenían esos efectos. Sacudían el espíritu del enfermo y le renovaban el ánimo.

Ese fue el último de los viajes por el mundo que hizo doña Elvira. Justo, Anunciada y Valentina fueron con ella. En Valencia había estallado la primavera. Desde el cielo, un sol algo velado derramaba luz y calor sobre el mundo terrestre.

Durante el banquete de bodas, la madre de Genoveva, convertida ya en suegra de Alejo, no dejó de hablar con doña Elvira. Había pedido que las sentaran juntas. Era muy comunicativa y tenía necesidad de explayarse. Se sentía colmada, le confesó a su consuegra. Tras los esponsales de Alejo y Genoveva, ya tenía a las cuatro hijas casadas. Las quería con locura, pero no se trataba, aclaró, de un amor ciego. Sabía que no eran perfectas, no porque tuvieran defectos ocultos, defectos que solo ella, su madre, conociera, sino porque no existen las personas perfectas. Esa era la gracia –y desgracia– de la vida, lo que distinguía al Ser Supremo de sus criaturas. Dios era perfecto. Los humanos no.

A doña Elvira le sorprendió saber que doña Jacinta, que no tenía ningún aspecto de beata, acudía a misa todos los días y que en su casa se rezaba el rosario todas las tardes. Era una mujer exuberante, que llevaba vestidos en los que predominaban las flores y los colores vivos, envuelta en los cuales se movía con desenvoltura, algo de orgullo y casi placer. Pero de lo que verdaderamente presumía la señora era de la belleza de sus hijas, de la que se responsabilizaba en una pequeña parte –lo admitía–, pero que sobre todo se debía –a la vista estaba– a la aportación de su marido, Benigno Vilas, empleado de banca y uno de los hombres más apuestos de Valencia. Al ser una mujer profundamente religiosa, doña Jacinta era consciente de la frivolidad que suponía darle tanta importancia a la belleza. Por eso rezaba. Para ser perdonada por Dios. Para pedir a la Virgen y a los santos que intercedieran por ella y que disculparan su vanidad, ya que, a fin de cuentas, no se refería a ella, sino a sus hijas.

En el comedor del restaurante en el que se celebraba la boda, un balneario que mantenía casi intacto el ambiente de los años veinte, y que estaba emplazado en medio de la playa, doña Elvira miraba el mar sin poder retener en su cabeza las palabras de su locuaz interlocutora. Tenía la impresión de encontrarse a bordo de un barco. Mar por todas partes. Se sentía abrumada, sobrepasada. La luz del sol, aún tamizada por una delgada cortina de neblina, le cegaba los ojos. El mar brillaba, azul y blanco.

Trataba de esbozar una sonrisa, pero le salía forzada. Trataba de corresponder a las confidencias que le hacía doña Jacinta con algunas palabras sobre su propia vida o sobre los Claramunt, o que hicieran referencia a la misma boda. Debía decir que todo estaba muy bien, magnífico, que le habían gustado mucho las flores que adornaban el interior de la iglesia, que el

restaurante del balneario era el sitio perfecto para el banquete de bodas, que el tiempo no podía ser mejor, que la comida era excelente. Pero las palabras de elogio se le quedaban atascadas en la boca. Era mejor, por tanto, que su nueva consuegra no dejara de hablar, aunque la mareara un poco. Ella podía limitarse a asentir.

Doña Jacinta pasaba de un asunto a otro con vertiginosa rapidez. De pronto, se embarcó en un discurso de tipo religioso. Después de declarar, sin pena alguna, que sus hijas, aunque guapísimas, no eran perfectas, se remitió a la infinita compasión que necesariamente sentía el Creador por sus criaturas, ¿cómo no iba a ser compasivo si conocía a la perfección la enorme distancia que se abría, como un abismo, entre ellas y Él? El Todopoderoso sabía mejor que nadie que la vida humana puede resultar, en ocasiones, terriblemente difícil. Ella, Jacinta, madre de cuatro hijas, desde aquel día ya todas casadas, no había sido tocada por la desgracia, y eso era un privilegio, un regalo por el cual estaba en deuda con Dios. Había cientos, miles de razones para rezar y para compadecerse de las personas a quienes les había tocado sufrir y conocer desdichas y penas.

A doña Elvira nunca se le había ocurrido ver las cosas de ese modo. Aunque el torrente de palabras que salía de la boca de su consuegra fuera imparable, no le parecía mal, en el fondo, lo que decía. Podía mover la cabeza hacia arriba y hacia abajo sin sentirse en una posición demasiado falsa. Probablemente animada por la batería de asentimientos que realizaba doña Elvira, doña Jacinta declaró en tono casi solemne que, de sus cuatro hijas, solo confiaba de verdad en Genoveva.

Confiar de verdad, ¿qué querría significar eso?, se preguntó la viuda.

Doña Jacinta lo aclaró enseguida. Solo Genoveva compartía enteramente con ella una actitud de profunda simpatía hacia sus semejantes, sobre todo, hacia quienes, de forma casi siempre caprichosa, habían sido menos favorecidos por el destino. La naturaleza de Genoveva era muy similar a la suya.

Tras esta declaración, la señora de Vilas se quedó unos segundos callada. Quizá unos minutos. A la viuda le dio la impresión de que la propia doña Jacinta se sentía sorprendida por lo que acababa de decir.

De vuelta en el hotel, se tendió en la cama. Resultaba consolador que la familia Vilas tuviera tan buena opinión de Alejo. No acababa de reconocer a su hijo menor en las descripciones que su consuegra había hecho de él, pero el

tono piadoso y compasivo en el que habían sido expresadas había hecho su efecto. Rememoró, complacida, el vestido de novia de Genoveva, de satén color crema y cerrado con una larga y fina abotonadura sobre el busto, y no pudo evitar decirse que la belleza de Genoveva no permitía la más ligera comparación con Inmaculada Castán, ¡qué suerte había tenido Alejo!

El Hotel Alhambra apenas había cambiado desde la primera vez que se había alojado en él, pero a doña Elvira le había defraudado un poco. Su imaginación le había añadido suntuosidad. A pesar de esa ligera decepción, se confesó a sí misma que la ceremonia y la celebración de la boda le habían parecido bien. Sus anfitriones tenían diferentes criterios estéticos, pero ella no era el tipo de persona que diera excesiva importancia a esas cosas. No era una «snob», no creía que la elegancia residiera fundamentalmente en la contención. La exuberancia no le molestaba. En el fondo, la aprobaba. Siempre es mejor pasarse que no llegar. Ella misma había aprovechado la ocasión para lucir sus mejores joyas, las pocas que le quedaban.

Tendida sobre la cama, doña Elvira se dijo, con cierta satisfacción, que finalmente sus dos hijos habían resuelto sus vidas.

## 29. CASTA DIVA

De regreso en la ciudad, la misma noche de su llegada la viuda le comunicó a Antonio Perelada su decisión de vender el Café de las Damas. Hacía tiempo que el café le había dejado de servir. Con el dinero de la venta del local, podría vivir sin sobresaltos unos años más.

Al cabo de algo más de un año, a primeros de un mes de diciembre, tuvo lugar la apertura de la cafetería Maxi, en el mismo espacio que antes había sido el café y que se convirtió en el nuevo centro de reunión de las damas y de los caballeros de la ciudad. Fue la primera cafetería moderna de la ciudad. En ella se sirvieron las primeras Coca-Colas y los primeros cubalibres.

Pocos días después de la inauguración de la cafetería Maxi, en la isla de Cuba se iniciaron las guerrillas que, años después, acabarían con la dictadura de Fulgencio Batista. Alejo se encontraba en la ciudad con motivo de no se sabía qué cursillo. En las conversaciones que se desarrollaron durante aquellos días en el piso principal del edificio Claramunt, los pormenores de la que entonces parecía inminente Revolución Cubana eclipsaron por completo el hecho de la desaparición del viejo Café de las Damas. Los hermanos Claramunt volvieron a alzar la voz para expresar su desacuerdo. Para Justo, la culpa de la revolución la tenían las injusticias, la corrupción y los continuos abusos del régimen de Batista. A Alejo lo único que le preocupaba era el avance del comunismo en el mundo. Los dos seguían muy de cerca los acontecimientos de Cuba y hablaban de las personas que los protagonizaban y de los lugares donde ocurrían los hechos como si los conocieran perfectamente. Las hijas de Justo, Blanca y Mercedes, y la de Alejo, Alba, comentaron que las monjas de su colegio les habían pedido que rezaran por Cuba, por los religiosos perseguidos por los comunistas, por la gente normal y corriente que, si triunfaba Fidel Castro, se vería abocada a vivir bajo las garras de una dictadura soviética. Alejo asentía. Justo suspiraba.

Mientras sus hijos discutían entre ellos, como siempre habían hecho los hombres en aquella casa, doña Elvira pensaba. El piso tercero izquierda aún

permanecía vacío. Si Alejo, en algún momento, decidía mudarse a la ciudad, podría instalarse en él. La idea de que Genoveva y Alejo, y los hijos que fueran viniendo, vivieran cerca de ella le producía un gran consuelo.

Los días en que a doña Elvira le atacaba la jaqueca, venía, a media tarde, el doctor Serafín, con sus gestos pausados y sus recetas milenarias. Solo prescribía calma, balnearios y música.

El doctor se sentaba en una butaca, a un lado del enorme lecho de madera labrada de la viuda. Las cortinas cubrían casi totalmente los huecos del balcón y las ventanas. Después de tomar un sedante, la viuda se quedaba dormida, pero el doctor Serafín aún se quedaba un rato más. A veces, él también se dormía. Al cabo, Valentina, tras dar unos golpecitos en la puerta, nunca cerrada del todo, entraba con paso ligero. Acercaba una silla a la butaca. Se sentaba. El doctor y ella hablaban en susurros.

Valentina aún era una mujer joven. Desde la apasionada y reveladora noche en la Pensión Universal de Valencia, no se había vuelto a enamorar. Durante aquellos años había mirado a los hombres de lejos. De todos los recuerdos de la noche, el temor era la única emoción que, en lugar de desaparecer, se había engrandecido. Afortunadamente, la inesperada aventura amorosa no había tenido consecuencias, ¿qué habría sido de ella si se hubiera quedado embarazada de un hombre de quien ni siquiera sabía el apellido y que, por si fuera poco, era rojo? El peligro que había corrido se le venía a la cabeza de vez en cuando y le producía un largo estremecimiento. Había que tener cuidado con los hombres.

Había caído la tarde, era invierno, hacía frío. La habitación estaba en penumbra. El doctor Serafín y Valentina se habían quedado callados. Valentina, quién sabe por qué, alzó un poco la mano como si fuera a coger algo, a decir algo. Le sorprendió el tacto áspero y rugoso –¡pero tan cálido!– de la mano del doctor. De pronto, su pequeña e indefensa mano quedó prisionera de la mano poderosa y protectora del doctor.

La tía Elvira dormía, pero Valentina apenas se atrevía a mirarla. Le latía tanto el corazón que se asustó un poco, se echó hacia atrás. La mano del doctor se posaba ahora sobre su pecho.

Se puso en pie con enorme esfuerzo. Serafín Campos seguía sentado.

–Es tarde, creo –dijo Valentina, avanzando hacia la puerta.

–En absoluto –dijo, a sus espaldas, el doctor.

Valentina se detuvo. Tenía la mano sobre el picaporte de la puerta, ya abierta del todo. Sintió la caricia de un beso en el cuello y una mano deslizándose por su espalda. Se preguntó si esa sensación –la de la caricia, la del beso– permanecería o desaparecería de inmediato, en cuanto sus pies atravesaran la línea que separaba el cuarto del pasillo.

Doña Elvira abrió los ojos.

–¡Valentina! –susurró.

Ahí estaba de nuevo Valentina, con una mirada resplandeciente. Los ojos de doña Elvira, después de aquel descenso al limbo del sueño, se posaron en ella con expresión beatífica.

Poco después, estaban las dos sentadas frente a la mesa redonda del mirador, donde la doncella había servido los refrigerios nocturnos. En la gramola sonaba la voz inigualable de Maria Callas. Casta diva. Se había recibido el disco aquella misma mañana.

Debido a la jaqueca de doña Elvira, nadie les había ido a visitar. Antonio Perelada había dado aviso de que no iría a cenar. Se pasaría después para revisar los papeles en su despacho.

Doña Elvira y Valentina escuchaban la música, cada una replegada en su interior, perdida en su propia ausencia. En su propia plenitud. La quietud de la noche invernal remitía a la viuda a los días de la guerra, a esa isla de paz, de música y de conversaciones intrascendentes.

Valentina se decía que era casi imposible que la tía Elvira se hubiera dado cuenta de lo sucedido. En el cuarto reinaba la oscuridad y ella apenas veía. ¿Qué era, además, lo que había pasado? Ni la misma Valentina lo sabía.

Así las encontró Antonio Perelada, que llegó cuando las damas aún estaban sentadas a la mesa. Ensimismadas las dos, con apacibles expresiones de ensoñación grabadas en sus caras.



### 30. LOS NUEVOS INQUILINOS DEL TERCERO IZQUIERDA

La idea que doña Elvira había concebido mientras sus hijos discutían sobre guerras lejanas fue cobrando cuerpo día a día. La vocación de Alejo no era, evidentemente, el ejercicio activo de la medicina. Él servía para el estudio. Fundamentalmente, para todo lo que se relacionaba con la memoria. Era, también, minucioso en los detalles y sumamente ordenado. Pero el trato personal con los pacientes no se le daba bien. Sus habilidades sociales solo salían a relucir en fiestas y diversiones. El vino y otros alcoholes le animaban y pronto se convertía en el elemento fundamental de toda clase de reunión. Los pacientes, en cambio, le irritaban. Unos, porque hablaban o se quejaban demasiado. Otros, por el contrario, porque no decían nada y lo miraban con hosquedad y desconfianza. Cuando viajaba a la ciudad en la que había nacido y que decía añorar, Alejo manifestaba su deseo de dejar el ejercicio de la medicina y de encontrar un trabajo de despacho o de laboratorio, algo que se ajustara mejor a sus talentos.

Justo habló con el jefe del laboratorio médico del Hospital General, buen amigo suyo y compañero de tertulia y licores en el casino, quien, en cuanto se produjo una vacante, ofreció a Alejo la posibilidad de cubrirla, tras solventar los trámites y pruebas correspondientes.

Así vino a cumplirse el deseo de doña Elvira. Alejo, Genoveva y sus tres hijos, una niña y dos niños, se mudaron a la ciudad y se instalaron en el piso tercero izquierda del edificio Claramunt. Genoveva, acompañada de Modesta –que había entrado al servicio de la familia Vilas cuando las dos hermanas más pequeñas, ella y Otilia, empezaban una a hablar de forma articulada y otra a sostenerse en pie y a dar sus primeros pasos–, había dejado Valencia con pena, pero el propósito de volver, por lo menos durante los veranos, la consolaba. Su madre prometía ir enseguida a verles y ayudar a la hija a poner la nueva casa, ¡no se iba tan lejos! Doña Elvira invitó a su nuera a sumarse a las meriendas de las señoras en el piso principal. Una o dos veces por

semana, Genoveva descendía por las escaleras desde su piso al de doña Elvira y pasaba un rato conversando con las mujeres de su nueva familia sobre asuntos, en general, triviales.

Para Valentina, los nuevos inquilinos del piso donde había pasado su infancia y parte de su juventud representaron una estupenda novedad. Sus sentimientos respecto de Alejo habían ido declinando lentamente, hasta desaparecer. El amor que el doctor Serafín sentía por ella le proporcionaba esa confianza en sí misma que siempre le había faltado, la hacía sentirse más fuerte de lo que nunca había sido. Genoveva le había gustado desde el primer momento. Muchos días quedaban para ir juntas al mercado o para hacer recados por la ciudad. Valentina pasaba mucho tiempo en el tercero izquierda, ayudando a Genoveva en algo, o hablando las dos en el salón, o jugando Valentina con los niños. Alba, la mayor, que tenía tres años cuando la familia llegó a la ciudad, sentía por ella una especie de veneración. Algunas veces, Valentina se preguntaba qué pensaría Genoveva si supiera que el doctor Serafín y ella se veían de modo furtivo, contraviniendo las reglas más esenciales de la sociedad. Pero, conforme pasaban los días, ella misma se olvidaba de esa parte de su vida que debía permanecer escondida y disfrutaba de la que estaba a la vista de todos. Eran vidas que discurrían de forma paralela, sin que nadie lo supiera, pero la una sostenía a la otra. Su relación secreta con el doctor Serafín le había servido a Valentina, en los primeros tiempos, para sobrellevar la rutina de sus tareas cotidianas, de las que el amor estaba ausente, pero poco a poco Valentina se fue reconciliando con la otra parte más visible de su vida. Ya no consistía en estar constantemente pendiente de la tía Elvira.

La viuda de Claramunt parecía haber decidido que había llegado para ella el retiro de la vida mundana. No oía bien, no veía bien. Nada le interesaba mucho. Estar en el mirador parecía ser su único deseo. Miraba a las personas que venían a visitarla con lejanía y cierta benevolencia, como si la vida le hubiera dado, al fin, lo que había esperado de ella. Algunos negocios se habían cerrado, o vendido, pero Perelada le entregaba cada mes lo necesario – dinero contante y sonante– para mantener la casa.

Sobre todo, para celebrar los domingos. En la vida de doña Elvira los domingos siempre habían sido una excepción. Por alguna razón, los necesitaba. A media mañana del domingo, doña Elvira, Valentina, los cinco

nietos de la señora y una niñera se subían al coche de caballos de alquiler que les esperaba puntualmente a la puerta del edificio. El cochero tomaba el camino del Parque Grande y el coche daba una larga vuelta, pasando, siempre, por el lado del parque, el menos transitado de todos, que daba a la calle de las villas, en la que se encontraba, aún en pie pero cada vez más deteriorada y evidentemente deshabitada, Villa Paulita. Doña Elvira y Valentina desviaban la mirada hacia la villa. Había habido un tiempo en que aquellos veranos de la guerra se habían evocado como si hubieran sido muy felices, pero, cada una a su modo, habían ido encajando en la vida, o puede que la vida se hubiera ido adaptando a ellas, mostrándoles su valor, la forma en que se hacía valiosa para cada una. Sin embargo, al pasar por delante de Villa Paulita, ninguna de las dos podía evitar una punzada de nostalgia. Para Valentina, había sido una época de libertad, de abandono, de falta de pautas y de planes de futuro. Aquella sensación de transitoriedad la había hecho sentirse ligera, casi irresponsable. Doña Elvira se preguntaba si el esplendoroso Steinway seguiría allí, inmerso en la oscuridad de la sala, cubierto con su funda cuyo tacto recordaba la gamuza. Quizá no, quizá el compositor se lo había llevado al lugar en el que ahora vivía.

En el Paseo Central, el coche se detenía y todos se apeaban. Doña Elvira, ayudada por Valentina y la niñera, se sentaba en uno de los bancos que bordeaban el Paseo. La niñera se llevaba a la parte infantil del grupo hasta la caseta de los helados, de donde luego todos volvían sosteniendo en sus manos los frágiles cucuruchos.

En una ocasión, la abuela quiso que el fotógrafo que tenía su puesto a un lado del Paseo les hiciera una instantánea: ella y Valentina sentadas en el banco, los nietos rodeándolas. Tres niñas y dos niños. Dos de las niñas eran hijas de Justo. Una niña, Alba, y los dos niños de Alejo. La fotografía se enmarcó y se colocó sobre el piano. En determinado momento de la tarde, doña Elvira pedía a Valentina que le acercara la fotografía. Sostenía el marco de madera repujada cubierta de purpurina entre las manos temblorosas y se la quedaba mirando un rato. Era su familia. Ella y su familia. Cuando Valentina volvía a colocar el marco sobre el mantón de Manila que cubría el piano, también ella miraba la fotografía con cierto detenimiento.

Después del paseo por el Parque Grande en el coche de caballos, tenía lugar la comida familiar. Doña Elvira no asistía a ella. Desde la silla de

ruedas, los despedía a todos con sonrisa benigna. La doncella se la llevaba para dejarla en el mirador, donde tomaba algo ligero y dormitaba.

Algunos domingos se producía la visita inesperada de Antón o de Eladio Martín, que se habían establecido en Madrid y se habían casado, uno detrás de otro, en el mismo año y con unas semanas de diferencia, con jóvenes madrileñas. Se encontraban, decían, de paso en la ciudad. Hasta el último momento no habían podido saber con seguridad si tendrían tiempo para ir a ver a su tía. Comerían lo que fuese, por ellos no había que preocuparse. Se les hacía sitio en la mesa, se sacaban uno o dos servicios más, y asunto arreglado.

Sentados a la mesa del comedor del piso de los Claramunt, donde Valentina vivía ahora, Antón y Eladio parecían mucho más dueños de la situación que ella misma. Habían heredado de su padre las dotes de seducción, pero ambos habían añadido al legado una importante virtud: eran activos y trabajadores. Se habían convertido en ciudadanos responsables, ganaban dinero, tenían una familia. Justo, que les había dado clases de matemáticas cuando eran pequeños, no paraba de reírse de sus chistes y ocurrencias. Alejo no tanto. Valentina, al mirarle, sentía una ráfaga de la antigua complicidad. Sabía lo que sentía: se sentía desplazado. Era un sentimiento que ella conocía muy bien.

Después del almuerzo, la situación se enderezaba. Los hombres pasaban a la biblioteca, tomaban café y coñac, fumaban. Alejo era el líder indiscutible. Tarde o temprano, se ponía a cantar. La casa se llenaba de los ecos de canciones patrióticas que hablaban de nieve y de sangre, de carabinas y de muerte. Llegaban, atenuados, al mirador. Valentina se decía que, probablemente, su tía, debido a la sordera, quedaba a salvo de todo ruido.

## 31. OJOS CERRADOS

Cuando el presidente de los Estados Unidos de América, Ike Eisenhower, visitó España, en diciembre de 1959, Justo le regaló a su madre, que por aquel entonces apenas hablaba, un televisor. El más grande y moderno que había en el mercado. La familia Claramunt fue una de las primeras familias de la ciudad en adquirir un televisor y, sin duda, no la única que lo hizo en aquella especial circunstancia. El televisor se consideraba un objeto de lujo, perfectamente superfluo. Se temía que la televisión, con sus emisiones a horas inoportunas, corrompiera las buenas costumbres de las discretas familias españolas. Pero la visita a España del presidente de los Estados Unidos de América era un bien de carácter objetivo, era un éxito del régimen establecido veinte años atrás por el bando vencedor de una larga guerra civil que había provocado más de un millón de muertes.

La familia Claramunt en pleno se reunió frente al televisor instalado en un extremo del cuarto de estar del piso principal del edificio para ver desfilar por las calles de Madrid a Ike Eisenhower, el presidente norteamericano. Con aquella visita, el régimen franquista quedaba bendecido. Eso no se podía negar, había sido un logro del jefe del Estado. Por una vez, los hermanos Claramunt estaban de acuerdo. España se incorporaba de nuevo al mundo. Con el gigante norteamericano de su lado, el mundo entero la miraría de otra manera. Condenada al ostracismo desde abril de 1939, España volvía a formar parte del panorama internacional.

La visita ocurría en vísperas de las fiestas navideñas. Aquellas navidades eran distintas a todas. La prensa, las radios y las televisiones extranjeras se interesaban por el acontecimiento. En las imágenes que se proyectaban en el televisor se veía a la gente agitando banderas norteamericanas, al borde de las aceras, para dar la bienvenida al presidente Eisenhower. El locutor, con una voz llena de exaltación, subrayaba la importancia de la visita y la alegría con que los vecinos de Madrid recibían a tan importante visitante. Habían salido a

la calle desafiando al frío, clamaba el locutor, como si se tratara de un acto de insondable heroicidad.

Los vecinos de Madrid, enfundados en gruesos abrigos, con bufandas al cuello, cubiertas sus cabezas con gorros de lana, aunque fueran ensalzados por el locutor, no resultaban del todo envidiables. La televisión los transportaba, a ellos y al mismo presidente Eisenhower, hasta el cuarto de estar de la casa de los Claramunt, donde los radiadores por los que circulaba agua caliente y la leña que ardía en la chimenea caldeaban el ambiente. Arrellanados en sus butacas –los más jóvenes, sentados en sillas–, disfrutaban de aquel acontecimiento que había dado lugar a otro, más importante aún: la entrada de la televisión en la vida familiar.

Las miradas de todos los miembros de la familia estaban prendidas en la gran sonrisa y los gestos desenfadados del presidente norteamericano. La silla de ruedas de doña Elvira, que se pasaba la mayor parte del día durmiendo, instalada en el mirador, había sido trasladada al salón y dejada a un lado, cerca de la pantalla del televisor. Cuando la retransmisión del desfile finalizó, alguien la miró.

¿Genoveva?, ¿Alejo?, ¿Valentina? Probablemente, todos un poco a la vez.

Doña Elvira tenía los ojos cerrados y la cabeza levemente inclinada hacia un lado, apoyada en la almohada que sobresalía ligeramente del respaldo. Había muerto. Mientras doña Elvira expiraba el último suspiro, el presidente Eisenhower exhibía su ancha sonrisa y saludaba, campechano, a los abrigados vecinos de Madrid que habían salido a la calle a darle la bienvenida. El volumen a que estaba puesto el televisor había acallado cualquier otro ruido.

Antonio Perelada estaba de viaje. Se había ido, se ignoraba adónde, el 15 de diciembre, y no pensaba regresar, había comunicado, hasta pasadas las fiestas. Esa fue la información que dio Felisa Martín, que no había asistido en casa de los Claramunt –a nadie se le había ocurrido llamarla– a la retransmisión televisiva de la visita del presidente norteamericano y a quien Alejo fue a visitar aquella misma tarde no solo para comunicarle la muerte de doña Elvira, sino por ver si ella, como dueña de la pensión en la que Perelada se alojaba desde hacía más de veinte años, sabía dónde se le podía encontrar.

Alejo había llegado a la Pensión Roma con el abrigo impregnado de diminutos copos de nieve. Se había descubierto la cabeza –el sombrero de fieltro también había ido recogiendo por el camino copos de nieve– y había

dejado que la criada le ayudara a desprenderse del pesado abrigo que luego había colgado, con sus frágiles manos, en una de las perchas que sobresalían de la pared, a ambos lados del vestíbulo. Liberado de sus ropajes, había sido conducido a un saloncito.

En él apareció Felisa Martín, que le dio el pésame de la forma más reglamentaria. Instantes después, sentado frente a ella, en una atmósfera extrañamente solemne, Alejo sintió que estaba accediendo a una parte desconocida de la vida.

—Qué difícil debe de ser la vida para un médico —dijo Felisa inesperadamente, una vez que dejó claro que no tenía la menor idea de dónde se encontraba el administrador.

—Soy médico de hospital —dijo Alejo—, pero no paso consulta. Trabajo en el laboratorio. Es un trabajo mucho menos esclavo.

Mientras lo decía, se sintió profundamente molesto. No había ido a la Pensión Roma para hacer declaraciones sobre su propia vida o como si debiera excusarse por algo. De forma imprevista, aquella misión se revelaba difícil.

Cuando Perelada se ausentaba, no daba explicaciones, insistió Felisa Martín, que de pronto parecía haber olvidado que era pariente suya, además de haber sido, justo hasta ese momento, una visitante asidua de la recién fallecida viuda de Claramunt. El administrador se había ido de viaje las navidades pasadas, y las dos anteriores, pero nunca había dicho adónde iba. A ella eso no le incumbía. Hay huéspedes fijos que mantienen su habitación cuando se marchan de viaje. Perelada había regresado siempre. Seguro que volvía después de Reyes.

Alejo salió de la Pensión Roma algo desconcertado. Se dirigió al casino, donde había quedado citado con Justo.

—En la pensión no se sabe nada de Perelada —le informó—. Según parece, volverá pasadas las fiestas. Creo que a Felisa Martín no le ha gustado nada mi visita. Me he sentido sumamente incómodo. Me ha hecho preguntas raras, como si quisiera molestarme y deseara que me fuera cuanto antes. Siempre me ha parecido una mujer vulgar, pero hoy ha sido antipática. No se trata así a alguien que acaba de perder a su madre. He sido yo quien ha ido a informarla. Debería haber tenido más consideración.

—Quizá esconda algo —dijo Justo—. O puede que nada. Felisa Martín es una mujer muy crédula. Y de dudosa reputación.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Alejo—. Siempre me ha dado la impresión de que mamá la admiraba por todo lo que había trabajado. Que la miraba con respeto, quiero decir.

—El mío lo tiene, no lo dudas —dijo Justo—. Pero hay gente que piensa de otro modo. Regentar una pensión no es un oficio sencillo. Conlleva sus riesgos. Y corren todo tipo de rumores.

—¿Qué clase de rumores?

—A la gente le gusta imaginar historias turbias, amores furtivos, pasiones oscuras. Las novelas están llenas de esas historias. Puede que la realidad sea como se cuenta en las novelas —dijo Justo—. Pero Felisa es viuda. Es una mujer libre —añadió con cierta despreocupación—. No tiene por qué rendir cuentas a nadie.

—¿Quieres decir que entre Felisa y Perelada hay algo?

—Podría ser, ¿por qué no? —dijo Justo—. Felisa aún es joven, Perelada más, y, según dice Anunciada, gusta mucho a las mujeres.

—¡Qué asunto más enojoso!

—¿Qué nos importa? Eso no cambia nada. Sea verdad o mentira.

—¿Que no cambia nada? ¡Lo cambia todo!, ¡lo complica todo! —gritó Alejo, enfurecido.

Siempre había pensado que Antonio Perelada escondía algo y que había por ahí algún misterioso asunto de faldas. Se trataba de Felisa, ¡vaya! Para colmo, pariente suya.

—Puede, incluso, que mamá lo supiera. Al menos, que lo sospechara —dijo Justo.

—¡Qué sabemos nosotros de lo que ella pensaba! —exclamó Alejo, que se cubrió la cara con las manos—. No creo que eso le preocupara nunca. Le importaba un pimiento lo que nosotros pensáramos de nada. ¡Le importábamos un pimiento!

—No es momento de reproches —dijo Justo.

Se pasaron la tarde bebiendo.

Cuando salieron a la calle, era noche cerrada. Nevaba. Faltaban dos días para Nochebuena y aún había gente por la calle. Probablemente querían respirar el ambiente navideño, asegurarse de que la alegría seguía ahí, al otro lado de las puertas de las casas.

Los dos hermanos se adentraron por las calles del casco viejo. Visitaron



varios bares. Se emborracharon. Por la calle nevada, ya mucho menos transitada que antes, cantaron canciones navideñas, entrelazados, riendo y llorando a la vez. Se cruzaron con otros grupos de hombres, que también cantaban y reían y, quizá, también lloraban. Quién podía saberlo. No se les entendía. No había nadie que recogiera o descifrara sus palabras.

## 32. NIEVE

Algo después de la medianoche, Anunciada telefoneó al casino. Justo aún no había regresado. A la leve inquietud de los primeros momentos, se había sucedido la preocupación. Justo nunca había llegado a casa más allá de las doce. No era uno de esos miembros del casino que se quedaban hasta la hora del cierre, e incluso, en ocasiones, y con la connivencia de alguno de los camareros, un poco más. Por el contrario, solía ser de los primeros contertulios en retirarse. No era persona de excesos ni de cambios en su rutina. Le gustaba recogerse pronto y amanecer pronto y cumplir, paso a paso, con los horarios que marcaban su día a día.

A esas horas, en el casino solo quedaba el encargado de echar el cierre. Ya hacía un buen rato que los hermanos Claramunt se habían marchado, comunicó. Eso era lo único que podía decir. Los señores habían salido del casino. Qué dirección habían tomado, eso él no podía saberlo. Teniendo en cuenta las condiciones meteorológicas de la noche, no parecía probable que anduvieran al fresco. Puede que hubieran buscado refugio en uno de los bares del casco antiguo, cuyos horarios eran incontrolables.

Al cabo de un rato, Anunciada decidió llamar a Genoveva.

–Lo más probable es que se encuentren en un bar –repuso Genoveva–. No es tan tarde. Su madre acaba de morir, quizá tengan ganas de emborracharse.

–Puede ser, sí –admitió Anunciada–. También cabe otra posibilidad, y es que estén en el piso principal, velando a su madre. A lo mejor nos estamos preocupando por nada. Hay que llamar a Valentina.

–¿A estas horas?

–Cuanto antes la llamemos, mejor. Si están allí, ya no hay que preocuparse. Si no, habrá que llamar a la policía.

La idea sobresaltó a Genoveva. ¿Cómo iba a llamar a la policía porque su marido, que se encontraba en compañía de su hermano mayor, no hubiera regresado a casa pasada la medianoche? Trató de calmar a su cuñada, pero Anunciada parecía estar a punto de sufrir un ataque de nervios.

–Yo me encargo –dijo.

Se vistió y bajó los tres pisos que separaban el tercero del principal. Presionó suavemente el timbre, que sonó muy amortiguado. Oyó unos pasos enseguida. Una de las criadas se había quedado velando a la muerta.

Habían puesto el féretro en el mirador, con las pesadas cortinas de terciopelo rojo oscuro sobre los cristales, y muchos ramos de flores blancas enmarcándolo.

Ni Justo ni Alejo se encontraban allí.

Todo aquel jaleo despertó a Valentina, que apareció en el salón con el pelo suelto y una bata de lana sobre el camión de batista. Tras conocer el motivo por el que Genoveva había bajado, en plena madrugada, al piso principal, también ella quitó importancia al asunto. Justo y Alejo no eran, ni lo serían nunca, los únicos hombres en llegar tarde a casa. Ahí estaba el féretro de su madre, que lo justificaba todo. La muerte de una madre trastoca las cosas.

Llamaron por teléfono a Anunciada y trataron de calmarla. Justo y Alejo aparecerían, quizá borrachos, quizá al amanecer. Si no lo hacían, llamarían a la policía, pero había que darse un plazo.

Anunciada, que entre una llamada telefónica y otra se había tomado unas pastillas para dormir, estuvo de acuerdo. Genoveva se despidió de Valentina y subió al tercero izquierda.

La ventisca, a juzgar por el ruido que se filtraba por los muros del edificio, se había apoderado de la noche. Daban ganas, se dijo Valentina, de lanzarse a la calle y dejarse zarandear por ella.

La tía Elvira yacía, muerta, en el féretro, ya sellado, que ocupaba todo el rincón del mirador. Justo y Alejo vagabundeaban por bares y callejas. Perelada había desaparecido. ¿Quién estaba ahora al mando? Ni Anunciada ni Genoveva parecían dispuestas a hacerse cargo de la situación. ¿Quién iba ahora a decidir su destino?

Alguna vez sus hermanos habían hablado con ella de aquel futuro incierto que la esperaba tras la muerte de la tía Elvira. Valentina, habían declarado, se trasladaría a Madrid a vivir con ellos, con cualquiera de ellos, con quien tuviera la casa más grande, la mujer más simpática o los hijos mejor educados. Lo habían dicho riéndose, como lo decían siempre todo –más aún, las cosas verdaderamente serias–, pero se trataba, Valentina no lo ponía en duda, de una oferta en firme. Se iría a vivir con uno de sus hermanos, eso era lo que le

esperaba. Y separarse del doctor Serafín, a quien vería en raras ocasiones, si es que lo seguía viendo. Eso, curiosamente, pasaba a un segundo plano. El doctor Serafín, a fin de cuentas, no podía hacerse cargo de ella. La muerte de la tía Elvira le mostraba con implacable crudeza lo que ella era: una mujer sin recursos.

Valentina se vistió, se abrigó y se deslizó por las escaleras. Salir del edificio era fácil, entrar ya no lo sería tanto. Tendría que llamar al sereno, según había oído contar muchas veces. El sereno aparecía siempre, surgía de pronto de una esquina con su gran manojó de llaves y desprendiendo cierto olor a aguardiente. Los pasos de Valentina se encaminaron hacia las callejuelas del casco histórico, donde, según había oído decir, proliferaban los bares clandestinos. Dio innumerables vueltas, dejándose guiar por débiles luces amarillentas, pero todas las puertas estaban cerradas. Si tras algunas de esas puertas había locales donde se pudiera estar a resguardo y beber algo no podía saberse a simple vista. Debía de existir una señal para acceder a ellos. Los copos de nieve eran como alfileres que se le clavaban en la cara. Apenas veía ni podía mantener los ojos abiertos mucho tiempo. Al cabo, decidió volver a casa. El abrigo de lana y la gruesa toquilla que le cubría la cabeza estaban empapados. Su cuerpo empezaba a tiritar.

Oyó un ruido, una especie de silbido, como el aullido de un lobo. Pero aquello no era la estepa, por mucha nieve que estuviera cayendo. Valentina dio unos pasos hacia el lugar de donde parecía provenir el extraño ruido. ¿Qué había allí? Un callejón donde, aunque se encontraba muy cerca del edificio, nunca había puesto el pie. Vio unos bultos, quizá bolsas de basura, pero todo estaba cubierto de nieve. De pronto, alguien pasó a su lado a todo correr. Y enseguida, segundos después, oyó la voz del sereno:

–Señora, ya estoy aquí. No es una noche para estar fuera de casa.

–Estamos de luto –dijo Valentina–. Ha muerto mi tía, la viuda de Claramunt.

–Le presento mis condolencias –dijo el sereno.

–¿Cómo se llama usted? –preguntó Valentina.

–Arturo, señora.

–¿Ha oído algún ruido, Arturo?, ¿ha visto a alguien hace un momento, corriendo?

–No, señora.

–¿Usted cree en los fantasmas, Arturo?

–Si creyera en los fantasmas, no podría ser sereno –repuso Arturo–. Por las

noches se oyen ruidos muy raros y se ven muchas sombras. Hay que tener temple. Solo hay que creer en lo que se puede tocar.

Arturo abrió la puerta.

–Feliz Navidad, Arturo.

–Feliz Navidad, señora.

La puerta se cerró y Valentina subió al piso principal. Mientras se desprendía del abrigo y de la toquilla de lana, sintió que le faltaba algo, los guantes o el bolso, pero todo estaba ahí. Nada que pudiera verse, e incluso palpase, se había perdido.

Poco después, cuando se tendió en la cama, tuvo de nuevo esa vívida sensación de pérdida. En su recorrido nocturno por las estrechas calles del casco histórico en busca de un bar donde encontrar a sus primos y refugiarse allí con ellos, se le había caído al suelo alguna cosa, ¿una pulsera?, ¿el pañuelo?, ¿un botón? Nada de valor, probablemente. Alguien le había dicho que, después de la muerte de una persona cercana, esas impresiones no son raras. Crees que has perdido algo pequeño y muy concreto porque te resistes a aceptar que se trata de una pérdida mucho más importante. Se trata de la muerte. El solo hecho de tener que enfrentarte a la idea de un final, de la existencia de un punto del que jamás se podrá volver, conmueve los cimientos del ser y es causa de diferentes y perturbadores trastornos. Podía ser, también, que aquella indeterminada pérdida no significara, finalmente, ninguna catástrofe.

La ventisca, desde dentro de casa, desde la cama, ya no resultaba amenazante. Solo había que dejar mecerse por ella.

### 33. LA HERENCIA

Los hermanos Claramunt volvieron a sus respectivas casas de madrugada, manifiestamente borrachos. Pero Antonio Perelada no apareció. Por la mañana, Anunciada fue a visitar a Felisa Martín, que se encontraba en la cama con fiebre. Parecía muy afectada por la muerte de doña Elvira y se lamentaba, envuelta en lágrimas, de la imposibilidad de localizar a Perelada.

A esas alturas, la relación entre Felisa Martín y Antonio Perelada ya no era un secreto para ninguno de los miembros de la familia. En un primer momento, Anunciada, que había sido la última en saberlo, se había sentido íntimamente defraudada, casi traicionada por el secreto de su amiga, pero al ver la postración de Felisa no pudo dejar de conmoverse.

Los cuadernos y papeles encontrados en el despacho de Perelada mostraban enigmáticas cuentas y flagrantes irregularidades. El banco, de acuerdo con la familia, nombró a un nuevo administrador para poner orden en aquel caos lleno de malos presagios. Había habido desfalcos, continuas desviaciones indebidas de fondos, comisiones injustificadas, ganancias y pérdidas falsificadas. El cuadro que trazaban todos aquellos datos puestos unos al lado de otros era el de un sistemático expolio de los bienes tangibles –e intangibles– de los Claramunt.

Pasó el día de Reyes y Antonio Perelada seguía sin aparecer.

A finales de enero, la conclusión evidente era que Perelada, allí donde se encontrara, se tenía que haber enterado de la muerte de doña Elvira. A esas alturas, el administrador debía de suponer que sus continuados desfalcos habían sido descubiertos. No regresaría.

Siguiendo las indicaciones del nuevo administrador, se puso a la venta el piso principal del inmueble, el bien material más importante de los que aún le quedaban a la familia. Antes, había que levantar la casa. Esa tarea, acordaron, era cosa de mujeres. Anunciada, Genoveva y Valentina se ocuparían de hacer el catálogo de muebles y demás objetos y de convertirlos –cuantos más, mejor– en dinero contante y sonante.

Era una labor ingente. El piso tenía cerca de quinientos metros cuadrados y todos los cuartos, e incluso los pasillos que lo recorrían, estaban atestados de enseres. Muebles grandes y muebles pequeños, lámparas de techo y de pared, alfombras, cuadros, cortinas, todo tipo de ropa de casa y de cama, libros, cajas, candelabros, vajillas, cristalerías, cuberterías... La lista era interminable.

La tarea llevó su tiempo, más de medio año. Valentina y las criadas permanecieron en el piso durante los meses de enero y febrero. En marzo, Valentina se trasladó, como tantas veces en su vida, al tercero izquierda. En el principal, solo se quedó una de las criadas, la más joven. Las otras regresaron a los pueblos de donde habían salido hacía años, después de cobrar su último sueldo, con un pequeño objeto de la casa en la maleta, que, a sugerencia de las señoras, habían escogido ellas mismas, y con la promesa de que recibirían, en el futuro, una bonificación, si es que el saldo final de las cuentas de la familia lo permitía. Ninguna de ellas se quejó demasiado. Habían convivido juntas, señoras y criadas, muchos años. ¿Contra qué habría que quejarse?, ¿contra quién? Hubo lágrimas y abrazos. Miradas tristes y miradas vacías. Para un momento así, nadie se había preparado.

Los días de aquellos largos meses, Anunciada, Genoveva y Valentina, con la ayuda inestimable de la criada de Genoveva, Modesta, que fue en realidad quien dirigió la operación, se dedicaron, mañana y tarde, a levantar el piso. Los objetos personales de doña Elvira, los que merecían la pena –ropa y joyas–, fueron distribuidos entre los grupos familiares y las criadas, algunas de las cuales ya no estaban presentes pero a quienes se les haría llegar, por poco valor que tuvieran. Fueron seis ajetreados meses de ir de aquí para allá, las señoras cubiertas con grandes delantales y las manos guarnecidas en guantes que alguna vez habían sido blancos, escribiendo notas y dejándolas sobre los muebles. Y hablando, descansando de vez en cuando, y hablando. Las vidas de Anunciada, Genoveva y Valentina confluyeron.

Anunciada, en los ratos de descanso, se quejaba de las molestas sorpresas que le había deparado la vida. La infancia de sus hijas se iba quedando cada vez más lejos. ¡Ay, qué serias eran! Habían salido al padre. Blanca, la mayor, ya había iniciado sus estudios de Farmacia en la universidad. El próximo año, Mercedes le seguiría los pasos. Todo eso estaba muy bien, pero lo que a Anunciada le molestaba era que la trataban como si ella fuese la hija, una hija

medio tonta que no se enteraba de nada. En las paredes de sus dormitorios habían colgado, con chinchetas, carteles de películas. La cartelera era lo primero que Blanca y Mercedes leían en el periódico que luego se tragaban entero por turnos. Estaban perfectamente enteradas de cuanto ocurría en el mundo, y le reprochaban a ella, su madre, el desinterés que mostraba por todo, lo que a ella, fuera cierto o no, le causaba una profunda irritación.

—Puede que sea verdad, después de todo —concluía Anunciada—. ¿Por qué me iba a interesar el mundo, así, en general? Eso es absurdo, las cosas interesan una a una. Claro que nunca discuto con mis hijas. Son como las sufragistas, solo piensan en los derechos de la mujer, les parece terriblemente penoso que su madre solo sea ama de casa. Yo les doy la razón. Es horrible, sí, no lo sabéis bien, hijas mías, les digo.

Las interlocutoras de Anunciada asentían, como si estuvieran íntimamente de acuerdo con ella. No conocían demasiado a las hijas de Justo y Anunciada. En cuanto habían traspasado el umbral de la adolescencia, las visitas de Blanca y Mercedes a la abuela habían ido escaseando. En un momento dado, había cesado el ritual del paseo en coche de caballos de los domingos, y aunque las comidas familiares se habían mantenido, ya no solían reunir a todos los comensales. La mesa del comedor, bajo la supervisión de Valentina, se vestía con la magnificencia de siempre, pero la distancia entre una silla y otra, que en el pasado había sido mínima, ahora parecía abismal.

—Los tiempos cambian —decía Genoveva, como si el feminismo que, según se lamentaba Anunciada, profesaban las chicas fuera inevitable y no mereciera la pena oponerse a él. Venía incluido en el transcurrir del tiempo.

En el fondo, las tres estaban de acuerdo en eso. La muerte de doña Elvira ponía fin a una época. No era el momento de mirar hacia atrás, sino de adaptarse, de sobrevivir.

Más que el feminismo de las hijas de Justo y Anunciada, les impresionaba aquella realidad que ellas, ninguna de las tres, había podido imaginar: la historia clandestina entre Felisa Martín y Antonio Perelada. Había que admitir que Perelada, desde el punto de vista físico, tenía sus cualidades, y que, cuando quería, podía ser amable. Felisa Martín, como todos los miembros de la familia Claramunt, pero más profundamente, había sido engañada y traicionada por él. Solo cabía compadecerla.

Cuando en la conversación de las señoras se mencionaba el nombre de Felisa —de cuya salud se ocupaba el doctor Serafín—, Valentina sentía cierta



agitación interna. Ni Anunciada ni Genoveva podían sospechar lo que Valentina tenía en común con Felisa. Ella aún tenía un amor secreto. Algunas veces se sentía blanco de miradas inquisitoriales, pero luego se decía que si a ella jamás se le había ocurrido pensar que entre Felisa Martín y Antonio Perelada se hubiera dado un idilio, lo normal era que su vida tampoco levantara sospechas. Hay partes de la vida que se desarrollan en la oscuridad, a salvo de las miradas de los otros, más aún, de las que discurren cerca.

Poco a poco, el piso se fue despejando. Después de que los anticuarios se llevaran los muebles y enseres más valiosos, quedaba una gran cantidad de cosas de dudoso valor y con las que nadie sabía qué hacer. Por fortuna, Modesta tenía un hermano chamarilero, que llegó de Valencia con su carromato y se pasó varias tardes en el piso apartando aquellos muebles de difícil catalogación. Las señoras, después de pagarle el precio de cinco o seis muebles razonablemente sólidos, le cedieron de forma gratuita una buena cantidad de muebles viejos y desvencijados con los que el hombre llenó dos o tres carromatos, que representaron, a su vez, dos o tres viajes de ida y vuelta a Valencia.

Para entonces, ya se había acordado el futuro de Valentina. Se trasladaría a Madrid, y tendría habitación en las dos casas, en la de Antón y en la de Eladio. Empezaría por vivir en la de Eladio, en la calle de Fuencarral, que era más grande. Antón iba a mudarse en breve a un piso muy espacioso del barrio de Salamanca.

Valentina hizo el equipaje lentamente. Llevaría dos maletas y dejaría algunas cosas, que luego le serían enviadas, en el piso de Alejo y Genoveva,

No había querido quedarse con ninguna de las joyas que aún quedaban en los joyeros, pero había aceptado dos mantones de Manila, bordados con hilos de seda de colores vivos y que doña Elvira apenas había utilizado, cinco libros de la biblioteca, todos de poesía, encuadernados en piel y con el título grabado en una lámina de plata adherida a la portada, y las dos cajas de metal llenas de cartas y papeles que la viuda había guardado siempre en su armario. A todo lo cual añadió la ropa que poseía, heredada, en su mayor parte, de su tía, y los dos cuadernos de notas de tapas de hule negro donde había realizado las anotaciones sobre el empeño de las joyas y que, como aún tenían algunas páginas en blanco, todavía podían utilizarse.

Por un momento, Valentina sintió la tentación de tirar a la basura las cajas

de las cartas de su tía. Jamás las leería, ¿qué sentido tenía guardarlas? Pero aquellos papeles garabateados le causaban cierto respeto, como si representaran una parte de la vida de la que no se debía prescindir, porque eso que había sido escrito quizá no hubiera sido nunca hablado. Ahora que su vida estaba experimentando un profundo cambio, necesitaba tener constancia de la existencia de las cosas ocultas y escondidas. Se preguntaba si el ocultamiento, de una u otra clase, es siempre inevitable y si tendría que vivir el resto de su vida protegiendo secretos, sintiendo su peso y doliéndose del espacio que ocupaban. O si llegaría a olvidar las sombras y amenazas que habitaban en su mente, a dejarlas de lado poco a poco, sin tener que realizar esfuerzo alguno, sin tener que tirar nada a la basura.

## 34. LECTURAS

Días antes de que Valentina emprendiera el viaje a Madrid, el doctor Serafín se había presentado en el piso tercero izquierda y, en el salón, delante de toda la familia, le había tendido un paquete. Un regalo de despedida, había anunciado. Y especificó:

–Es un recado de escribir.

Una pluma estilográfica Parker, tintero, secante, pisapapeles, papel levemente perfumado de color vainilla, y sobres a juego, en eso consistía el anunciado «recado».

En la habitación que Eladio y su mujer dispusieron para Valentina, además de un balcón alargado que daba a la calle de Fuencarral, había otro elemento de gran importancia, un escritorio de madera con cortina, un mueble que sin duda provenía de una oficina y en el cual Valentina colocó el recado de escribir, sus cuadernos de hule y, en uno de los cajones laterales, las cajas de metal que contenían las cartas que había guardado doña Elvira.

Sentada al escritorio, con las puertas del balcón abiertas, desde el que casi podían tocarse las copas de los árboles que bordeaban la calle, Valentina escribía breves cartas al doctor Serafín, a Genoveva y a Anunciada. Eran cartas breves, porque Valentina no podía permanecer mucho tiempo en su cuarto. Se sentía feliz andando por la calle, ya entregada al verano pero donde aún corría un aire casi fresco. El aire, en Madrid, era ligero y no estaba impregnado de humedad. Luego entraba en un café y sacaba del bolso uno de los cuadernos de hule negro que aún tenían, los dos, muchas páginas sin utilizar y un lápiz bien afilado que guardaba en el pequeño estuche de laca que incluía el recado de escribir y que, sin duda, estaba pensado precisamente para eso.

Algunas tardes, quedaba citada en el café con una de las amigas que había hecho en la academia de pintura, situada en la cercana calle de Sagasta, a la que se había apuntado, y donde pasaba las mañanas. La academia había sido idea de Eladio, quien, por descontado, corría con los gastos, que no eran

excesivos. Eladio confiaba en las habilidades artísticas de su hermana, y lo cierto era que el dibujo se le daba bastante bien a Valentina. Pero, por encima de todo, para ella, la academia era un lugar al que acudir y en el que hacer amistades.

Cuando iba sola al café, Valentina se llevaba siempre el cuaderno de tapas de hule negro y las últimas cartas que había recibido.

En sus cartas, el doctor Serafín era bastante expansivo. La casa se le caía encima. El casino, mucho más que su propia casa, era su hogar. Allí el doctor pasaba mucho rato leyendo la prensa. Devoraba todo periódico que hubiera por allí, con la excepción de *El Caso*, el periódico especializado en sucesos, crímenes, robos, desfalcos, engaños y otros asuntos delictivos y oscuros, que le horrorizaba. Iba por el casino al menos una vez al día. Justo antes de comer. Y si acababa pronto la consulta, volvía a eso de las nueve y repasaba las noticias más relevantes.

Como la prensa que llegaba al casino era muy variada –sus fundadores siempre habían presumido de principios liberales y de progreso–, el doctor estaba más o menos al tanto de los acontecimientos que ocurrían en el mundo, de los cuales daba cuenta a Valentina, como si estuviera seguro de que a ella también le interesaban.

Cuando hacía referencia a su familia, el tono de la carta se impregnaba de cierta tristeza. A Serafín Campos le gustaba recordar el estado de ensimismamiento, cercano a la melancolía, en el que había vivido antes de enamorarse de Valentina. El doctor se había casado muy joven. Había tenido seis hijos. Tenía nueve nietos. Su mujer, una dama piadosa, siempre estaba ocupada en obras de caridad. Los numerosos hijos del matrimonio habían fundado su propia familia. El doctor Serafín, cuando, ante su propio asombro, se había enamorado de Valentina, a quien conocía desde niña, era abuelo, una palabra que implicaba muchas cosas. Entre otras, cierta condición de marginalidad, de periferia. Algo que se avenía bien con el carácter del doctor. Del mismo modo que la idea de ser el médico de todos sus pacientes, el amigo, el consejero, la persona que inspira confianza, le producía una dulce pero melancólica satisfacción, la idea de ser un abuelo cariñoso y simpático le llenaba de una extraña tristeza que no llegaba a doler. Se sentía lejos de todos, de sus pacientes, de su familia, de sus nietos. Cuando se encontraba en casa, si había por allí algún nieto, dejaba la puerta entreabierta por si uno de los nietos mayores quería consultarle algo. El dulce y feliz despertar que el amor hacia

Valentina había significado para él, y que la distancia física impuesta por las circunstancias impedía mantener en el mismo grado de satisfacción, también era evocado con melancolía.

En el café, Valentina recibía aquellas manifestaciones de nostalgia rodeada de personas que iban y venían. Algunas, como ella, permanecían sentadas en su rincón durante mucho tiempo.

Las cartas de Anunciada, también llenas de quejas, no eran en absoluto melancólicas. A diferencia del doctor Serafin, a Anunciada le apasionaba *El Caso*. Justo le había regalado una suscripción anual del tenebroso periódico.

Yo creo –escribía Anunciada– que con este regalo, que no deja de ser extraño, aunque a mí me haya gustado mucho, Justo me ha venido a decir: mira qué cosas tan horribles ocurren en el mundo, en tu país y en tu propia ciudad, considérate afortunada con la vida que tienes. Deja de lamentarte porque tus hijas no hayan salido como tú hubieras querido. ¡Qué gracia! Justo vive aislado, encerrado en su mundo. No le preocupan sus hijas porque nada le preocupa de verdad. Sus amigos me dicen: «Tu marido es un estoico.» Puede ser.

Las cartas de Genoveva, sin puntos ni comas, con letras mayúsculas y minúsculas utilizadas de forma arbitraria, mezclaban todo tipo de asuntos. Era difícil saber cuándo terminaba uno y cuándo empezaba otro. Tampoco era fácil determinar si aquellas cartas emanaban melancolía. Había en ellas una clase de perplejidad.

Un día, al disponerse a salir de casa, a Valentina se le ocurrió meter en su bolso algunas de las cartas de la tía Elvira. Así tenía una excusa para quedarse más rato en el café. Así fue leyendo esas cartas que no había pensado leer.

Doña Elvira había guardado las cartas que le habían mandado sus hijos y otras personas cercanas y había escrito cartas que no se había decidido a enviar. Entre las cartas que había escrito y no había enviado, destacaban las que estaban dirigidas a Dorotea. No estaban escritas con la letra de la tía Elvira, sino con la letra pulcra y uniforme, casi de calígrafo, de Antonio Perelada, el administrador desaparecido, el estafador. Sin duda, doña Elvira se las había dictado. Había algo extraño en aquellas cartas. La tía Elvira hablaba de sí misma con una franqueza inusitada. Curiosamente, nunca se solicitaba en ellas noticias del lugar donde habitaba la destinataria de las cartas, ni sobre las personas con las que supuestamente convivía o a las que

conocía. Aquellas cartas estaban dirigidas a alguien que vivía en el más allá, en la misma imaginación de quien las había dictado.

Lo primero que a Valentina se le vino a la cabeza era que Dorotea era una invención. La tía Elvira la había necesitado para volcar sus pensamientos en alguien. Se había inventado un interlocutor a quien dirigirse y poner al tanto de sus inquietudes. ¿Cuál era el papel que, en aquel juego, había interpretado Perelada? Había que suponer que, cuando la tía Elvira le dictaba las cartas, Perelada lo anotaba todo en un borrador. La cuidada caligrafía –sin una sola mancha, sin borrón alguno– de la carta que leía Valentina, junto al papel de color pergamino del folio, invitaban a pensar que se había puesto mucho cuidado en la elaboración. Finalmente, la verdadera destinataria de las cartas no era Dorotea, un ser de ficción, sino la misma tía Elvira, que había ido guardando las cartas y que muy probablemente, antes de hacerlo, las había leído y releído y, quién sabe, quizá volvía a ellas de vez en cuando.

Eso era lo que explicaba la intervención de Perelada, que en principio debía de haberle resultado a la tía Elvira algo discordante e incómoda. Lo cierto era que la letra de la tía Elvira, con el tiempo, se había hecho casi ininteligible. Los rasgos de las letras se habían ido uniformando, habían desaparecido las mayúsculas, los acentos, los puntos, las comas, los signos de interrogación y de exclamación, e incluso los espacios entre las palabras. Si lo que ella quería obtener era un texto para ser, de nuevo, leído por ella, tenía que recurrir al dictado. Perelada era un excelente calígrafo. Esa había sido la virtud que más destacaba de él, y la que se había alegado años atrás como uno de sus méritos para acceder al puesto de administrador de los Claramunt. Aquellas cartas probaban que la tía Elvira, a fin de cuentas, había sacado provecho de aquella indiscutible cualidad de Perelada.

Valentina preguntó a las mujeres de sus primos por aquella extraña destinataria de las cartas de la tía Elvira. Anunciada fue la primera en contestar. Justo le había explicado quién era –quién había sido– esa Dorotea. Cuando doña Elvira le había empezado a escribir, Dorotea llevaba muchos años muerta.

Una persona muerta es algo muy parecido a un ser de ficción. Es algo mejor, si es que se necesita un interlocutor. Una solución intermedia. Nace de la realidad y da el salto hacia lo eterno, lo inmortal. Esa fue la conclusión de Valentina.

En el café, mientras Valentina leía todas aquellas cartas, las que recibía ella

y las que había recibido y escrito la tía Elvira, el pasado encontró su puesto, su utilidad. Las cartas le permitían estar a gusto en su mesa, sentirse en situación de igualdad con respecto a los ocupantes de las otras mesas y obtener, de forma instantánea, la aprobación y las atenciones de los camareros. Pero la lectura de todas aquellas cartas le dejaba un poso de melancolía. En cierto modo, las rechazaba, porque, por encima de todo, sentía la necesidad de pertenecer al mundo del café: el amplio mundo que el café sugería y representaba. Daba sorbos al café o al vaso de agua que lo acompañaba, y anotaba en el cuaderno posibles respuestas a esas cartas. La mayoría de las veces, ya en casa, sentada a su escritorio, no acababa de entender el sentido de lo que había escrito, por lo que no podía utilizarlo en las cartas que finalmente escribía. En algunas ocasiones, ni siquiera entendía su propia letra.

El café, la Academia Sagasta, el bullicio del aula llena de mujeres cubiertas con batones grises, emborronando lienzos e intercambiándose pinceles, pero jamás paletas –¡cada una, la suya, era la norma sagrada!–, los cines de la calle Fuencarral, las pastelerías, las mercerías, el deambular por el barrio, la calle contemplada desde el balcón de su cuarto, los relatos y bromas de Eladio, las risas de su mujer, los hijos que no habían venido y que permitían a la pareja llevar una agitada vida social, las reuniones familiares en casa de Antón, que sí tenía hijos, todos de la misma o parecida edad, el dejar siempre para más adelante la mudanza al piso de Antón, tan lleno de niños pequeños... Y los flirteos con un vecino, con el dependiente de la tienda de ultramarinos, con el profesor de dibujo de la academia... ¿Cómo no iba a ser todo eso lo importante, lo que hacía que el pasado se quedara encerrado en las cartas, dispuesto a cobrar vida en cuanto le daban la oportunidad, pero finalmente incapaz de competir con todo –lo grande y lo pequeño– que verdaderamente sucedía aquí, ahora?

## 35. NOTICIAS DE PANAMÁ

Los ojos del doctor Serafín se quedaron atrapados en una breve noticia perdida entre otras muchas e impresa en uno de los periódicos que se recibían diariamente en el casino. En una isla de Panamá se había encontrado, muerto en una playa, y completamente desnudo, a un hombre de origen español que respondía al nombre de Antonio Perelada. Se calculaba que el hombre rondaba los cincuenta años.

Hacia cinco años que en la ciudad nadie tenía noticias de Perelada. Felisa Martín le había confesado a Anunciada que en el fondo nunca había confiado en él y que siempre había tenido el presentimiento de que ese hombre acabaría mal. Más pronto que tarde.

Mientras, en el café, Valentina releía la carta de Serafín Campos, imaginó una playa de arenas blancas en una isla rodeada de un mar verde esmeralda. El cuerpo de un hombre, no se sabía si dormido o muerto, yacía, desmadejado, en la playa, medio cubierto de arena. Se sintió invadida por una profunda sensación de extrañeza. ¿Quién podía saber por qué termina la vida o conocer los motivos que empujan a los seres humanos a ir a un lado o a otro? Ni siquiera sabía si odiaba –odiar era mucho decir– a Perelada–, como tampoco sabía si había querido de verdad a su tía Elvira. Eran personas que la vida le había deparado. Ya no existía ninguna de las dos.

Recordaba el momento, mucho tiempo atrás, en que alguien le había dicho que sus primos se habían quedado huérfanos de padre, lo que significaba que el tío Rafael había muerto. Cuando, como de costumbre, en determinado momento de la tarde había bajado al piso principal para jugar con Alejo, había mirado a su primo con curiosidad, por si algo en su aspecto externo revelara su reciente condición de huérfano. Vio algo, sí. Más perplejidad que de ordinario. En los ojos de Alejo siempre había existido un brillo de asombro, pero ahora el brillo se había empañado. En aquella opacidad había miedo. Valentina reconocía el miedo. Ella también estaba asustada. Sus padres tenían constantes peleas. Aquellas discusiones, que nunca podía descifrar del todo, le



producían un profundo desconcierto, porque se referían a un mundo al que ella no pertenecía. El mundo de sus padres se alejaba entonces de ella a gran velocidad, y en ese movimiento ella se quedaba sola y desamparada. Percibía que, en el fondo, nada de lo que ellos hacían, nada de lo que hablaban, tenía que ver con ella ni con sus hermanos. Solo cuando, por alguna razón, Valentina se encontraba, por separado, con su madre o con su padre, se sentía querida. Instintivamente, buscaba esas situaciones. Si veía que su padre se disponía a dar un paseo, le pedía fervorosamente que la llevara con él.

No siempre lo conseguía, pero aquellas veces en que Maximiliano accedía y paseaban los dos por el parque, Valentina de la mano de su padre, y se sentaban después en las sillas de hierro del kiosco, donde a su padre le servían vermut y a ella un refresco que solo sabía a agua azucarada y que en realidad no le gustaba, le había proporcionado los mejores ratos de su infancia. Había otros igualmente felices, los que discurrían en el dormitorio de sus padres, a solas ella con su madre. Valentina se sentaba en la cama mientras Eladia contemplaba los vestidos que colgaban dentro del armario abierto y sacaba ropa que nunca se ponía y que iba dejando sobre la cama, alrededor de Valentina. Luego se probaba los vestidos, algunas veces uno encima de otro.

—Serán para ti —le decía Eladia a su hija sonriendo.

Cuando, en julio de 1936, la tía Elvira, ya convertida en viuda y en empedernida viajera, pidió permiso a Eladia y a Maximiliano para llevarse a Valentina de viaje, Eladia había metido en la maleta un par de aquellos vaporosos vestidos y Valentina se los había puesto para cenar en el restaurante del hotel de Salzburgo. Los habían alabado las dos, la tía Elvira y Anunciada, con quien el primo Justo acababa de casarse. Valentina había triunfado con esos vestidos de su madre que, ya de regreso en España, Eladia guardó de nuevo en el armario y que, durante los veranos de Villa Paulita, volvieron a airearse.

Una mañana lluviosa de domingo, Valentina descubrió a su madre inclinada sobre el gramófono. Una melancólica cadencia llenaba el cuarto de estar. Aquella melodía les había gustado mucho a los dos: a Eladia y a Maximiliano, sus padres. Su madre se dejó caer en una butaca que el padre utilizaba habitualmente. Valentina estuvo a punto de acercarse a ella, de sentarse en el amplio brazo del sillón y estrechar sus hombros. Pero sintió un súbito respeto,

una especie de temor. El pozo en el que su madre se había sumergido era demasiado oscuro.

Los ratos felices y aislados que Valentina había pasado con sus padres volvieron de pronto, quién sabe por qué, a su mente tras conocer la muerte de Antonio Perelada. El administrador de los Claramunt había muerto. El futuro había desaparecido para él, y todos los que ahora existían en el mundo no lo volverían a ver. Existía en otra parte, en ese lugar al que acaban yendo todos los muertos. Un lugar inmóvil.

Los periódicos locales no recogieron en sus páginas la noticia de la muerte del administrador. Tanto Anunciada como Genoveva recalcaron en sus cartas a Valentina aquel silencio, que podía considerarse una manifestación de rechazo, de reprobación. Todo se quedó en sombríos comentarios de tertulias domésticas y de pequeños círculos sociales. La familia Claramunt, descabezada en unos momentos críticos, había tenido la mala suerte de cruzarse con un estafador. Cuando las circunstancias lo permiten, los tramposos no pierden el tiempo. La propensión de la viuda al gasto incontrolado y el apartamiento de los negocios que había impuesto a sus hijos se habían confabulado para allanar el camino al delincuente. Bien le estaba ese extraño final, con aquel toque exótico de isla caribeña, que daba a toda la historia un halo de irrealidad.

## 36. ASUNTOS PARALELOS

Poco después, llegó al conocimiento de Valentina otra noticia, también luctuosa, que, por el contrario, había ocupado mucho espacio en la prensa local: la muerte de don Serafín Campos.

El doctor Serafín se había sentido mal al mediodía, mientras ojeaba los periódicos del casino. Se había marchado más pronto de lo acostumbrado, había almorzado, en su casa, con cierta desgana. No había querido probar el vino, lo que había extrañado a la criada. Había fallecido instantes después de haberse sentado en el sillón de orejas donde echaba una cabezada después del almuerzo. Una muerte plácida y fulminante. También en ese caso el final parecía coherente. Aquel hombre, que había dedicado su vida a aliviar el sufrimiento de sus conciudadanos, había dejado la suya, a edad muy avanzada, de forma silenciosa y, al parecer, suavemente, sin dolor.

Valentina lo supo por boca de Genoveva, que llamó por teléfono a casa de Eladio Martín para comunicar la noticia. El doctor Serafín había sido como un miembro más de la familia. La atención especial que el doctor siempre le había prestado a Valentina encajaba perfectamente en el papel de padre que don Serafín Campos ejercía con los pacientes más necesitados. Desde la muerte de Eladia, el doctor se había preocupado por ella de forma explícita. Eso no le había extrañado a nadie, porque Valentina, desde ese momento, era huérfana. El instinto protector del doctor era conocido por todos.

El entierro, dijo Genoveva, sería al día siguiente, por la mañana.

–Me gustaría asistir –dijo Valentina.

–No llegarás a tiempo, imagino –dijo Genoveva–. No creo que salgan trenes de Madrid a horas tan tempranas de la mañana. De todos modos, las mujeres no van a los entierros –añadió.

Valentina colgó el auricular. Todos morían a la vez. Sintió la necesidad de ir a la ciudad y ver cómo era ahora, con aquellos huecos. Ir al lugar en el que había nacido y vivido muchos años, siempre en medio de gente de la que dependía. Sus padres, la tía Elvira, el doctor Serafín. Desde que se había

instalado en Madrid, tanto Anunciada como Genoveva le habían dicho, más de una vez, que fuera a visitarlas, que pasara una temporada en una u otra casa, pero Valentina nunca había aceptado aquellas invitaciones. La idea de abandonar Madrid, aunque fuera de forma temporal, no se le pasaba por la cabeza.

En Madrid no solo había hecho amigas, sino, lo que aún era más interesante, amigos. Valentina había caído repentinamente en la cuenta de que se le daban bien esas cosas, ¡casi se había convertido en una seductora! Probablemente, lo había sido siempre –eso le decían sus amigas–, pero no había sido consciente. En todo caso, su aventura con el doctor Serafín le había dado una gran seguridad en relación con los hombres. Siempre se había sentido demasiado débil y dependiente de los demás. Quizá por eso, lo que a Valentina le producía más satisfacción era adelantarse un poco a los acontecimientos, ser ella quien diera los primeros pasos. Se había sentido avasallada demasiadas veces.

Había sido el doctor Serafín quien se había fijado en ella, quien la había escogido. Eso ya no se podía cambiar. Tampoco se lo podía reprochar –menos aún ahora que estaba muerto–, porque a ella le había gustado dejarse llevar. Pero Valentina, ahora, era consciente de su poder. Era otra persona. Quizá había llegado el momento de volver a la ciudad que había dejado unos años atrás y palpar, allí, los cambios que habían tenido lugar en su interior.

No se lo diría a nadie. No quería alojarse en ninguna de las casas de sus primos, a pesar de sentir una gran simpatía por Genoveva y por Anunciada, con quienes se carteaba regularmente. Pero sus primos, cada uno a su modo –Alejo de una forma más complicada e intensa–, formaban parte de la vida que había sido dejada atrás, esa parte que habitaba en lo más hondo de su ser y que la había hecho sentirse, siempre, sometida. La fugaz aventura con el vendedor de enciclopedias, en la Pensión Universal de Valencia, había sido el único contrapunto de aquella parte, envuelta en penumbras, de su vida. Valentina había puesto tanto empeño en olvidarla –no solo por la breve felicidad sentida, sino por las dramáticas consecuencias que el asunto hubiera podido tener–, que ya parecía más un sueño que un recuerdo. ¿Qué quedaba de aquella noche? Un olor, una sensación en la piel.

Eladio se encargó de todo. Sacó el billete de tren y reservó habitación en una pensión del centro en la que él se había alojado varias veces. Animó a su

hermana a realizar el viaje. Madrid no se iría a ninguna parte durante su ausencia.

El grupo de estudiantes que había llenado el vagón de ruido, voces, risas, gritos y mucho ir y venir descendió del tren en la Estación del Norte. Salieron de la estación de ferrocarril y echaron a andar por el Paseo del Norte.

Valentina, que caminaba detrás del grupo, sentía algo de envidia. ¡Qué despreocupados parecían! De vez en cuando, durante el viaje, habían bajado la voz, como si hablaran de algo prohibido. Los susurros que se intercambiaban estaban envueltos en un tono apasionado. Sin duda, tenían cerca a una persona que cuidaba de su ropa, que cuidaba de ellos. Tenían un hogar. Querían rebelarse, porque ya habían alcanzado algo. Estudiaban en la universidad. A la edad que ellos tenían, Valentina también tenía padres y un hogar, pero la amenaza de la ruptura flotaba en el aire. No existía la confianza, la paz, ni la sensación de hogar. ¿Contra qué hubiera podido ella rebelarse? Antes incluso de tener la edad de esos jóvenes, había asistido, como inocente –e ignorante– espectadora, a otra clase de rebelión, la del orden contra el caos, la de los conservadores contra los revolucionarios, el horror de la guerra civil.

Las hojas de las acacias que bordeaban el paseo amarilleaban. La ciudad estaba en vísperas de las fiestas patronales. Los carteles que las anunciaban estaban prendidos a las farolas del Paseo. También Valentina había disfrutado de aquellas fiestas durante su infancia. Sus padres les habían llevado, a sus hermanos y a ella, a las atracciones infantiles que se montaban en un descampado de las afueras. Y ya después de la guerra, en los inicios de su juventud, había ido a la feria de atracciones con su primo Alejo o con sus hermanos. Durante unos años, sus padres habían acudido a los bailes del casino. Su madre se había puesto uno de sus hermosos vestidos y había salido de casa del brazo de su padre, los dos, esplendorosos. Pero aquellos bailes no se habían repetido muchas veces. Quizá habían cesado durante los años de la guerra, pero no se volvió a hablar de ellos. Cuando ella tuvo la edad apropiada para asistir a ellos, los bailes parecían no existir. Ya estaban fuera de su alcance. Las circunstancias hicieron que Valentina se quedara al margen del mundo de la frivolidad.

La pensión en la que Eladio le había reservado habitación se encontraba en una bocacalle de la plaza de la Catedral. Era uno de los hostales donde se

alojaban los turistas aficionados a las ruinas romanas y los devotos de la patrona. Por ellos fluía una corriente constante de gente variopinta, procedente de los más diversos lugares, algunos, incluso, del extranjero. Valentina se sintió una persona más, una viajera, alguien en quien apenas se repara.

El cuarto que le asignaron –el mejor del hostel– era abuhardillado. Además de las pequeñas ventanas de las mansardas, que daban a la calle, contaba con un tragaluz por el que se veía un pedazo de cielo. Valentina se subió a una silla, abrió el tragaluz y aspiró el aire húmedo del otoño. Al otro lado de la catedral, discurría el río, colmado por las lluvias recientes, agitada el agua y cargada de lodo.

Telefonó a Genoveva. Sí, estaba en la ciudad. Había ido porque sus hermanos la habían empujado un poco. No había anunciado el viaje porque no quería molestar a nadie, y en realidad la idea de alojarse en un hotel en su propia ciudad, algo que nunca había hecho, le resultaba casi excitante.

Genoveva lo entendía perfectamente, quizá ella, en su caso, habría hecho lo mismo.

Quería dejar unas flores sobre la tumba del doctor Serafin, ¿podía Genoveva acompañarla al cementerio? Lo agradecería mucho, porque los cementerios le encogían el corazón.

Por supuesto que la acompañaría, dijo Genoveva. Anunciada estaba muy resfriada, le informó, de lo contrario, muy probablemente, habría querido unirse a ellas. Para ir al viejo cementerio del Cerrillo, donde el doctor Serafin acababa de ser enterrado, había que tomar un tranvía que salía de la plaza de España. Irían por la mañana, a primera hora. Invitó a Valentina a ir a su casa para la cena.

A Valentina le dolía la cabeza. Solo quería descansar, dijo. Mañana se verían. No era del todo cierto que le doliera la cabeza, pero prefería dejar los encuentros para el día siguiente. Sí necesitaba descansar. Descansar de sus propios pensamientos.

El trozo de cielo que se veía desde su cuarto ya estaba oscuro. Amenazaba lluvia. Valentina se puso el impermeable y cogió el paraguas, dispuesta a pasear por su ciudad natal como lo haría una turista extranjera. Sus zapatos, muy cómodos, comprados en Madrid, en una zapatería de la calle Fuencarral, se adaptaban bien al suelo mojado y algo embarrado de las callejuelas que rodeaban la catedral. A su madre, se dijo, le habrían horrorizado los zapatos

que llevaba puestos. El día solo usaba zapatos de tacón. Zapatos muy finos. Los tenía de todos los colores. ¿Qué habría sido de todos aquellos zapatos? No recordaba nada de los días que siguieron a la muerte de su madre. Se le habían borrado. Seguramente, por el dolor que había sentido. El dolor lo había invadido todo. El dolor y el miedo.

Cruzó el Coso y llegó hasta la avenida de la Patria, donde, bajo los soportales, había estado el Café de las Damas y donde ahora brillaban las luces de nuevas cafeterías. Se armó de valor y entró en una de ellas. No había allí ninguna otra mujer que estuviera sola. Pidió un café. Dio un par de sorbos, pidió la cuenta y se fue, sin terminárselo.

¡Qué aire más agradable se respiraba en la calle! La lluvia y el viento, que ya habían cesado, dejaban ahora espacio a los aromas de la tierra, las hojas amarillas y rojizas del otoño, las cortezas mojadas de los árboles. Se impuso a sí misma andar despacio, ¡qué absurdo sería resbalar ahora, romperse una pierna, acabar el día en un hospital! De vuelta hacia la pensión, mientras recorría calles y atravesaba plazas, tenía la impresión de que las pocas personas con las que se cruzaba la miraban y la reconocían. Sabían perfectamente quién era ella. La razón le decía que no podía ser así, ¿por qué se iban a fijar en ella?, ¿quién podría reconocerla, además?, ¿a quién le importaba su historia, con sus penas y sus alegrías?

En el hostel, desenvolvió uno de los bocadillos que había preparado para el viaje y que no se había llegado a comer. Llenó el vaso que descansaba sobre el lavabo con agua del grifo. Sabía muy distinta del agua de Madrid. Parecía más densa, como si estuviera compuesta de algo más que de agua. Aquel sabor, al que años atrás estaba, sin duda, acostumbrada, le resultó extraño.

### 37. LA TAPIA DEL CEMENTERIO

Mientras se acercaba a la parada del tranvía que conducía al cementerio del Cerrillo, en la plaza de España, Valentina recordó las veces en que había hecho esos trayectos en tranvía antes de la muerte de su tía. Cada cierto tiempo –por lo menos cuatro veces al año, a principio de cada temporada–, Valentina se había subido al tranvía para visitar a una familia a quien doña Elvira protegía y que vivía en el barrio del Canal, próximo al cementerio. Les llevaba ropa, comida –que disponía en un cesto– y algo de dinero. En aquel tranvía también había ido a recoger alguna prenda de vestir al taller de una de las modistas de doña Elvira, pero en ninguno de los dos casos había llegado hasta el final de la línea, justo frente a la entrada principal del cementerio.

Poco después, durante el trayecto, Genoveva la puso al corriente de las novedades familiares. En su opinión, el resfriado de Anunciada respondía a la inquietud que le producían sus hijas, ya a punto, las dos, de finalizar sus estudios. Blanca se había hecho marxista-leninista –o lo que fuera que eso significara– y Mercedes tenía un novio tras otro, lo que se traducía en un continuo suceder de enamoramientos y rupturas, raptos de alegría y torrentes de lágrimas. Alba, la hija de Genoveva, seguía siendo una niña delicada, enfermiza. Era la preferida de Valentina. Solo tenía tres años cuando la familia llegó de Valencia y se instaló en el piso tercero izquierda del edificio Claramunt. Valentina había jugado con ella, la había cuidado y mimado. Se había convertido en una especie de hada madrina para la niña. Durante los primeros meses que había pasado en Madrid, Valentina la había echado de menos. Le había escrito postales y enviado pequeños regalos.

La lluvia del día anterior había dado paso a un día despejado y muy luminoso. En el último tramo de la calle que recorrió el tranvía, había varias floristerías. El Día de Todos los Santos se aproximaba y delante de las tiendas se desplegaban apretadas filas de ramos de flores que se mantenían frescas en cubos de agua. Valentina compró un ramo de margaritas, las flores más sencillas y asequibles.



La tapia del cementerio, de ladrillo, recogía toda la luz del sol. En aquella tapia habían sido fusilados, durante los años de la guerra, muchos combatientes del bando perdedor. Según se rumoreaba en determinados ambientes, finalizada la guerra, aún había habido fusilamientos.

–Esta es la tapia que... –dijo Genoveva.

Antes de cruzar la puerta del cementerio, se quedaron un momento mirando la tapia de ladrillo donde había quedado impresa la huella de las balas.

Al pie del panteón de la familia Campos se erguían, en jarrones, varios ramos de flores. Valentina dejó las suyas en el suelo, donde, sin agua, pronto morirían. No se le había ocurrido comprar un jarrón. Allí se quedarían por unos días, a los pies del panteón de piedra, las margaritas secas.

Horas más tarde, durante el almuerzo, la imagen de la tapia del cementerio se reprodujo en la mente de Valentina. Se quedó ahí, borrando todas las demás. La tapia, los ladrillos, el sol anaranjado, las huellas de las balas, la punta de los cipreses sobresaliendo al otro lado de la tapia.

Después de la visita al cementerio, tras regresar de nuevo al centro urbano en el tranvía, Genoveva y Valentina dieron un paseo y se encaminaron hacia el edificio Claramunt.

Valentina tenía algunos recuerdos luminosos de los años en que había creído que aquella casa era la suya, pero la luz que recordaba no tenía mucho que ver con los colores, más bien oscuros, que por entonces predominaban en el piso. Las paredes del comedor habían sido pintadas de blanco. Valentina se sintió muy lejos, como si nunca hubiera vivido allí.

–¿Quién vive ahora en el principal? –preguntó.

–Un abogado del Estado –dijo Alejo–. Es una familia numerosa, los vecinos del bajo se han quejado, los niños arman mucho jaleo. Pero aquí no llegan los ruidos.

–La casa de tu madre era muy silenciosa –dijo Valentina–. Solo sonaban las óperas.

Alejo asintió, con el ceño un poco fruncido, como si los recuerdos le molestaran.

A la hora del café, que se sirvió en el salón, Genoveva desapareció. Valentina se quedó a solas con su primo.

–¡Qué extraña muerte la de Antonio Perelada! –dijo Alejo–. Creo que el

caso sigue abierto, pero cada vez resulta menos probable que aparezcan nuevos datos.

Alejo se acercó a la chimenea, que no estaba encendida, puso un pie en el escalón y apoyó el brazo en la repisa. A Valentina ese gesto le recordó a su padre, el elegante Maximiliano.

–No sé si hago bien en decirte lo que te voy a decir –dijo Alejo, con cierta incomodidad–. Es algo que me pesa, y que solo sabían mi madre y el doctor Serafín. Se refiere a tu madre.

La mirada de Alejo se perdió entre los pliegues de la falda gris de Valentina.

–Puede que sea duro para ti –dijo luego–, pero tienes derecho a saberlo. Tu madre se suicidó. Mi madre encubrió el asunto. El suicidio es un hecho delictivo. Y en aquel tiempo aún era peor. Mi madre me lo confesó en su lecho de muerte. Era su pecado, encubrir el suicidio de tu madre. A punto de morir, eso la atormentaba. Quizá pensó que si no lo confesaba se condenaría. Luego me pidió que llamara al párroco.

Valentina miró a su primo sin verlo. Cerró los ojos, los volvió a abrir. No veía nada.

–No te he entendido bien, no oigo bien –dijo.

Alejo lo repitió varias veces, pero Valentina no reaccionaba. Tenía la mirada fija y la boca entreabierta, como si hubiera perdido las facultades de la vista y de la palabra.

–El doctor Serafín era el único que lo sabía. Ayudó a arreglarlo todo. Le prometió a mi madre que nunca diría nada, ni siquiera a ti.

A Valentina no le salía la voz, tampoco tenía nada que decir a su primo.

En algún momento, Alejo salió de la sala.

Con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo de la butaca, sola en el cuarto de estar de su antigua casa, que le resultaba completamente irreconocible y ajena, en la mente de Valentina se reprodujo la tapia de ladrillo del cementerio agujereada por las balas.

Cuando Alba regresó del colegio, la encontró allí, inmóvil en la butaca, los ojos clavados en un punto invisible. Alba abrazó a su tía, a quien hacía años que no veía y que, durante la infancia, había pasado tantos ratos con ella. Las dos habían cambiado. Alba ya no era una niña y Valentina estaba a punto de atravesar el umbral de la madurez. A Alba le pareció que estaba más guapa que nunca. Había algo imperceptible y completamente nuevo en ella. Era

lógico que hubiera cambiado. La tía Valentina llevaba en Madrid una vida de mujer independiente que no tenía nada que ver con la vida que había llevado durante años, siempre pendiente de doña Elvira. Alba había escuchado más de una vez los comentarios que su madre y la tía Anunciada le dedicaban a Valentina cuando, en su ausencia, hablaban de ella. Si doña Elvira no se hubiese arruinado, Valentina habría debido de ser recompensada por su dedicación. Pero la vida era justa, después de todo, porque, al fin, Valentina había tenido una segunda oportunidad, e indirectamente eso volvía a remitir a doña Elvira, que se había hecho cargo de los estudios de Antón y Eladio Martín. La recompensa había llegado dando un rodeo, pero había llegado.

Después del abrazo, Valentina se había querido ir enseguida, sin despedirse de nadie. Genoveva dormía la siesta. Alejo había vuelto al laboratorio. Hubo otro abrazo, más ligero, en la puerta del piso. Alba se quedó un momento ahí, hasta que la visión de su tía bajando por las escaleras quedó fuera de su alcance.

### 38. BAJANDO POR LAS ESCALERAS

El ascensor estaba estropeado. Valentina tuvo que descender por las escaleras a pie. Recordó que en el pasado el ascensor se estropeaba con frecuencia, aunque nunca se había hablado de sustituirlo por otro, sino de reparaciones. En cambio durante la comida Genoveva había comentado que la comunidad de vecinos, tras esta última avería, había acordado un cambio drástico. Había que atenerse a la normativa que en aquel momento regía la instalación de ascensores. En el caso de que el ascensor del edificio fuera un modelo antiguo –de madera y cristal–, la adaptación resultaba tan complicada, cara y, finalmente, poco eficaz –porque estaba sujeta a continuas revisiones– que lo más sensato era dejar atrás el viejo ascensor e instalar un modelo nuevo, una cabina sin ventanas ni asiento, con una única puerta que se abría de forma automática.

Pero ahí se encontraba todavía, en el fondo del hueco de las escaleras, el viejo ascensor de madera, en el que Valentina, sentada en la pequeña banqueta tapizada de terciopelo rojo, había subido tantas veces al piso principal, en compañía de la tía Elvira, y al piso tercero izquierda, el suyo –el mismo del que ahora acababa de salir–, en la de su madre, su padre o sus hermanos. Y, en un momento dado, cuando se lo habían permitido, sola. El ascensor tenía un lenguaje propio, hecho de chirridos, chasquidos y remotos motores cuyo zumbido seguía un ritmo imprevisible. Pausas inesperadas, aceleraciones repentinas. Si, cuando se venía de la calle, el ascensor no se encontraba en la planta baja, había que presionar el botón blanco de la placa de mandos y esperar pacientemente a que empezara a producirse la extraña sucesión de ruidos que anunciaban su descenso. Una vez que el ascensor llegaba, había que saber abrir la puerta enrejada que precedía a la de madera de la cabina, mucho más frágil y fácil de abrir. Al fin, el privilegio. El asiento mínimamente mullido, pero siempre reconfortante, el espejo en el que no había que mirarse –aunque no había forma de evitarlo y todo el mundo lo hacía–, porque estaba lleno de manchas de azogue y cubierto por una especie de velo que producía

ondas y deformaba la imagen, el hueco de las escaleras deslizándose en sentido contrario al ascenso. Aquel pequeño trayecto constituía, en sí, una pequeña aventura. En él debía tener lugar el cambio interior, la adaptación necesaria. Valentina dejaba de ser la joven que había sido en la calle para ser –esa era la etapa que recordaba con más nitidez– la sobrina de doña Elvira. En aquel trance, todos aquellos ruidos de cables, ruedas y motores la acompañaban.

Ahí, en el hueco de las escaleras, seguían también, tensos y oscuros, los cables, ¡cuántos eran! Sostener un ascensor y, más aún, hacerlo funcionar no era un asunto fácil.

No volveré a utilizar el ascensor viejo, se dijo Valentina. Quizá tampoco el nuevo. Quizá no vuelva por aquí.

No iría a visitar, como había planeado, a los hijos del doctor Serafín. No tenía fuerzas para eso.

Más de una vez, Valentina se había preguntado dónde se encontraba ella el día en que su madre había muerto. Una gran nube oscura lo ocultaba todo. ¿Cambiaba las cosas que su madre se hubiera suicidado en lugar de haber muerto de una enfermedad o de un accidente? Sí, añadía dolor. El suicidio traía a la memoria de Valentina la mirada triste de su madre. A ellos, los hijos, les dijeron que Eladia ya estaba muy debilitada, sin duda contagiada de la tuberculosis que había acabado con la vida de Maximiliano, su padre, y que se había tropezado contra la mesa de la cocina y caído al suelo en un accidente mortal.

Al cabo de los años, su primo Alejo había decidido, de golpe, darle esa noticia, que le había sido negada, anulada, cuando se había producido. Había decidido arrojar sobre su prima, con quien había compartido juegos y desdichas, y que, como había tenido que sospechar, le había amado, aquel fragmento de realidad –una rueda de cuchillos, una bola de fuego– sin pensar en el daño y el dolor que a ella le pudiera causar.

La tía Elvira se había ido a la tumba con su secreto. El doctor Serafín, también. Pero Alejo se había negado a ser el depositario del secreto y se lo había entregado a ella. ¿Por qué? Porque las personas son distintas unas de otras. La tía Elvira y el doctor Serafín habían creído que debían mantener aquel secreto. Para Alejo, el secreto había resultado ser un peso demasiado incómodo. No le pertenecía. Con aquella revelación, Alejo se alejaba definitivamente de Valentina.

La ocultación del verdadero motivo de la muerte de su madre encajaba, como una pieza más, un eslabón, en la cadena con que los otros –la tía Elvira, sobre todo– la habían atado a la vida. Valentina lo había aceptado todo, no había hecho otra cosa que plegarse a la voluntad, incluso el capricho, de los demás. Pero, más allá de la ocultación, lo que más le dolía a Valentina era la desesperación que debía de haber sentido su madre para llegar a tomar una decisión tan extrema. Debía de haber entrado de forma irremisible en un reino de tinieblas, de absoluta desesperanza. ¡Y mientras su madre caía en la desesperación, ella, Valentina, estaba a su lado, conviviendo con ella! ¿Por qué no había sabido verlo? ¿Cómo había podido no darse cuenta? Por aquel entonces, pensaba en Alejo a todas horas. Estaba pendiente de sus pasos. Cuando en el piso sonaba el timbre de la puerta, acudía casi corriendo a la puerta por si se trataba de Alejo. Y si, después de haberse pasado la tarde allí, Alejo se quedaba a dormir, Valentina caía en el sueño envuelta en la idea de que no subía solo a estudiar sino para estar cerca de ella.

No había estado cerca de su madre. No había sabido adivinar la desolación y el vacío que la atormentaban. Sin embargo, de vez en cuando había tenido un fugaz presentimiento, pero siempre había logrado apartarlo de su mente. Le distraía de su ocupación principal, pensar en Alejo.

Darí­a su vida por haber podido consolar a su madre.

Las tardes, en otoño, son cada día más cortas. Al salir a la calle, Valentina respiró el aire fresco y húmedo y se caló la boina de lana en la cabeza. La luz tenue, un poco amarillenta, que irradiaba del cristal esmerilado de las farolas resultaba acogedora, como si se tratara de un manto protector o como si perteneciera a una dimensión de fantasía, el escenario de una película. En Madrid, por la tarde, solía ir al cine en compañía de alguna de sus amigas de la Academia Sagasta. Había varios cines al otro lado de la plaza de Bilbao. No recordaba bien el argumento de las películas que había visto, pero se quedaba imantada a la pantalla. Sobre todo cuando la vida que mostraban las películas se parecía, aunque solo fuera un poco, por pequeños detalles, a la suya. Calles al atardecer, farolas débilmente iluminadas, sombras que se deslizan con sigilo, hombres con sombrero y mujeres con boina, guantes y un bolso de mano. Había visto películas así. Eso era lo que de pronto le parecía su vida: una película. La había protagonizado sin saberlo.

Pasó la noche desvelada, escuchando el ruido de la lluvia al caer sobre el tragaluz. Llovían sobre su cabeza fragmentos de su vida en completo desorden. Solo importaba una cosa, recuperar la oportunidad de conocer, comprender y amar a su madre, de hacer que su madre no se quisiera morir, que no quisiera volverse a morir. ¿Podía hacerse? Podía hacerse todo lo que se quisiera. Una persona puede quitarse la vida. Esa era la prueba. Si alguien puede quitarse la vida, puede, también, tomar decisiones para vivirla de otra manera. Ella no podía devolver la vida a su madre, para eso hacían faltan poderes sobrenaturales. Las barreras del mundo físico no se pueden sobrepasar. Pero la vida es mucho más que lo meramente físico. Tenía que encontrar la manera de no volver a separarse nunca de su madre.

El día fue anunciándose en el rectángulo del tragaluz y a través de las pequeñas ventanas de las mansardas. El cielo estaba ahí, sobre su cabeza. En algún momento, haría algo. La desolación que había sentido su madre ya no se podía remediar, pero nada sería lo mismo desde ahora. La vida de su madre había entrado de verdad en la suya.

### 39. MARÍA AUXILIADORA

La noticia del ingreso de Valentina en una orden religiosa de clausura causó cierta conmoción en la familia. Antón y Eladio, en el pasado, lo habían comentado más de una vez: que su hermana se metiera monja parecía una determinación acorde con la vida que le había tocado llevar. Pero hacía años que habían dejado de considerar esa posibilidad. Cuando Valentina, unos días después de su visita a la ciudad, se lo había comunicado, por separado, a cada uno de ellos, ambos habían expresado su extrañeza.

¿Por qué?, ¿por qué ahora, cuando todo indicaba que su hermana había encontrado su lugar en Madrid y se había convertido en lo que podía llamarse una mujer libre e independiente y, con toda evidencia, muy atractiva? A pesar de los ofrecimientos que le hacía Antón, Valentina seguía viviendo en casa de Eladio, lo que, en el fondo, todos entendían. El alboroto que producían los niños ponía en peligro la feliz calma en la que ella parecía haberse instalado y que solo era agradablemente perturbada por amoríos y flirteos. Valentina, además, se había familiarizado con el barrio. Todo estaba a su alcance, la Academia Sagasta, los cines, los cafés, las tiendas. Sus numerosas amigas vivían allí. La mayor parte de sus esporádicos novios, también. ¿Qué le llevaba, de forma tan repentina, a abandonar todo eso para recluirse en un convento en un pueblo perdido del sur?

Sus hermanos no lo entendían. Valentina no tenía ninguna intención de despedirse de nadie, les comunicó. Dejaba ese asunto en sus manos. Antón Martín llamó a Justo Claramunt y Eladio Martín llamó a Alejo Claramunt. De hermano mayor a hermano mayor. De hermano menor a hermano menor. Cuando el resto de la familia conoció la noticia, Valentina ya se encontraba en el pueblo al que pertenecía el convento de la Orden de las Redentoras, aunque aún no residía en él, sino en una casa adyacente, destinada a las aspirantes, en la que se alojaban un par de semanas para formar luego parte del grupo de las novicias. Ya había elegido el nombre que llevaría de ahí en adelante: María Auxiliadora.



Valentina desapareció de las vidas de todos.

Fue Genoveva quien, años después, tomó la decisión de ir a ver a Valentina. Iría en compañía de Alba, la hija mayor. Un primo de Genoveva se casaba con una joven de Córdoba, y madre e hija, después de asistir a la ceremonia y de disfrutar del convite, podían tomar un autobús y hacer noche en el pueblo, a tan solo unos kilómetros de Córdoba, donde se encontraba el convento de las Redentoras.

Alejo las llevó a la estación de ferrocarril. Se acababa de comprar un coche nuevo. Atrás quedaba, ya para el desguace, el Fiat negro de segunda mano y maletero de joroba, el primer coche que Alejo había tenido y que había adquirido todavía no hacía una década, aunque pareciera mucho más. Ya no circulaban coches así, pero el coche se había resistido a morir. Dios sabe por dónde andaría el viejo Fiat, si es que aún estaba entero, cuando Alejo aparcó frente a su casa el nuevo coche, un Seat de color gris, con el que, días más tarde, llevó a Genoveva y a Alba a la estación.

Poco después de que el tren abandonara la estación, Genoveva entabló conversación con otros viajeros. En las plazas que quedaban justo enfrente de sus asientos, se había instalado un matrimonio de edad indefinida y de actitud muy cordial que se ofreció para orientarlas en lo que hiciera falta. Llevaban comida, agua y un termo de café. Modesta les había preparado unos bocadillos y algo de fruta. El amable matrimonio y las poco experimentadas viajeras lo compartieron todo. Genoveva, después del almuerzo, que duró mucho tiempo, se quedó dormida, mecida por el traqueteo, la cabeza inclinada hacia un lado, las manos sobre el regazo, los hombros caídos, el pelo, sobre el que a veces se posaba el sol, cubriéndole parte de la ancha frente en ondas desiguales, desordenadas, desmadejadas.

Alba no conocía al primo de su madre, y por tanto tío suyo, pero ir a una boda, ya con traje de jovencita, con la expectativa de ver gente nueva y, quién sabe, incluso de participar en un baile le resultaba excitante. La segunda parte, volver a ver —¡convertida en monja!— a su tía Valentina, a quien había admirado tanto, le producía emoción e intriga. El hecho de conocer de cerca un convento de clausura también le interesaba. En el colegio de monjas en el que Alba cursaba sus estudios, todavía sin finalizar, existía el ala de clausura, donde vivían las monjas y donde solo ellas podían entrar. Era un territorio misterioso del que se hablaba en susurros y sobre el que se elucubraba con

cierta morbosidad. Sobre todo, entre las mayores. A algunas de ellas, les producía algo más que curiosidad. Las atraía. A Alba también se le había pasado por la cabeza alguna vez meterse monja. Una gran mayoría de las niñas pasaban por esa etapa. La vida ordenada, atareada y silenciosa de las monjas suponía una alternativa, puede que la única, a la vida de la mujer casada. Una cosa eran los novios y la vida social. Otra, muy distinta, los trabajos y la monotonía del hogar. La tía Valentina, de forma súbita, había escogido esa vida. Quizá le contara cosas que luego ella pudiera relatar a sus amigas, algún dato interesante, ¿qué comían?, ¿les dejaban bañarse en la bañera? Eso era lo que se decía de las monjas: les estaba prohibido desnudarse, de manera que, si se bañaban, tenían que hacerlo en camisón. Pero, entonces, ¿cómo se enjabonaban?

Pensó luego –porque el camisón de las monjas no le acababa de interesar– en el traje que se iba a poner para la boda y se preguntó, con inquietud, cómo serían los de las otras jóvenes. El suyo era de piqué blanco, muy entallado y con falda acampanada. Había pertenecido a una de sus primas mayores, y estaba segura de que, aunque era un traje muy bonito que, además, le sentaba muy bien, no se ajustaba a la moda actual. ¿Estaría completamente pasado de moda? La tía Anunciada, que se había encargado de elegir los vestidos de las dos, le había asegurado que no, que ese estilo era intemporal, un clásico entre los clásicos, pero ella dudaba. Mercedes, a quien había pertenecido el traje, le había dado la razón a su madre, pero lo había hecho con poca convicción. Quizá el asunto le interesara poco.

La vida ascética de las monjas, los trajes de fiesta, los bailes, todo desfilaba por la cabeza de Alba, dando vueltas y vueltas, como una noria. Su cabeza, al fin, fue a posarse sobre el hombro de su madre ante la mirada benevolente de los viajeros despiertos.

## 40. EL BAILE

Momentos antes de despertarse, todavía envuelta en sueños, acudió a la cabeza de Alba una imagen de la infancia que no había podido borrar de la memoria y que le causaba un daño terrible, una mezcla insoportable de ira y dolor. En cuanto la imagen surgía en su mente, tomaba entera posesión de ella y la trasladaba de forma extraordinariamente vívida al lugar y al tiempo en que habían sucedido los hechos.

La escena tenía lugar en el salón de la casa, un sábado por la noche. Sus padres celebraban una fiesta. Debía de ser invierno, porque todas las luces de la casa estaban encendidas. Los sábados acudían a la casa amigos de sus padres a tomar unas copas, escuchar música y bailar. En esas ocasiones, Alba y sus hermanos no solían aparecer por la parte de delante del piso, donde se desarrollaba el mundo de los mayores. Sus cuartos estaban al final del pasillo, frente a la cocina y el dormitorio de las chicas de servicio. Desde allí, se oían las voces alegres de los mayores, sus risas, los ruidos de los zapatos de tacón de las mujeres sobre el suelo de madera. La música. El bayón, el chachachá, los ritmos de moda. Las mujeres iban muy arregladas. Genoveva se ponía su traje negro de crepé, en el que prendía, a ambos lados del escote, unos broches de falsos brillantes que a Alba jamás le parecieron falsos. Tenía el pelo, de un suave color castaño, corto y ondulado. Un pelo frágil, delicado.

Por alguna extraña razón de excepción, aquella noche Alba se encontraba allí, entre los mayores. ¡Qué bien bailaban las mujeres! Sus faldas flotaban en el aire, sus brazos desnudos se movían, haciendo tintinear las pulseras doradas. Alguien, una de las amigas de su madre, la invitó a unirse a los danzantes, y la niña había salido a la pista improvisada en medio del salón y se había mezclado con ellos. Alba aún podía verse allí, en medio del torbellino de la música, rodeada de los amigos de sus padres, hombres y mujeres elegantemente vestidos, a quienes ella apenas les llegaba a la cintura, que se reían, alegres, mientras movían armónicamente sus cuerpos al ritmo de la música de moda. Entonces había sucedido algo muy extraño, algo

inesperado, desconcertante y, finalmente, muy doloroso. Su padre, que en aquel momento no se encontraba bailando, surgió de pronto en la pista y arrancó a Alba de allí en un gesto de rara violencia. Las sonrisas, las risas, los movimientos ligeros de los cuerpos, todo se quebró.

Pasados los años, Alba veía la escena con estremecedora nitidez. Su padre se había sentado en una silla y allí, delante de todos, le había subido la falda, le había bajado el pantaloncito de algodón calado de los días de fiesta, y le había dado una paliza. Alba no podía arrancar esa imagen de su cabeza. Era terriblemente consciente del espectáculo que ella y su padre estaban ofreciendo. Jamás, en toda su vida, pensó, volvería a experimentar una vergüenza así. Jamás podría olvidarlo. Y eso era, también, lo que, mientras la mano de su padre daba rienda suelta a su ira, decía él: «¡Te acordarás de esto toda tu vida! ¡Toda tu vida!»

Hubiera querido poder olvidar aquel incidente tan incomprensible y vergonzoso. Hubiera querido, al menos, que alguien le explicara por qué motivo había sido castigada así, qué era lo que había encendido la ira de su padre.

¿Dónde estaba su madre cuando tal cosa sucedió? ¿Había sido finalmente ella quien la había rescatado y llevado, probablemente en brazos, a su cuarto, la había metido en la cama, arropado y consolado? Todo eso había desaparecido. Lo único que permanecía en la memoria, intacto, era ese horrible momento. La humillación, la insondable vergüenza.

En el vagón de tren que las llevaba a Córdoba, Alba miró a su madre, que aún dormitaba, y pidió, una vez más, olvidar aquella escena. Lo pedía sin saber a quién dirigirse, sintiéndose desamparada mientras lo hacía. Porque no quería que el rencor se extendiera y rozara a su madre. Ese había sido, desde aquel lejano momento, su esfuerzo principal. Mantener a su madre a salvo.

A su padre, desde entonces, había evitado mirarlo de frente. Había tratado de vivir como si él no existiera. No resultaba tan difícil, porque muy pocas veces se quedaban solos en casa los dos. Su padre formaba parte del grupo familiar, ese era el acuerdo íntimo, completamente secreto, al que Alba había llegado con el resto de la familia, su madre y sus hermanos. Incluso con Modesta, que en general se comportaba como si también ella ignorara a su padre. Alejo Claramunt nunca se aventuraba por la zona de la cocina. Cuando se encontraba en casa, se acomodaba en su butaca, donde fumaba y tomaba una

copa, o se sentaba frente a su escritorio, ojeando no se sabía qué papeles. Durante la semana, apenas se le veía.

Los domingos eran los días más inciertos, porque la familia entera iba a misa de doce a la catedral. Después de misa, volvían todos a casa. En aquel día excepcional, Alba y sus hermanos podían quedarse en el cuarto de estar hasta la hora de comer. Sus padres volvían a salir. Tomaban el aperitivo con el tío Justo y la tía Anunciada en uno de los bares de los soportales de la avenida de la Patria. Vermut y berberechos. Dos palabras extrañas, mágicas. No representaban cosas concretas. Eran conceptos.

Antes de la muerte de la abuela Elvira, las mañanas de los domingos habían transcurrido en el coche de caballos y en el Parque Grande, con la abuela, la tía Valentina, las primas, sus hermanos, y la niñera de las primas. La abuela apenas hablaba, pero les miraba a todos con una medio sonrisa y asentía levemente con la cabeza. Descendían del coche de caballos y se sentaban en uno de los bancos del Paseo, que tenía asientos por los dos lados. La fotografía que siempre había estado, enmarcada, sobre el piano de la abuela daba fe de uno de aquellos momentos. La abuela, en el centro, rodeada de los nietos, la tía Valentina detrás de la abuela.

La abuela, luego, le pedía a la tía Valentina que le diera a la niñera dinero para comprar helados. Se producía un momento de euforia, los helados se derretían y manchaban los abrigos. La niñera se enfadaba, pero el cochero, que les animaba a correr y a divertirse, se reía, apoyado contra el pescante.

Toda la familia acudía a almorzar al piso principal. El almuerzo transcurría lentamente, porque todo se hacía de forma solemne, servir, retirar los platos, sustituirlos por otros... Por no hablar de lo difícil que resultaba servirse directamente de la fuente, mientras la doncella la sostenía. Siempre la ayudaban un poco, pero Alba sabía que lo que todos esperaban de ella era que fuese capaz de servirse sola. Las conversaciones que los adultos mantenían durante el almuerzo la aburrían atrocemente. Con todo, el aburrimiento era llevadero. Lo peor era la vergüenza. Alba se pasaba la primera mitad del almuerzo esperando el momento en que su padre se lanzara a hablar. En cuanto bebía un par de copas de vino –que sin duda caían como un rayo fatal sobre el vermut del aperitivo–, se acaloraba y levantaba la voz. Por fortuna, los hombres, nada más finalizar la comida, pasaban a la biblioteca, donde tomaban café, fumaban y seguían bebiendo, ahora licores más fuertes que el vino.

El resto de los comensales se dispersaban. Alba y su madre subían al tercero izquierda, a descansar o a lo que fuera. Su padre no aparecería hasta la noche.

Ya después de la muerte de la abuela, los domingos por la tarde Alba se reunía con sus amigas, en una u otra casa. Nunca se había preguntado qué era lo que hacían sus padres.

Sin embargo, hacía muy poco tiempo, había tenido lugar un episodio que le había mostrado a su padre desde una perspectiva nueva. Alba no había ido al colegio, no porque estuviera enferma —el motivo más frecuente de sus ausencias—, sino porque su madre se lo había pedido. En aquella ocasión, era Genoveva la que se encontraba mal. Modesta estaba pasando unos días en el pueblo y la otra chica, la que se ocupaba de la limpieza y de todo lo que no fuera cocinar, no tenía tiempo para atenderla. A lo largo de la mañana, su padre había telefoneado varias veces porque se había olvidado de llevar al laboratorio unos papeles de suma importancia y quería cerciorarse de que, efectivamente, se los había dejado en casa. Con las primeras instrucciones que dio, no se encontraron, pero al fin, tras otras tentativas, fueron localizados en una de las casillas del escritorio. Como los necesitaba urgentemente y no tenía a nadie a quien enviar a la casa para que los recogiera, porque el chico de los recados ya había salido y no volvería hasta última hora de la mañana, que se los llevara la doncella o la misma Alba.

El que la doncella, que era una joven inexperta, recién llegada de su pueblo, atravesara la ciudad con aquellos papeles tan valiosos era impensable. De modo que fue Alba quien ejerció de mensajera.

Por primera vez en su vida, Alba había accedido al territorio en el que su padre pasaba los días. Lo primero que la había sorprendido había sido el fuerte olor a fármacos, a desinfectante, a productos químicos, a limpieza, que imperaba allí. Un olor ácido no del todo desagradable. Su padre, embutido en una bata inmaculadamente blanca, parecía encajar perfectamente en aquel entorno. Alba recordó que alguna vez sus padres habían comentado que, por fortuna, las batas que se utilizaban en el laboratorio no se lavaban ni planchaban en los domicilios. Una empleada se encargaba de eso.

Aquella mañana, tras entregar los papeles a su padre, Alba tuvo ocasión de conocer a esa empleada. Se la cruzaron por el pasillo. La chica, que también llevaba una bata blanca, iba cargada con una pila de envoltorios de papel de celofán tras el que se vislumbraba la bata, reluciente y perfectamente doblada.

Su padre se la presentó y la chica dijo, riéndose, que la bata de su padre se lavaba porque sí, porque era la norma, pero que en realidad no hacía ninguna falta. Jamás se la manchaba. Lo dijo como si tal cosa fuera motivo de orgullo.

Alba conoció también a las ayudantes del laboratorio y a otra joven que, cuando Alba irrumpió en el despacho de su padre, acababa de dejar sobre la mesa una bandeja con una taza de café. Todas eran chicas jóvenes y sonrientes, y parecían contentas de trabajar cerca de su padre, que las trataba con mucha familiaridad. A Alba le sorprendió que su padre desarrollara su trabajo rodeado de mujeres y que el ambiente fuera tan cálido. Amistoso, podía decirse.

Por el pasillo, mientras se encaminaban hacia la puerta de salida, su padre consultó su reloj.

—¿Sabes qué? —dijo—. Me voy a volver a casa contigo. Vamos de nuevo a mi despacho, hago una llamada y nos vamos.

En el despacho, su padre realizó un par de llamadas, habló con su secretaria sobre algo que había en los documentos que le había llevado Alba y se despojó de su inmaculada bata blanca.

—Listo —declaró—. Vamos a ver cómo se encuentra tu madre.

El hospital, que luego sería trasladado a otro lugar, en la periferia de la ciudad, se encontraba entonces en la calle Capitanía, a unos metros de la plaza de las Naciones. Para llegar hasta allí, podía tomarse un tranvía que dejaba prácticamente en su puerta, pero era un trayecto corto, y tomarse la molestia de ir hasta la parada y subir al tranvía y luego bajar de él no merecía mucho la pena. Alejo solía hacer el recorrido a pie.

Mientras caminaba al lado de su padre, Alba no podía desprenderse de la sensación que le había producido conocer el ambiente en que se desarrollaba el trabajo de su padre. Era evidente que esas mujeres jóvenes y alegres sentían admiración por él. Alba había palpado allí algo que no había percibido en ningún otro lugar: la perfecta adecuación de su padre a la clase de vida que imperaba en el laboratorio.

Ni ella ni su padre habían hablado mucho durante el trayecto, a pie, hacia su casa. Sin embargo, había habido algo en aquel silencio. Por su parte, Alba había preferido callar. Las escenas que acababa de presenciar, escenas nada extraordinarias, nada espectaculares, pero reveladoras de una parte de la vida de su padre que, probablemente, ella nunca conocería del todo, se le quedaron

grabadas. No había sentido –y tampoco la sentía ahora– curiosidad por ese mundo desconocido o por el papel que desempeñaba su padre en él, sino extrañeza, no tanto por su misma existencia, sino porque a ella, que secretamente se enorgullecía del poder de su imaginación, no se le había ocurrido que existiera.



## 41. AGUA FRESCA

De camino al hotel, finalizada la fiesta de la boda, su madre le había preguntado si se lo había pasado bien. Alba se había encogido de hombros. En aquel momento no tenía claro si lo había pasado bien, mal o regular. Estaba aturdida, no quería hacer análisis ni comentarios. Aunque sabía que su madre no le pedía eso. Su madre quería que ella dijera que sí, que lo había pasado muy bien.

La boda había representado el reencuentro de todas las hermanas tras la muerte de la madre, Jacinta, que había desaparecido de sus vidas de forma repentina a causa de un paro cardíaco, lo que en aquel momento se llamaba «ataque de corazón». Las cuatro hermanas, juntas, retrocedían a la adolescencia y a la primera juventud. Sin necesidad de decírselo unas a otras, la boda del primo de Córdoba había sido el final del periodo de luto, el regreso de la risa y de la frivolidad. Las cuatro hermanas se alojaban en el mismo hotel y habían reservado dos habitaciones. Ninguna de ellas había viajado con su marido. Había sido una casualidad, pero las cuatro lo celebraron. Alba compartía cuarto con su madre –con quien también compartía cama– y con la tía Otilia.

Antes de quedarse dormida, envuelta en la incesante conversación que se desarrollaba, en susurros, entre las hermanas, Alba se dijo que, aunque antes no había podido responder a la pregunta de su madre, ahora sabía que lo había pasado muy bien. No había sucedido nada especial, no había conocido a ese príncipe azul con el que toda joven de la época soñaba. Pero se había sentido bien dentro del vestido de piqué que había pertenecido a su prima Mercedes. Tal como había sospechado, estaba un poco pasado de moda –ninguna de las otras jóvenes llevaba un vestido como aquel, tan entallado en la cintura y de falda tan amplia–, pero eso no la había intimidado. Todo lo contrario. Por una vez, ser distinta de los demás no le había parecido una carga. Alba presentía que aquella tarde se había iniciado algo. Había vislumbrado destellos de luz en el camino, que siempre había considerado oscuro, que la ligaba con sus

semejantes. Sorprendentemente, los destellos de esa luz no tenían tanta relación con el interior –con lo que los otros no podían ver y donde ella tenía sus principales asideros– como con el exterior, lo que estaba a la vista de todos. El mundo al que la ceremonia y la celebración de la boda pertenecían le había dado la bienvenida.

El autobús que llevaba al pueblo en el que se encontraba el convento de las Redentoras salía al amanecer, para evitar, en la medida de lo posible, el calor. El plan inicial había sido salir de Córdoba el mismo día de la boda, pero las hermanas de Genoveva habían insistido en que las viajeras se quedaran esa noche a dormir. Otilia las acompañó, de madrugada, a la estación de autobuses.

Alba no había dormido mucho. La excitación sentida durante la fiesta, el murmullo de la conversación interminable entre su madre y la tía Otilia, el calor, la proximidad del cuerpo de su madre en la cama que debían compartir, todo había contribuido a hacer la noche larga y agitada. En el autobús, cerró los ojos y apoyó la cabeza en el cristal de la ventanilla, que su madre cubrió con su chaqueta de punto hecha un ovillo para hacer más blando el apoyo.

El único hostel que había en el pueblo estaba en aquel momento cerrado, pendiente, al parecer, de obras de mejora, pero el joven pariente que se acababa de casar conocía –o había dado con ella a través de sus amistades– a una señora que alquilaba habitaciones.

La señora se echó a reír al escuchar a las viajeras quejarse del calor.

–Esto no es nada. Ya verán luego, al mediodía –dijo.

Mientras Genoveva y Alba bebían agua fresca –no directamente del botijo, lo que les resultó imposible, sino en cuencos– y se reponían un poco del viaje, la mujer les dijo que ella no tenía mucha relación con el convento, pero que su prima, que era muy beata, solía estar al tanto de cuanto pasaba por allí. Casualmente, ahora la prima estaba en Sevilla, adonde había ido para asistir a su nuera en el parto. No era exactamente una comadrona, pero tenía buena mano con las parturientas y con los recién nacidos. La prima le había hablado de aquella monja, María Auxiliadora, a quienes las viajeras iban a visitar. De hecho, la prima había conocido a la monja antes de que hubiera hecho los votos, porque, a su llegada al pueblo, no había ingresado directamente en el convento, sino que, como era costumbre, había pasado una temporada preparándose para serlo. Una mujer no puede meterse monja sin más ni más.

La clausura es algo muy serio. Precisamente, había sido en casa de la prima donde la futura María Auxiliadora se había alojado durante el periodo previo a su ingreso en el convento. Las monjas la tenían en mucha estima y le confiaban el cuidado de las aspirantes. Puede que la vigilancia. Pasado un tiempo –creía que era cosa de un mes–, las aspirantes iban a vivir al convento, ya como novicias.

La mujer se sonreía mientras lo decía, como si los detalles del lento y complicado proceso le divirtieran, pero no parecía burlarse del todo. En una de las paredes del patio de la casa, unos farolillos con velas encendidas flanqueaban la imagen de una Virgen María del Perpetuo Socorro grabada en unos azulejos de vivos colores.

Dada la eventual ausencia de su prima, la mujer no podía darles ninguna noticia de María Auxiliadora, a quien, según creía, la prima visitaba de vez en cuando, siempre con una celosía por medio, desde luego. Esas eran las normas. Luego condujo a las damas a la habitación que había dispuesto para ellas, la más fresca de la casa, dijo. Les llevó una jarra de agua y un bizcocho de naranja que hacía ella misma y que, en su opinión, quitaba la sed.

Ojalá la vida, se dijo Alba, tuviera más momentos así. Momentos de extraordinaria placidez.

## 42. CLAUSURA

Por la tarde, bajo el ardiente sol, madre e hija se dirigieron al convento. Genoveva había acordado una cita con la madre superiora. Se podía ir andando, les explicó la dueña de la casa, solo había que llegar hasta el final de la calle y cruzar la plaza.

Faltaba un rato para la hora de la cita. Genoveva y Alba se sentaron en un banco de hierro, bajo los árboles. La plaza, recorrida por senderos de albero bordeados de parterres, tenía cierto aire de laberinto. Al otro lado, se levantaba el edificio del convento, que, desde donde estaban sentadas, mostraba únicamente su fachada, la gran puerta de la entrada al pie del alto muro y las tres filas de ventanas protegidas por contraventanas y barrotes. El hermetismo que irradiaba el edificio evocaba la idea de una cárcel. Llevaba siglos allí, con su misterioso mundo bien guardado en su interior.

Lo que más les asombró a las dos, poco después, fue el frescor que imperaba en el interior del convento. Se diría que un río corría bajo el suelo enlosado. Incluso se oía un rumor que bien podía ser de agua discurriendo plácidamente. Era un frescor que emergía de la oscuridad y que a Genoveva le produjo un escalofrío.

La monja que les había abierto la puerta condujo a las visitantes hacia el fondo del amplio zaguán y les pidió que tomaran asiento en un pequeño banco de madera arrimado a la pared. Las dejó allí, sin darles la menor explicación. Se alejó y desapareció de su vista.

Se oyeron unos ruidos al otro lado de la pared. Se abrió una puerta en la que no habían reparado. La monja de la portería surgió, mágicamente, allí, y les hizo una señal para que la siguieran. Atravesaron un pasillo sumamente estrecho, de techo muy bajo, y se encontraron en una pequeña sala en la que había varias sillas frente a una celosía muy tupida. La monja señaló las sillas, como invitándolas a que se sentaran. Luego volvió a desaparecer. Las

visitantes miraron la celosía, pero debía de haber una cortina oscura al otro lado, porque no se veía absolutamente nada.

Al fin, ante sus asombrados ojos, la cortina se fue descorriendo por una mano o un resorte invisible. A una distancia en la que resultaba muy difícil captar los rasgos de su cara, se encontraba, sentada en una silla recta de alto respaldo, una monja de edad indefinida, quizá la madre superiora. Acto seguido, la monja les dirigió unas palabras en latín. Luego dijo:

–La sierva de Dios María Auxiliadora es una hermana muy querida por todas las siervas de Dios. Las reglas solo permiten las visitas de los familiares más próximos. Pero en honor y reconocimiento a sus muchas virtudes, y teniendo en cuenta que hasta la fecha no ha recibido ninguna visita, he decidido hacer una pequeña excepción. Mañana, a las cuatro de tarde, antes de los rezos vespertinos, podréis reuniros, en este mismo lugar, con la sierva de Dios María Auxiliadora.

La monja miraba con expresión beatífica a sus visitantes. Habló otra vez en latín. Movi6 la mano derecha como si las bendijera. La cortina del otro lado de la celosía empezó a deslizarse hasta cubrirla por completo.

La madre tornera, que en aquel momento se encontraba en el cuarto, dijo:

–Las conduciré hasta la salida.

Madre e hija recibieron, de nuevo en la calle, el golpe del calor. Volvieron a la casa, pegadas a los muros, manteniéndose en la franja de sombra.

Algo más tarde, la dueña de la casa les indic6 un rinc6n del patio donde, entre una profusi6n de aspidistras, helechos y geranios, se abría un espacio ocupado por unas sillas de enea provistas de cojines y una mesa de hierro. En aquel rinc6n el calor resultaba más soportable. En el centro del patio, una fuente que derramaba constantemente un hilo de agua, lo que producía un tenue rumor, contribuía también a refrescar el aire.

Genoveva sac6 su labor. Había tenido la previsi6n de llevársela consigo. Jacinta, su madre, siempre lo hacía. La bolsa de las labores siempre estaba colgada de su brazo. Hacer punto en aquel lugar desconocido le proporcion6 una calma inesperada, una especie de anclaje. Alba trat6 de concentrarse en la lectura de un libro.

Así transcurrió el resto del día. No hablaron mucho entre ellas. El trajín de la boda del primo, el viaje en autobús, ese calor al que no estaban acostumbradas las había dejado sin fuerzas.

Al día siguiente, a primera hora, dieron un paseo por el pueblo. Almorzaron en el comedor, casi a oscuras.

Después de descansar un poco en su habitación, madre e hija, al filo de las cuatro de la tarde, salieron a la calle abrasada por el sol y se encaminaron de nuevo hacia el convento.

¿Quién podía reconocer a Valentina, envuelta en un amplio hábito de indefinido color que, en la penumbra que reinaba a ambos lados de la celosía, parecía casi negro, y que, con excepción de la cara, la cubría por completo? A la distancia a la que se encontraban, Genoveva apenas era capaz de distinguir los rasgos de su rostro.

–¡Qué alegría verte, Valentina! –dijo con voz temblorosa.

–Ya no soy Valentina. Soy María Auxiliadora –dijo la monja.

–Es un nombre muy bonito, María Auxiliadora.

Tenía la misma voz, eso pensó Genoveva. Seguía siendo Valentina.

–Contadme cosas –pidió la monja, posando su mirada sobre Alba–. Has traído a Alba contigo –musitó–, ¡qué felicidad! Contadme, contadme cosas, hermanas mías. ¡Qué terribles cosas suceden en el mundo!, ¿tenéis más noticias de Praga? Yo lo sigo por los periódicos. –Se rió–. No vivimos de espaldas al mundo, no creáis, estamos al tanto de todo y rezamos para que reine la paz sobre la tierra. La misericordia divina tendrá en cuenta nuestras oraciones.

Tanto Genoveva como Alba sabían que Praga había sido tomada por los tanques rusos, pero en la boda nadie había hablado de eso. Lo último que hubieran esperado era que esa clase de acontecimientos acaparase en la actualidad el interés de Valentina. ¿Cuándo habían visto a Valentina participar en conversaciones sobre los conflictos mundiales? Pero era de eso de lo que Valentina quería hablar, de los tanques rusos transitando por las calles de Praga. Las pequeñas novedades familiares no parecían causarle ninguna impresión. Por lo que parecía, una vez que se había apartado del mundo, la familia había dejado de existir para ella. Sin embargo, el planeta Tierra, con todos sus problemas a cuestas, seguía girando sobre sí mismo y alrededor del Sol, y eso sí que había que tenerlo en cuenta. Evidentemente, el campo de interés de Valentina se había ampliado. Por un lado, se había desprendido de muchas preocupaciones. Por otro, ahora parecía estar más en el mundo de lo que había estado nunca.

María Auxiliadora lo explicó con bastante claridad. Dedicar su vida a la

oración significaba exactamente eso. Alguien tenía que hacerlo, rezar. Interceder. De regreso en la casa, madre e hija se instalaron, como la tarde anterior, en el rincón sombreado del patio. De vez en cuando, Genoveva decía: «Pues sí que ha cambiado Valentina.» Algunas veces, añadía: «Quizá siempre haya sido así y no la conocíamos. Quizá le preocupara el mundo.»

Al anochecer, salieron a dar una vuelta por el pueblo. Alba sentía sobre el suyo el frágil brazo de su madre. Genoveva se detuvo ante un pequeño escaparate de una tienda donde parecía haber de todo. Posiblemente, era la única tienda del pueblo.

–Vamos a ver qué tienen –dijo, empujando levemente a su hija a entrar en el recinto.

Genoveva compró unos platos de cerámica y regaló a su hija un recipiente que podía servir para guardar plumas, bolígrafos y lápices.

–Como recuerdo del viaje –dijo.

Contó los billetes y las monedas despacio, dejándolos sobre el mostrador.

–Envuélvalo todo muy bien –le dijo al tendero, sonriendo–. Estamos de viaje, no queremos que se rompa nada.

El tendero también sonrió.

–Es artesanía de la zona –dijo con orgullo.

–Tiene unos colores muy bonitos –dijo Genoveva–. Me ha llamado la atención. Me ha recordado la de Manises, aunque no tenga nada que ver.

–¿Manises? –preguntó el tendero–. Puede que sí. Puede que tengan algo en común. ¡Qué buena cerámica hacen por allí! Pasé un invierno por la zona, con un tío mío. Aquello es muy distinto. Nunca se pasa frío.

El tendero y Genoveva estuvieron un rato hablando de cerámica y de la vida de los pueblos en invierno.

### 43. UN ACCIDENTE

El rincón del casino que ocupaban los hermanos Claramunt se fue poblando de nuevos contertulios. Uno de ellos venía visiblemente alterado. Todas las conversaciones se detuvieron. Cuando se calmó, comunicó la noticia: hacía escasamente un par de horas, Jaime Dueñas, con quien Inmaculada Castán había contraído matrimonio años atrás, había sufrido un accidente de carretera. Su coche se había estrellado contra un árbol en una carretera secundaria hacia la cordillera del Norte. Había fallecido de forma instantánea. Viajaba constantemente y era un buen conductor. Por lo que él sabía, se lo acababan de decir a Inmaculada. ¿Cuántos hijos tenían?, ¿dos, tres? Nadie lo sabía bien, ¿de qué edades? Lo ignoraban. Adolescentes, quizá.

Alejo sintió que todos esperaban que él dijera algo, un comentario compasivo, algo que los aliviara a todos. También él ignoraba cuántos hijos habían tenido Inmaculada Castán y Jaime Dueñas –a quien conocía de vista–, y la edad que tenían. No había querido saber nada de ellos, ni de los hijos ni de los padres. Ahora esa vida que él había rechazado resucitaba tétricamente. ¡Pobre Inmaculada! ¡Al destino no le había bastado con mortificarla con un único abandono!

–Vamos –dijo Justo, poniéndose en pie–. Te acompañaré a casa.

La noche de verano que recibió en la calle a los dos hermanos no tenía nada que ver con la ya lejana noche de diciembre en que, después de la muerte de su madre, habían deambulado bajo la ventisca, borrachos los dos, sosteniéndose el uno al otro. También aquella noche habían salido juntos del casino, pero luego se habían perdido entre el laberinto de calles que se abría a un lado del Coso, y habían seguido bebiendo, desconcertados por su orfandad, sabiéndose al fin solos en el mundo, probablemente arruinados, remitidos de golpe a una infancia jamás resuelta, que no podían dejar atrás en una sola noche. El calor nocturno no evocaba el invierno, pero algo de aquellas sensaciones volvió a la memoria de Alejo.

En lugar de volver a la casa, donde no estaba Genoveva, Alejo hubiera



preferido volverse a perder por las estrechas calles pobladas de bares, volverse a apoyar en el hombro, tan tambaleante como el suyo, de su hermano. Justo caminaba a su lado, despacio, como si cada paso le costara un enorme esfuerzo. Había envejecido prematuramente. Estaba pálido y encorvado. Usaba bastón con mango de plata. Uno de los bastones de la colección de su madre. Justo solo había querido quedarse con uno.

Cuando Genoveva y Alba regresaron de su breve recorrido por el sur, se encontraron con un hombre sumamente abatido. La súbita muerte del marido de Inmaculada Castán había afectado a Alejo de manera extraña. Ni Genoveva ni Alba ni ninguno de los chicos sabían quién era ese Jaime Dueñas que acababa de morir, ni, mucho menos, quién era Inmaculada, la mujer que se había quedado viuda y a quien Alejo hacía continua referencia, compadeciendo su suerte.

Por una vez, la historia que Alejo relató –aunque muy brevemente– a su mujer y a sus hijos no se refería a la guerra civil, sino a su propia vida de antes de casarse con Genoveva. Pero ni Genoveva ni Alba entendieron por qué aquella noticia había conmocionado tanto a Alejo. Él no era responsable de la muerte del hombre con quien Inmaculada Castán, que había sido novia suya, se había, al fin, casado. Sin embargo, Alejo se comportaba como si, efectivamente, él, de una u otra forma, fuese, en el fondo, responsable de aquella muerte.

Ante el asombro de su mujer y de sus hijos, Alejo rememoró, reiterada, obsesivamente, el momento en que, en el casino, había conocido la noticia, como si eso tuviera una gran importancia. Se había quedado mudo, no había podido hacer el más mínimo comentario. Había sido perfectamente consciente de la mirada de los otros. Le estaban acusando de algo, de aquella lejana ruptura del noviazgo, de los dramas que esa decisión había generado. Unos amigos le habían mirado abiertamente. Otros, con disimulo, ¿qué pensaban que podía decir él?, ¿qué tipo de declaración esperaban de él?

«¡Pobre Inmaculada!», exclamaba Alejo a veces, en medio de un silencio.

Al día siguiente, Justo telefoneó a Alejo. Iba a acercarse a la casa de la viuda a darle el pésame. Quizá podían ir juntos.

Alejo dijo que no se sentía con fuerzas para verla. Genoveva se ofreció a acompañarle, pero él negó con la cabeza.

–No me atrevo –dijo.

Alba miró a su madre, que le sostuvo la mirada durante unos instantes en un gesto de perplejidad. Nadie dijo nada.

Alejo volvió más de una vez sobre el asunto. Cuando lo hacía, Genoveva guardaba silencio. Alba se dijo que el extraño comportamiento de su padre indicaba algo, era una clase de anomalía.

Dadas las circunstancias, en el piso tercero izquierda apenas se habló de la visita que Alba y su madre habían hecho a María Auxiliadora.

Sin embargo, la visita tuvo sus consecuencias.

Meses después, una tarde de abril, Antón y Eladio Martín aparecieron en el piso tercero izquierda del edificio Claramunt. Aunque fuera con mucho retraso, querían agradecer a Genoveva la visita que, en compañía de Alba, había hecho a su hermana.

Ellos nunca habían ido a visitarla. Valentina se lo había dicho con toda claridad. Quería cortar todo contacto con su mundo anterior. Prefería rezar por sus familiares y conocidos que verles. Si esas no eran las palabras exactas que había utilizado Valentina, sí era la conclusión a la que habían llegado los hermanos.

Los hermanos Martín trajeron consigo una caja de cartón que contenía las cartas que Valentina había ido guardando durante su vida anterior. Muchas de ellas no eran suyas, sino de doña Elvira. Hacía años que Eladio y su mujer habían levantado el cuarto desocupado de Valentina. No habían sabido qué hacer con la caja de las cartas, que había ido de armario en armario, superando siempre, un poco por los pelos, el riesgo de desaparecer en la basura, junto a otros objetos considerados inservibles. Habían aprovechado aquella visita para dejar la caja en manos de Genoveva. Si ella o Alejo decidían tirarla a la basura, ellos no tenían nada que decir. Eran partidarios de deshacerse de las cargas. Pero, al fin, las cartas de doña Elvira habían llegado a ellos de forma indirecta. Resultaba más lógico que fuesen los hijos o las mujeres de los hijos de la viuda de Claramunt quienes decidieran qué hacer con ese legado.

La caja de las cartas se quedó sobre la cómoda del recibidor.

#### 44. UN TRATO ESPECIAL

Los hermanos Martín habían anunciado su visita con el pequeño margen de un día, y Genoveva invitó a Anunciada y a Justo a merendar. Hacía tiempo que los Martín no aparecían por la ciudad y las mujeres de los hermanos Claramunt sentían una gran simpatía hacia ellos. Les habían amenizado muchas de las comidas familiares de los domingos.

Anunciada llegó a casa de Genoveva con algo de antelación, de forma que recibieron juntas a los hermanos. Justo no había podido ir porque no se encontraba bien, llevaba arrastrando un resfriado desde mediados de marzo. Y, en fin, dijo Anunciada, con una media sonrisa, se había hecho muy aprensivo.

Alejo aún tardaría un poco en llegar, salía muy tarde del trabajo, ya lo conocían, dijo Genoveva, era muy cumplidor, ¿querían tomar algo entretanto?

Fue Alba quien sirvió los cócteles. No solo a los visitantes, sino a las dos anfitrionas.

Cuando, casi una hora después, llegó Alejo a la casa, los cuatro presentaban un aspecto muy animado. Alejo se sirvió una ginebra. La tomaba sola, sin agua y sin hielo. El vaso nunca se acababa, por mucho que bebiera. Alba se fijó en la forma en que su padre se llevaba una y otra vez el vaso a los labios, como si anhelara acabar con eso cuanto antes, con la ginebra, con aquella reunión, con todo. De hecho, al poco rato, se dejó caer en la butaca, y luego se retiró, alegando que tenía trabajo pendiente y que necesitaba descansar un rato.

Ni a Antón ni a Eladio Martín parecían afectarles los cócteles. Consumieron los emparedados que había traído Anunciada con la misma alegría con la que bebían, luego pidieron que se pusiera música y animaron a las señoras a unirse a ellos en el espacio que quedaba entre las dos alfombras que cubrían el suelo y que en tales momentos todos llamaban «la pista de baile».

Alba se preguntó cuántos años hacía que sus padres no daban una fiesta. ¿En qué momento se habían acabado las fiestas? Todas las fiestas que habían dado sus padres se le habían borrado de la memoria. Todas menos aquella, la del estallido de ira de su padre, ¿habría sido la última? Ahora su padre

descansaba en su cuarto, al margen del bullicio que reinaba en el salón. Probablemente, se habría tendido sobre la cama y se habría quedado dormido. Se había retirado voluntariamente, como si no le importara que nadie lo necesitara o como si no quisiera dar mucha importancia a determinados asuntos, los extraños asuntos a los que Alba tendría que enfrentarse y que pertenecían al mundo de los adultos, cuyas puertas se le estaban abriendo. Pero no sintió compasión por él.

La sensación, no enteramente nueva, de tener fiebre acompañó a Alba durante toda la noche, pero no tenía fuerzas para encender la luz y comprobarlo. Tampoco sabía dónde se encontraba el termómetro, ¿en el cajón de la mesilla de noche?, ¿en el armario del cuarto de baño? No merecía la pena emprender la búsqueda. Además, había comprobado que, cuando se sentía así y se ponía el termómetro bajo el brazo, el mercurio nunca pasaba de los treinta y siete grados. En la opinión general, eso no era fiebre.

El único que le había hecho algo de caso durante esos episodios en los que la sensación de fiebre era muy intensa –a pesar de que, como el termómetro indicaba, no se correspondía con la realidad objetiva– había sido el doctor Campos. Para él, Alba era una niña extraordinariamente sensible y requería ser tratada de forma muy especial.

«En el pasado, le hubiera recomendado largas estancias en los balnearios», decía a menudo el doctor. «Pero ya no existen esos balnearios. Esta niña pertenece a otra época.»

Alba agradecía las palabras del doctor. Quizá fuera cierto que pertenecía a otra época, quién sabe a cuál, pero lo que sobre todo sentía es que no pertenecía al mundo que se desarrollaba a su alrededor. Tenía dentro de sí un gran desasosiego: no conocía a los demás, no sabía si pensaban como ella o de un modo muy distinto o simplemente no pensaban. Lo curioso era que todos se comportaban como si dieran por sentado que tenían con ella muchas cosas en común. Probablemente, no se preguntaban si la conocían o no. Ese tipo de asuntos no les preocupaba en absoluto. Para ella, sin embargo, eran un constante motivo de preocupación. Desde lo más profundo –y secreto– de su ser, pedía ser objeto de un trato especial. No pedía exactamente más atención, sino una atención distinta.

Esa inquietud había acompañado a Alba desde niña, y ahora, cuando la adolescencia, ya de por sí muy turbadora, anunciaba el estallido de la

juventud, que prometía aún más agitación, se preguntaba qué pasaría con esa inseguridad profunda sobre la que había edificado todo lo que era o lo que parecía ser.

En lo que se refería al futuro, Alba aún no había decidido el camino que iba a tomar. Había finalizado, hacía prácticamente un año, y con muy buenas notas, los cursos escolares. Una conocida de su madre le había hablado de la Escuela de Emma Ávila, una señora que procedía de una familia ilustrada – cosa rara en la ciudad, y probablemente en todas las ciudades de provincias de la época– y que había fundado hacía unos años un centro para jóvenes de ambos sexos donde se enseñaban idiomas y cultura general. Emma Ávila tenía sus propias teorías educativas, heredadas de la escritora ilustrada Josefa Amar, que había sido una de esas extraordinarias mujeres del siglo XVIII que habían abogado por que la educación se hiciera extensiva a las mujeres. El título que, al cabo de tres años de estudios, obtenían los estudiantes no servía para gran cosa, pero se podía enmarcar y colgar en la pared del dormitorio. Alba se decidió por esa opción. Se trataba de algo distinto, que le producía cierta curiosidad. La universidad podía esperar.

En la Escuela de Emma Ávila no existían los exámenes, los alumnos tenían que presentar un trabajo personal que se realizaba por libre –bajo la tutela de la profesora– con ayuda de libros o de lo que fuera. Era un proyecto que se podía llevar a cabo en cualquier parte. Genoveva pensó en llevarse a Alba a pasar una temporada al pueblo de Valencia donde se encontraba la casa de la huerta de la que, desde la muerte de Jacinta, su madre, ella y sus hermanas disfrutaban por turnos. La misma Emma Ávila fue a visitar a Alba a casa y le llevó libros de su propia biblioteca que no solía prestar a nadie. Declaró que tenía mucha fe en ella y que lo importante era que se restableciera cuanto antes.

Pero era época de exámenes, y Genoveva temía que los chicos, que se encontraban en una edad crítica, se librasen de su labor de vigilancia para hacerle cumplir sus horas de estudio. Tras considerar diversas opciones, pidió ayuda a su hermana pequeña. Desde el primer año de su matrimonio, Otilia había pasado por diversas y profundas crisis que anticipaban una siempre inminente ruptura matrimonial, y en aquel momento se encontraba, según declaraba, a las puertas de la separación definitiva. Hasta tanto no se implantara en España, como ya sucedía en todo el mundo civilizado, la ley del divorcio, viviría sola. La posibilidad de tal ley parecía muy remota, casi

descabellada, pero Otilia, que se consideraba muy guapa y aún joven, era una mujer de ideas avanzadas y no estaba dispuesta a que la vida se le escapara de las manos por culpa de una mala decisión tomada en la primera juventud.

Se presentía el verano. A Otilia, la idea de pasar unos días en la casa de la huerta con el pretexto de acompañar a su sobrina Alba le pareció estupenda.

En la huerta, cobraría nuevas fuerzas para llevar a cabo la proyectada separación matrimonial y dejaría atrás, por unos días, la ciudad del norte, lluviosa y gris, en la que vivía desde que se había casado.

En esas circunstancias, Alba fue objeto de un trato especial.

## 45. LA BOLSA DE RASO

En la huerta, la primavera era un preludio del verano. Las flores llenaban el aire de aromas. Los árboles florecidos, el rumor de las hojas, el aire tibio, el sonido del agua fluyendo por las acequias, la luz suave y velada, todo se conjugaba para evocar la idea de un oasis. Durante los primeros días, Otilia, con la colaboración de los guardeses, organizó un pequeño comando de limpieza y acondicionamiento de la casa, cosa que Alba no recordaba haber visto hacer a su madre. Genoveva nunca era la primera en ocupar la casa durante la temporada de verano. Siempre que les tocaba el turno a los Claramunt, les precedía una de las otras hermanas con su respectiva familia. Todas sabían que Genoveva no estaba dotada para la organización. Era algo que siempre se había dado por sentado. La hermana a quien le tocaba el primer turno asumía la responsabilidad de poner la casa a punto, pero el turno no incluía a Genoveva.

A Alba siempre le habían llamado la atención esos privilegios de su madre que en la familia no parecían extrañar a nadie. Un poco por probar, le hizo a la tía Otilia un comentario sobre su asombrosa actividad, pero Otilia se echó a reír, e incluso se disculpó. Hacer tanta limpieza y poner tanto orden era una manía suya, dijo. No podía dejar de hacerlo, aunque no sirviera para nada. Aquella casa siempre había tenido un aire de desorden, y en ese desorden, que en el fondo estaba bastante controlado, habían sido felices las cuatro hermanas. La casa y la huerta eran su paraíso particular, su jardín del Edén. Durante los años que siguieron a la guerra civil, habían pasado allí largas temporadas. El verano se prolongaba hasta finales de octubre, los días de Semana Santa casi alcanzaban el verano. En el jardín delantero, a la sombra, se sentaban las hermanas. Siguiendo las instrucciones de su madre, preparaban el ajuar. Cosían, hablaban, se reían. A veces, recibían visitas. Había fotos que lo atestiguaban.

En la casa de la huerta todo remitía a la familia materna, ¡cuánto mejor pensar en esa parte de la familia que en los Claramunt y, menos aún, en su

propio padre! Ahora Alba palpaba la dicha que había llenado los largos veranos de su madre y de sus tías. En el jardín del Edén, las rencillas y vicisitudes de los Claramunt, y sobre todo sus propios rencores, dejaban de existir. No traspasaban el umbral.

Pero Genoveva había metido en la maleta de Alba un extraño hatillo que sí tenía relación, y mucha, con los Claramunt. Era una bolsa de raso de un estampado desvaído y azulado, que se formaba al plegar la tela y que se cerraba con la ayuda de unos cordones que iban y venían y que finalmente se enlazaban. La bolsa ocupaba un lugar especial en el armario de Genoveva. En ella se guardaban pequeños pañuelos, cintas de seda y trozos de encajes que habían sido rescatados de prendas de lencería desechadas. El fondo de la bolsa, un rectángulo, era almohadillado. A Alba, cada vez que su madre sacaba la bolsa del armario en busca de algo, siempre le había parecido el objeto más suave y delicado que había visto nunca. Genoveva se lo había anunciado a su hija: había envuelto en aquella tela, que primero se extendía y luego se doblaba para convertirse en bolsa, las cartas y papeles que había guardado Valentina y que los hermanos Martín habían llevado a Genoveva en una caja de cartón. Quizá su madre, se dijo Alba, había utilizado esa bolsa porque era lo que tenía a mano. No se le había ocurrido otro lugar donde meter las cartas. La caja de cartón era rígida y ocupaba demasiado espacio en la maleta. Genoveva, además, conocía la fascinación que la bolsa le producía a Alba, de manera que, a la vez, podía ser una forma de decirle que, a su juicio, esos papeles significaban algo. Su madre no había hecho ningún comentario, o Alba no lo recordaba. Simplemente, había metido la bolsa en la maleta. Quizá esperara que Alba, que era tan aficionada a la lectura, decidiera el destino de aquellos papeles.

Alba abrió la bolsa la tarde en que Otilia, tras decidir que la casa estaba ya en perfecto orden, cogió el autobús y se fue a Valencia a comunicar a sus amistades su presencia en la huerta. Sacó las cartas y los papeles, que estaban ordenados en pequeños paquetes envueltos en papel crema y atados con cintas de raso de diferentes colores. El montón de la cinta rosa correspondía a las cartas que la abuela Elvira había escrito y que, al parecer, no había enviado. Las palabras escritas en el papel que envolvía las cartas se correspondía con la letra, menuda y delicada, de la tía Valentina. El paquete atado con cinta azul contenía las postales que Justo y Alejo habían enviado a su madre durante la



guerra y en algunos de sus viajes. Había constancia de los viajes de novios de los dos, con firmas de Anunciada y de Genoveva en las postales correspondientes. La cinta amarilla anunciaba telegramas. Otras cartas, de diversos remitentes, se contenían en un paquete atado con cinta de color morado. Además de los montones de las cartas, había dos cuadernos de tapas de hule negro, en cuyas etiquetas se leía «Notas 1», y «Notas 2» y que habían pertenecido a Valentina. Entre sus páginas, llenas de anotaciones, había hojas secas, billetes de tren y de autobús, entradas de cine y de teatro y pequeños recortes de periódico.

Aquellos papeles daban testimonio de la letra de la abuela Elvira, del tío Justo, de la tía Anunciada, de su padre, Alejo, de su madre, Genoveva, de la tía Valentina, de Antonio Perelada... Eran letras de personas cuyos nombres le eran a Alba muy familiares o le sonaban de algo y nombres de personas cuyos nombres le resultaban completamente desconocidos. Leyó algunos de los encabezamientos y algunas frases sueltas de las cartas escritas por su abuela. Todo le sonaba muy antiguo, perteneciente a un mundo regido por normas muy estrictas y fórmulas sociales pasadas de moda. Para desentrañarlo, había que atravesar la barrera de aquel lenguaje tan arcaico en el que, de pronto, se colaba una frase espontánea, lo que producía cierto alivio y, al mismo tiempo, resultaba perturbador.

Ojeó los cuadernos de la tía Valentina, que mostraban una parte de su tía desconocida por todos. Era como entrar en un santuario. Alba cerró los cuadernos y los guardó, junto con las cartas y otros papeles, no en la bolsa de raso azulado sino en una caja de cartón que le proporcionó la mujer que cuidaba de la casa y de la huerta.

## 46. EL JARDÍN DEL EDÉN

La tía Otilia volvió al día siguiente, en coche, acomodada en el asiento de la derecha. La conductora del vehículo era Juliana, que en su juventud había sido muy amiga de Genoveva, y que parecía incluso más joven que Otilia. Juliana se había quedado viuda muy poco después de haberse casado y de haber asistido con su marido a la boda de su amiga, según explicó a Alba, rememorando la celebración de la boda en el balneario de la Malvarrosa, donde se había bailado hasta bien entrada la madrugada. Ni ella ni Otilia tenían hijos.

De vez en cuando Juliana, más romántica que Otilia, hablaba del tiempo de la guerra, que, por raro que pudiera parecer, para Genoveva y ella, las chicas más guapas de Valencia –precisaba–, había sido una época casi feliz. Se pintaban los labios a escondidas en el portal de sus casas y se dirigían al Ideal Room, el café de moda, donde reinaba un ambiente bohemio. Según se decía, el Ideal Room era un pedazo de París. Ni siquiera en Madrid existía un lugar así. Cuando el gobierno de la República se trasladó a Valencia, la ciudad se llenó de corresponsales extranjeros y periodistas de todas clases, de políticos, de artistas e intelectuales. Sus puntos de reunión eran el Ideal Room y la Casa de la Cultura, ambos en la calle de la Paz. Rue de la Paix, decían algunos. ¡Qué bullicio reinaba allí! Ellas se echaban un par de años encima y daban el pego. Llevaban trajes de chaqueta muy entallados –así se decía, *tailleur*– y el pelo largo, suelto y ondulado. ¡Ay, cuánto se habían divertido! Daba un poco de vergüenza decirlo, porque, muy cerca de ellas, la guerra seguía y se hablaba continuamente de muertos y de atrocidades, pero, no lo podían negar, ellas se divertían. Claro que también lloraron. Genoveva había enfermado cuando conoció la muerte de un joven con quien se había comprometido casi secretamente. Sí, también habían vivido tragedias, aunque de eso ya no había que hablar, bastante gris era la realidad que las rodeaba.

Pero los ratos de melancolía duraban poco. Juliana y Otilia enseguida se echaban a reír.

Alba nunca había oído hablar así de la guerra, nunca había imaginado que, pese a las incontables muertes que había provocado y a la exaltación patriótica que, solo con nombrarla, generaba en la mente de su padre, hubiera, escondido, algo de alegría entre sus pliegues. De pronto, la guerra se convertía, vista a través de los recuerdos de la tía Otilia y de Juliana, en un agitado y casi emocionante telón de fondo. La guerra le había dado realce a la vida. Había hecho de la juventud de aquel grupo de chicas un tiempo colmado de alegre inconsciencia.

Pasaban las tardes sentadas en sillones de mimbre bajo la sombra de árboles frondosos. Bebían limonada y, cuando caía la tarde, un extraño licor anisado que se hacía en la zona y que ellas tomaban con hielo picado. Los días de calor, preludio del verano, se bañaban en la alberca. Otilia se había comprado un biquini, aunque no estaba segura de tener luego el atrevimiento suficiente para ponérselo en la playa. La alberca de la huerta era el lugar ideal para lucir el biquini, aunque no hubiera mucho público ante el que exhibirse. Las tardes discurrían con lentitud, envueltas en calor, baños, limonada y granizados de anís. Los perros de aspecto vagabundo que vivían en la huerta desde siempre se echaban a los pies de las mujeres y dormitaban. Era los únicos que no podían hablar, pero, de algún modo, parecían los seres más felices. Y hacían que todo encajara y cobrara un aire de felicidad.

Algunas veces, la tía Otilia y Juliana organizaban comidas campestres. La casa y el jardín delantero se llenaban de gente desconocida. El olor de la paella se mezclaba con el aire cálido que anunciaba el verano. Comían en platos y vasos de aluminio de vibrantes colores, azul cobalto, amarillo dorado, naranja cobrizo, gris plateado. Al atardecer, empezaba el baile. Alba bailaba al lado de sus tías –también Juliana reclamaba para sí ese parentesco–, medio mareada, embargada por la intuición del amor y de la felicidad.

Por la noche, en el cuarto que compartía con la tía Otilia –aunque la casa tenía muchas habitaciones, Otilia había dispuesto que durmieran las dos en el cuarto que, antes de casarse, había compartido con Genoveva–, Alba se desvelaba un poco pensando en las conversaciones escuchadas durante el día, que acabaron borrando el atisbo de inquietud que le había producido la fugaz inmersión en los mundos de la abuela paterna y de la tía Valentina. Era un cuarto espacioso, con dos camas, mesillas de noche, armario de espejo y una

gran consola, también con espejo, todo a juego. Madera con dibujos de flores coloreadas en distintos tonos de rosa y hojas de color verde. Alba miraba a la tía Otilia con la fascinación que suelen sentir las hermanas pequeñas por las mayores, y se decía que si ella hubiera tenido una hermana mayor, no se habría sentido tan sola.

## 47. LLUVIA

Finalizado el verano, Alba se concentró en la redacción del trabajo de fin de curso de la Escuela de Emma Ávila. Los largos y felices días pasados en la casa de la huerta le habían hecho recobrar las fuerzas perdidas. La sensación de tener fiebre y de ser presa de un cansancio profundísimo que se convertía en dolor indeterminado y constante no había vuelto a aparecer.

El doctor que había sustituido al difunto don Serafín Campos había recomendado que Alba pasara todo el tiempo posible al aire libre. La terraza se acondicionó para facilitar sus estudios. La mesa de hierro y azulejos que siempre había estado allí, con algunos de los azulejos rotos y magulladuras en el hierro forjado, fue fregada a conciencia y se situó junto al muro de la izquierda. El hermano chamarilero de Modesta trajo unas patas de hierro que había comprado en un almacén de desechos y buscó, en otro lugar, la pieza de mármol adecuada que sirviera de tablero. La segunda mesa se colocó junto al muro de la derecha, el que remataba en una celosía y lindaba con la pequeña terraza comunal –donde los porteros y otros vecinos tendían la ropa–, que se encontraba entre la terraza del piso tercero izquierda y la del tercero derecha. En esta pequeña terraza, detrás de una caseta donde se guardaban no se sabía qué cosas, se levantaba el palomar, que en los primeros años de vida del edificio había albergado a varias familias de palomas pero donde en la actualidad solo quedaba media docena de ejemplares. Cuando era pequeña, Alba, desde la calle, no podía vislumbrar el tejado rojizo del palomar. Sí alcanzaba a ver la balaustrada de su terraza. La conciencia de que el piso donde ella vivía estaba allí, en lo alto, y que la terraza que se extendía tras los balaustres de color crema era el lugar donde ella pasaba tanto rato jugando, le daba una cálida sensación de seguridad, casi de orgullo.

Aún hacía calor. Alba se instalaba en la terraza, unas veces en la parte de la derecha y otras en la parte de la izquierda, en función de la sombra que se formaba junto a los muros. Genoveva deambulaba por la casa y salía a la calle a hacer recados o se sentaba un rato, cerca de ella, en una hamaca, y hacía

punto. Hacía mantones y jerséis uno detrás de otro, de forma casi mecánica, de color blanco, azul o rosa. Mantones y jerseicos para bebés que regalaba a las hijas embarazadas de sus amigas y conocidas. Salían perfectos. Anunciada le había sugerido que pusiera una tienda de ropa para bebés. Genoveva negaba con la cabeza. La idea de la tienda, con lo que suponía de responsabilidad y gente contratada, le horrorizaba. Le gustaba estar entretenida, eso era todo. Terminar el mantón, pasarle la cinta, doblarlo, envolverlo con papel de seda, guardarlo en una caja de cartón satinada de blanco. Llevar el paquete a casa de su amiga. Sonreír cuando la amiga lo abría y cuando la futura madre lo miraba casi como si estuviera ya contemplando a su bebé.

Cuando Genoveva estaba fuera de casa y a Alba, de pronto, le entraba un gran aburrimiento, una especie de hastío que le quitaba todas las ganas de estudiar, se iba a la cocina a hablar con Modesta.

Modesta se encontraba siempre allí, junto al cesto de ropa que había que remendar. Alba se sentaba a su lado en una de las sillas de asiento de paja y le preguntaba cosas del pasado.

–¿Por qué te ha entrado de repente tanto interés por el pasado? –protestaba Modesta, que vivía volcada en el presente.

–No sé, quizá haya sido por las conversaciones que tenían la tía Otilia y su amiga Juliana, y también por las cartas de la abuela. Valentina las guardó y ahora las tenemos nosotros. Las trajeron los tíos. Se las dieron a mamá, no sé por qué. A lo mejor no sabían qué hacer con ellas.

–Las cosas del pasado hay que dejarlas atrás –dijo Modesta–. Se quedan ahí, lejos. Ya pasaron.

–¿Fue todo tan horrible?

–¿Te refieres a la guerra?

–En parte, sí.

–De la guerra es mejor que nos olvidemos todos.

–¿Cómo era mamá antes de casarse?

–Muy guapa y muy alegre. Se la disputaban todos. Repartió muchas calabazas. –Modesta se rió.

–Tuvo un novio que murió, me han dicho.

–Fueron muchas penas seguidas –dijo Modesta–, ¿quién te lo ha contado?

–La tía Otilia.

–Es muy charlatana, Otilia. Pero tiene buen corazón.

—¿Cómo era, Modesta?, háblame de ese novio de mi madre.

—¡Ay, hija! Fueron dos. A cual mejor, la verdad. Si te hablo de ellos, lloraré, y no tengo ganas de llorar.

Pero Modesta fue hablando poco a poco. El primer novio de Genoveva era de Izquierda Republicana, un chico muy listo y muy educado. Murió en el frente de Teruel. Genoveva, que era casi una niña, lo había llorado durante días. Luego, para distraerse, iba todos los días a ayudar al Albergue de la Malvarrosa, donde estaban los niños huidos de la guerra. La misma Modesta la acompañaba, ¡pobres niños! Eran refugiados de todas partes, de Aragón y Cataluña, sobre todo. Sus padres habían querido salvarlos de los bombardeos. Algunos parecían muy asustados, como si hubieran visto cosas terribles, pero la mayoría reía y gritaba como cualquier niño o niña de su edad.

—Así que mi madre ayudaba a esa gente, los republicanos.

—En Valencia estaba la República —dijo Modesta con cierto orgullo—. Durante unos años, incluso estuvo el gobierno. Y no se vivía mal, a pesar de todo. La señora, tu madre y sus hermanas iban al teatro y vestían muy bien. Si te digo la verdad, tu madre era la más guapa de todas. Hacían un grupo muy elegante. La señora hasta usaba sombrero. Hambre de verdad no pasamos hasta el final. Eso sí que fue horrible. De eso no quiero hablar. Don Benigno, el padre de tu madre, era un hombre bueno. No se metía en política, tenía amigos en los dos lados. A tu madre, en el Albergue, la llamaban «compañera», pero en nuestra calle, siempre le decían «señorita». Yo le planchaba las blusas blancas, inmaculadas, que tanto le favorecían. Les planchaba la ropa a todas, claro, pero a ella le lucían más.

—¿Y el segundo novio?

—Fue una cosa rara, una de esas cosas que no se acaban de entender. Ocurrió después de la guerra. El chico era de una familia muy conocida. Durante la guerra, para salvar la cara ante los republicanos, habían tenido en su casa a unos parientes del bando rojo que habían venido con el gobierno de Madrid. Gracias a eso, nadie les había tocado. La madre del novio se quedó viuda nada más terminarse la guerra y algo después, cuando tu madre y él ya habían anunciado su compromiso, el chico se fue a Londres, precisamente con los parientes que habían vivido en su casa. Tenían algo que ver con la embajada, creo. A lo mejor es que eran embajadores, no lo sé. Y ya no volvió. Yo le pregunté a una de las chicas que estaban al servicio de la familia, y que era de mi pueblo, y me dijo que la idea había sido cosa de la madre del chico, la

viuda. Decía que al chico alguien le había metido malas ideas, no sé si anarquistas o comunistas, en la cabeza y que lo mejor era sacarlo cuanto antes de España, no fuera a suceder ahora la desgracia que se había conseguido evitar durante los años de la guerra. Sin embargo, la muchacha que estaba al servicio de la casa lo ponía en duda. El chico no era sospechoso de nada. Todo lo contrario, era un joven muy agradable y educado, trabajador, muy formal. Yo también lo llegué a conocer. En opinión de mi amiga, lo que pasaba era que la madre aspiraba a que hiciera mejor boda, ¡como si casarse con tu madre no fuera bastante para ella! ¡Pobre niña! Cuando el chico se fue, le escribió muchas cartas y tejió bufandas y guantes de lana, que envió por correo postal. Yo la acompañé un par de veces a la oficina de correos. El chico volvió de Londres dos años después y el noviazgo se deshizo. Se casó con una pariente suya muy rica y medio aristócrata. Yo creo que lo lamentará toda su vida. Tu madre y él estaban hechos el uno para el otro.

Modesta suspiró.

—¿No te he dicho que no quiero llorar? —dijo, en voz baja—. Es mejor no hablar de estas cosas. Ni siquiera se debe pensar en ellas.

—Y tú, ¿por qué no te casaste, Modesta?

—No tuve tiempo, hija, no tuve tiempo. Y, con todo lo que me ha tocado ver y padecer, no lo haría ni aunque me encontrara con el príncipe azul más azul del mundo. Y ya no son horas, claro.

Una tarde, el aire se fue cargando de calor y al final cayó una fuerte tormenta. A Alba le dio tiempo de meter dentro de la casa sus libros, sus cuadernos y la silla de pino de la cocina. Mientras el agua de la lluvia caía con estruendo sobre el suelo de la terraza, Alba, con la frente apoyada en el cristal del balcón, se sintió impotente. Ante la lluvia, ante el futuro que le aguardaba, ante el discurrir de los días.

Cesó, al fin, la lluvia. Alba volvió a salir a la terraza. Una capa de agua sucia, arenosa, cubría las baldosas. La lona de la hamaca estaba empapada. No había habido tiempo para plegarla y ponerla a cubierto. Al hacerlo ahora, ya tardíamente y con el suelo de la terraza rebosante de agua, a Alba se le mojaron las sandalias y los pies, pero aún hacía calor y no le importó. Sus ojos recorrieron la terraza. El aire olía a ozono, a todo lo que huele después de la lluvia, a muchas cosas mezcladas, olores conocidos y olores desconocidos, olor a tierra, a árboles, a ropa mojada. La misma piel de Alba



olía de otra manera, no se sabía a qué, a río, a mar, a estanque, a alberca, y tenía un tacto distinto, mucho más suave, como si no fuera su piel de siempre. Respirar era también distinto. Mirar, con el cuerpo apoyado en la húmeda balaustrada de piedra, ligeramente inclinado hacia la calle, con la vista perdida en tejados y azoteas, en nubes cada vez más claras, entre las que el sol aún quería asomarse, rezagado, poco dispuesto a abandonar la tarde, parecía algo más, mucho más, que mirar.

A sus espaldas, se escuchó un ruido extraño seguido de unos gritos. Alba volvió la cabeza, sobresaltada. Sin embargo, la escena que vio hizo que, durante unos segundos, se desatara su risa. Su madre y Modesta se habían resbalado sobre el suelo mojado y se habían caído al suelo, quién sabía cuál de las dos había resbalado primero y quién había ido en ayuda de la otra para resbalarse después. Nada, no se habían roto nada. Ni siquiera se habían hecho mucho daño. Iban demasiado deprisa, dijeron.

Habían visto a Alba apoyada en la balaustrada, con el cuerpo inclinado hacia la calle, y se habían asustado. Por eso habían corrido, una de ellas o las dos, o puede que ninguna. A lo mejor sus pasos habían sido demasiado rápidos para el suelo mojado y algo embarrado de la terraza.

Edición en formato digital: enero de 2019

© Soledad Puértolas, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4005-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[anagrama@anagrama-ed.es](mailto:anagrama@anagrama-ed.es)

[www.anagrama-ed.es](http://www.anagrama-ed.es)

SOLEDAD PUÉRTOLAS

---

*Música de ópera*



ANAGRAMA  
Narrativas hispánicas